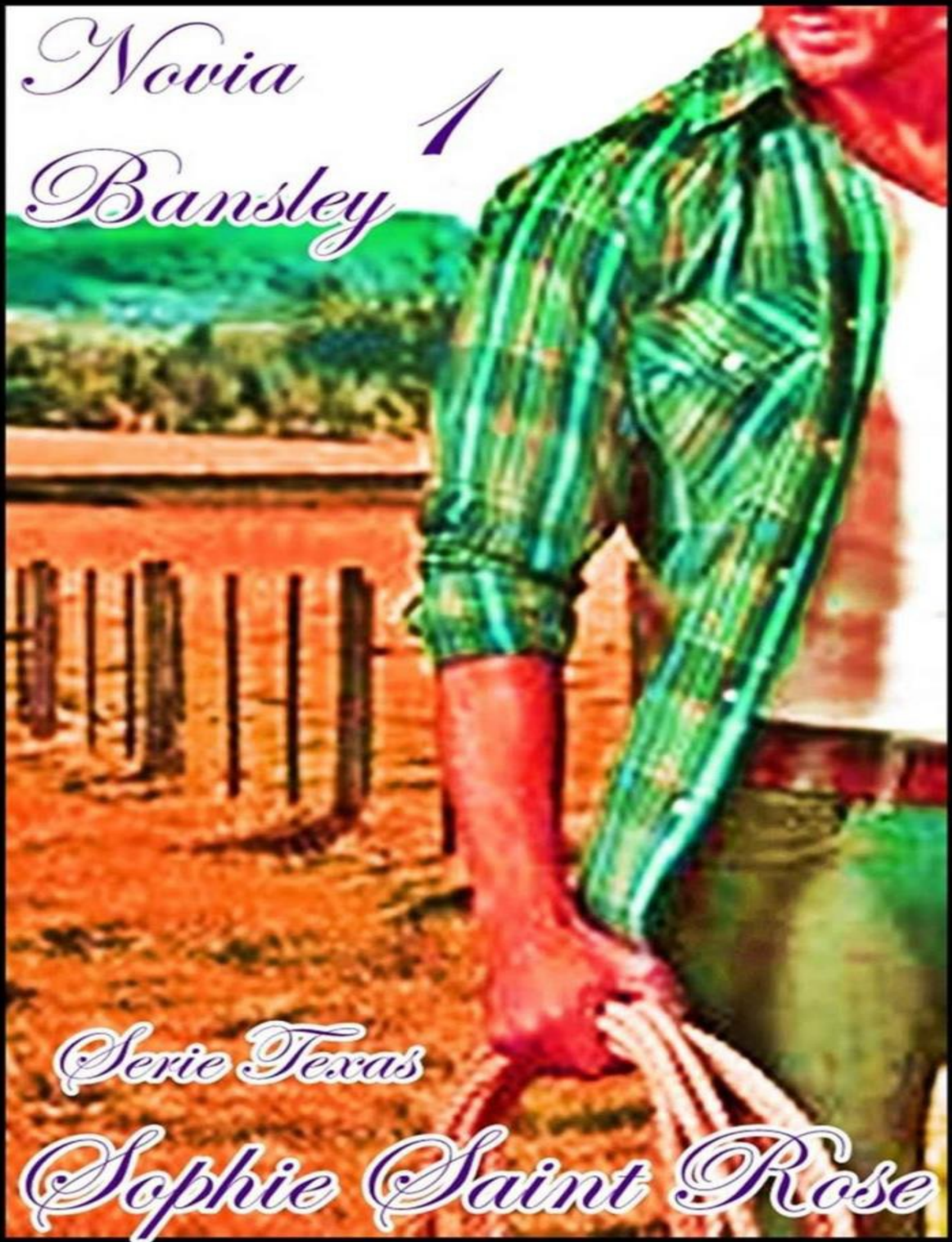

Novia
1
Bansley
Serie Texas
Sophie Saint Rose

Novia Bansley I

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Capítulo 1

Cindy se echó a reír haciéndose un rodete en lo alto de la cabeza con su largo cabello rubio y la miró a través del espejo moviendo las caderas al ritmo de la música. Levantó la barra de labios rosa. —¿Quieres? Es nueva. Se llama flor del desierto. Mi madre dice que le queda bien a todas las mujeres.

—No, no puedo ponerme maquillaje. —Shine fastidiada se sentó en la cama deshecha de su amiga.

—Jo, tus hermanos son un peñazo. Nunca te dejan hacer nada.

—¿No me digas? No me había dado cuenta —dijo con ironía.

Su mejor amiga se volvió mirándola fijamente con sus bonitos ojos azules. —Estás cabreada. ¿Qué han hecho ahora?

—Eso es lo que venía a decirte. El sábado no iré contigo de compras porque me han soltado que nada de ir al baile de fin de curso. Con catorce años no se puede ir a bailes. ¿Dónde se ha visto eso? Si hasta Derren me ha dicho que va a hablar con la directora del instituto.

—No fastidies.

—Y Colter le ha dado la razón. Estaba cabreadísimo.

—¿No me estás vacilando? —preguntó alucinada sentándose a su lado.

Negó con la cabeza moviendo sus rizos negros y gimió mientras sus ojos verdes se llenaban de lágrimas. —Como vayan a hablar con la señora Sheldon me muero de la vergüenza. Seré la única de todo el curso que no asistirá. Se lo he dicho a Keigan, pero le ha entrado por un oído y le ha salido por el otro. Simplemente dijo que Derren se encargaría.

Su amiga se la quedó mirando mientras se limpiaba las lágrimas. —Lo siento mucho. —Shine se encogió de hombros. —¿Y si dices que vienes a dormir a casa y vamos al baile? Mi madre te cubriría. Lo entenderá y nos ayudará, ya verás.

—Ahora estarán con la mosca tras la oreja hasta que pase. Tendré que decirle a Freddy que no puedo ir.

—Con lo que te gusta. —Acarició su espalda apretando los labios. —Tienes que hacer algo, van a destrozar tu vida social. Ni siquiera te dejan ir al cine los fines de semana. Y la ropa que te compran —dijo con cara de horror mirando sus vaqueros y su camiseta infantil con una princesa en la pechera—. Creen que todavía eres una cría.

—Lo sé. Es frustrante, ¿pero qué voy a hacer? Keigan es mi tutor y lo que diga él va a misa. Y si no lo dice Keigan, lo dice Colter y sino Derren. Esto no se acaba nunca. ¡Al final siempre uno de ellos dice que no y me tienen harta!

Cindy entrecerró los ojos. —Es una pena que no tengas una hermana mayor. La mía me abre mucho el camino, te lo aseguro.

—La única mujer que hay en mi casa es la señora Braun y les da la razón en todo.

—Es que les debe mucho a los Bansley. Keigan les dio trabajo en el rancho a sus hijos en cuanto salieron del instituto. No hay mucho trabajo por aquí y está muy agradecida. Además, no tiene hijas y…

—Lo sé. Tampoco puedo pedirle que me apoye. Nunca se pondrá de mi lado.

—Estás en un lío de primera. Como no lo soluciones, los demás terminarán por darte de lado si no haces lo que hacen todos. Julie va a hacer una fiesta el sábado y no te ha invitado porque

sabe que no te dejarán ir.

—Es que ya no sé qué hacer. —Se levantó y fue hasta la ventana apartando la cortina de hilo. En la acera de enfrente estaba la ranchera de Keigan que había ido al pueblo, a la ferretería, y le había dicho que en una hora en la camioneta como si fuera una niña. Ahora todos los de su edad iban en bicicleta, pero ella no. No podía hacer nada con lo que corriera un mínimo riesgo fuera lo que fuera. Ni salir con chicos, ni maquillaje, ni ropa bonita. Esas navidades le habían regalado un osito de peluche enorme como si tuviera cinco años. Cuando era niña después de la muerte de su madre estaba encantada de tener tanta atención y que se preocuparan tanto por ella, pero empezaba a ser asfixiante y no lo soportaba más.

—Si al menos estuvieran casados —dijo su amiga cortándole el aliento—. Sus mujeres les pondrían las pilas.

Se volvió de golpe. —¿Qué has dicho?

Su amiga que se estaba pintando una uña con un color rosa chicle parpadeó. —Que si al menos…

—¡Te he oído! —Sonrió de oreja a oreja. —Claro, ellas les pondrán en su sitio y me comprenderán. ¡Eres un genio!

Cindy sonrió. —Vaya, gracias.

—¡Solo tengo que casarles!

La miró como si fuera tonta. —¿Vas a casarles tú?

—Ya me entiendes. Solo tengo que conseguir que se casen.

—Como si fuera tan fácil. ¿Cuántos años tienen?

—Treinta y tres, treinta y dos y Derren treinta y uno.

—Sí que debiste ser una sorpresa, sí.

—No lo sabes bien.

—Jo, ya son muy viejos.

—¡No son viejos! Están en la edad. —Sus ojos verdes brillaron. —La edad perfecta para pensar en casarse de una vez.

—Pues por aquí no les ha gustado ninguna.

—Claro que les han gustado mujeres de por aquí, entre los tres han salido con todas o casi. —Sonrió maliciosa. —Además no tengo que casarles a todos. Con conseguir casar a uno ya tendré mucho avanzado. Y tiene que ser Keigan que es el mayor.

Cindy miró hacia la puerta y susurró —¿Y mi hermana? Tiene veintitrés.

La miró fijamente pensando en ello. —¿Tu hermana?

La puerta se abrió de golpe y Amelia puso los brazos en jarras mirando la desastrosa habitación. —No saldrás de aquí hasta que no la ordenes.

—Pero…

—¡Mamá me tiene harta con que te controle! ¡Ya eres mayorcita! ¡A recoger! —Cerró de un portazo y Cindy gimió, pero a Shine se le cortó el aliento porque trataba a su hermana como una adulta y eso era lo que ella quería. Hizo una mueca porque tenía muy mala leche cuando se cabreaba, pero casi mejor porque Keigan no se quedaba corto. Además, era muy bonita con esos ojos azules almendrados y sus gruesos rizos rubios que caían hasta la cintura. ¿Cómo no lo había pensado antes? Eran perfectos el uno para el otro.

—Oye, ¿tu hermana sigue buscando trabajo después de terminar el curso ese de secretaria?

—Era una especialidad de finanzas o algo así para secretaria de dirección. —Estiró las sábanas. —Dice que así encontrará trabajo en la ciudad. Ya ha enviado varios curriculum para

unas ofertas de empleo.

—Entonces sabe de números.

—¿De números? Es un hacha para eso. Hasta le hace la declaración de la renta a mi padre y siempre le sale a devolver.

—¿No me digas?

Cindy sonrió. —¿Es candidata?

—Es perfecta.

Sentada a la derecha de su hermano mayor revolvió las zanahorias resecas dándole vuelta a cómo conseguirlo mientras ellos no dejaban de hablar de ganado.

—Shine, ¿pasa algo? —Levantó la vista hacia Colter que estaba sentado frente a ella observándola. —¿Ocurre algo?

Negó con la cabeza bajando la vista hasta su plato de nuevo y los tres hermanos se miraron. —¿Estás enfadada por lo del baile? —preguntó Keigan antes de beber de su cerveza sin quitarle ojo.

Entrecerró los ojos dejando el tenedor sobre la mesa. Era hora de tomar las riendas de su vida. Levantó la vista hasta ellos y sonrió. —¿Por qué no os habéis casado?

Los hermanos sonrieron aliviados de que no se pusiera a llorar o algo así. —Todavía no hemos encontrado a la mujer adecuada —dijo Derren.

—¿Y qué debe tener la mujer adecuada? —Les miró a los tres uno por uno. —Sois guapos y ricos. Candidatas no os faltarán.

Los tres sonrieron. —¿Ahora quieres casarnos? —preguntó su hermano mayor levantando una de sus cejas morenas.

—No. —Cuidado Shine, que se te ve el plumero. —Es que me extraña. Ni siquiera tenéis novia fija y me parece raro.

Colter entrecerró sus ojos grises. —¿Te parece raro de repente?

—Bueno, es que he oído algo… —dijo compungida mientras ponía cara de niña buena.

—¿Qué has oído? —Derren se adelantó.

—Pues que Katie London está muy mosqueada contigo porque saliste con ella una sola vez y que después de conseguir llevarla al catre, la dejaras tirada para salir con María Smith. —-Su hermano se sonrojó y ella satisfecha miró a Colter. —Que tú te has acostado con las gemelas Robinson y que su padre ha sacado la escopeta. —Su hermano carraspeó revolviéndose en su silla y al mirar a Keigan este se tensó. —Y una chica de mi instituto me ha dicho que tienes una amante en San Antonio y que se ha quedado embarazada. Que le has dado la espalda y que rechazas casarte con ella.

—¡Eso es mentira! —dijo indignado haciendo que sus ojos verdes refulgieran de furia—. ¡No he dejado embarazada a nadie en mi vida!

—Oh, ¿usas condón?

—¡Shine, eso no es problema tuyo!

—¿Por qué?

—¡Porque es mi vida privada!

—Tú te metes en mi vida continuamente. ¿No es justo que yo sepa tu vida?

Keigan entrecerró los ojos. —No he dejado a nadie embarazada.

—Pero lo de estos es verdad, ¿no? —Sus hermanos carraspearon incómodos. —Es increíble,

ni me dejáis hablar con chicos y vosotros tirándoos a todo lo que pilláis por ahí.

—Somos adultos para hacer lo que nos venga en gana.

—Eso es muy cínico. Y egoísta. Papá os dejaba hacer lo que os diera la gana porque sois hombres.

—Papá no está aquí y mamá tampoco. Es nuestra obligación cuidarte y criarte de la mejor manera posible y es lo que vamos a hacer —dijo Keigan firmemente—. Esto es porque no puedes ir al baile e intentas avergonzarnos para que te demos la razón. —Se sonrojó ligeramente. —Y eso, señorita, no va a pasar. ¿Me has entendido? Nosotros somos adultos y tú eres una niña. ¡Nada de bailes, salir con chicos ni nada de nada hasta que sea el momento!

Estaba claro que había mostrado sus cartas demasiado pronto. Levantó la barbilla demostrando que ella también tenía carácter. —No lo decía por el baile. Lo decía porque esta mañana al salir de la iglesia oí a una mujer que comentaba que no veía muy bien que tres hombres solteros con tan poca moral criaran a una niña de catorce años. —Los tres se tensaron con fuerza. —Y esta tarde hablando con Cindy se lo he comentado y me ha dicho que os lo dijera por si viene asuntos sociales.

—Asuntos... —Colter atónito miró a su hermano mayor que enderezó la espalda.

—¿Quién era esa mujer?

—Estaba en un grupo y no pude verle la cara, pero la oí como la tuvieron que oír las otras mujeres —dijo aparentando estar asustada—. No pueden llevárseme, ¿verdad?

—No, no pueden —dijo firmemente su hermano mayor—. Y no hay nada en la ley que nos impida llevar la vida que nos venga en gana mientras tú estés bien cuidada. Esa mujer no sabe lo que dice, solo lo ha hecho para cotillear y meter cizaña.

Sonrió radiante como si estuviera aliviada. —Menos mal. Con lo balas perdidas que sois, ya me veía en una casa de acogida o algo así. —Se puso a comer con ganas y vio de reojo como los tres hermanos se miraban. Sonrió para sí. Ya estaba en marcha.

Keigan caminó hasta la chimenea y apretó los labios viendo las fotos de sus padres. En un año los habían perdido a los dos. Primero a su padre cuando en un paso a nivel un tren arrastró su coche y después a su madre por un cáncer de útero que se la llevó en apenas un mes. Siempre había creído que no pudo soportar la muerte de su padre y su dolor le provocó el tumor que se la llevó. Joder, cómo les echaba de menos.

—¿Quién sería la hija de puta? —preguntó Colter antes de beber de su whisky.

—Cualquier cotilla del pueblo. —Derren suspiró sentándose en el sofá. —Lo importante es qué vamos a hacer. Si alguien llama a servicios sociales tendrán que investigarlo y pueden que el que nos manden piense lo mismo que la cotilla.

—No la vamos a perder. —Se volvió hacia sus hermanos. —Es nuestra hermana y está bien cuidada. Ningún juez nos la quitaría.

—Pues a mí se me han puesto por corbata. —Derren bebió de su whisky. —Se me han quitado las ganas de salir con alguien en una temporada.

—Pues es lo que deberíamos hacer durante un tiempo para que los cotilleos en el pueblo cesen. —Colter sonrió —¿Podrás soportarlo?

Sonrió irónico. —¿Y tú?

—Joder, no tengo ni idea. Nunca he estado más de quince días de abstinencia.

Keigan fue hasta el mueble bar y se sirvió otra copa. —Yo no tengo ese problema. No tengo

por qué renunciar al sexo, sobre todo porque nadie sabe con quién lo tengo.

—No, claro que no. Teniendo una amante fija y casada además, el problema está solucionado. Nadie lo sabrá nunca, pero yo prefiero variar.

—¿No te aburres? —preguntó Derren divertido.

—No os dais cuenta de que una mujer fija llega a conocerte muy bien y eso mejora el sexo. Sabe lo que te gusta, lo que te es indiferente. —Se encogió de hombros. —Además, Caroline todavía no ha llegado a aburrirme.

—Eso es porque es muda.

Derren se echó a reír a carcajadas y Keigan sonrió. —No es muda.

—Casi, no le he oído más de dos palabras seguidas. Su marido debe ser el hombre más feliz del universo. —Colter apoyó los codos sobre sus rodillas mirándole fijamente. —Alguien sabe que tienes una amante en San Antonio, así que ojo.

—Alguien ha debido ver mi camioneta en el hotel y se ha inventado esa historia, pero no lo saben porque si fuera así hubiera salido el nombre del alcalde, ¿no crees?

—De todas maneras, ten cuidado porque lo que faltaba es que se supiera que la mujer del alcalde es tu amante. Eso sí que sería un escándalo en el pueblo.

Keigan entrecerró los ojos. —Tendré cuidado.

—Vamos tío, lo que deberías hacer por el bien de la familia es casarte —dijo Derren mientras sus ojos verdes brillaban de diversión.

—Muy gracioso.

—Que ya tienes una edad…

—Entonces cásate tú.

—Todavía no he encontrado a mi media naranja.

Levantó su vaso. —Lo mismo digo. —Colter y Derren se miraron antes de carraspear y Keigan entrecerró los ojos siseando —No la he encontrado.

—Y una leche. Lo que pasa es que no tienes huevos para pedirle una cita.

—Si hablas de la hermana de esa amiga de Shine, no es mi tipo. —Se sentó en el sofá de nuevo y los hermanos se rieron. —¿De qué coño os reís? —preguntó mosqueado.

—Se llama Amelia y lo sabes de sobra —dijo Derren. Keigan gruñó antes de beber —. Lo que pasa es que no sabes cómo acercarte a ella, porque si sale mal puede que Cindy se enfade con Shine, por eso mantienes las distancias.

A Shine se le cortó el aliento escuchando desde las escaleras. No podía tener tanta suerte.

—Es guapa, pero de ahí a que sea mi media naranja… Os habéis pasado tres pueblos.

—Yo la vi esta tarde en el pueblo —dijo Colter llamando su atención—. Y hablaba con Roy Summerfield.

—Pues muy bien —dijo mosqueado.

—Ella se reía y a ese imbécil se le caía la baba.

—Pues yo he oído que se va del pueblo.

Keigan apretó los labios. —Lógico, ha estudiado y cuando lo hacen es para irse de aquí.

Shine juró por lo bajo bajando otro escalón y al ver el teléfono móvil en su mano se le ocurrió. Se lo puso al oído y dijo —Vaya, ¿de verdad, Cindy?

Los chicos vieron a su hermana pasar en pijama hacia la cocina. —Es una pena. —Abrió la nevera y cogió lo primero que pilló que fue un zumo de uva. Salió de la cocina diciendo —Tu madre estará disgustada, claro. Y tu padre debe tener un cabreo… ¿Cuándo se va?

Keigan frunció el ceño.

—¿La semana que viene? Sí, es una pena que no haya conseguido trabajo aquí. Amelia me cae muy bien. ¿Que te regala su cazadora vaquera? Que guay, ¿no?

El portazo llegó hasta ellos y los tres se miraron. —Sí, se va a ir —dijo Keigan antes de beber todo el contenido del whisky.

—Podrías ofrecerle trabajo —dijo Colter.

—¿Para qué? Será mejor que se vaya.

Shine gimió desde las escaleras.

—Le harías un favor a los padres de Cindy. La adoran, les gustaría que se quedara. Si se va es por obligación, porque aquí no tiene futuro si no es ganadera. La tienda de su madre no va muy bien, ya casi nadie compra en su mercería y su padre tiene el taller, pero…

—¿Y qué iba a hacer aquí?

Shine corrió escaleras arriba sin hacer ruido y gritó —Chicos, ¿sabéis de alguien que ofrezca trabajo de contabilidad, secretariado o algo así? ¡Hace declaraciones de la renta!

Colter y Derren se miraron antes de mirar a Keigan que carraspeó —¿Tiene experiencia?

—Cindy, ¿tiene experiencia? —dijo bien alto sin molestarse en ponerse el teléfono al oído—. ¡Dice que sí! ¡Ha hecho prácticas!

—Ha hecho prácticas —dijo Derren divertido.

Keigan le fulminó con la mirada y escucharon como Shine bajaba las escaleras corriendo. Apareció en la puerta. —¿Sabéis de alguien?

Colter se levantó. —¿Quién es?

—Amelia Hudson. La hermana de Cindy, ¿la recuerdas?

—Oh, sí… la rubia. ¿La recuerdas, Keigan?

Su hermano mayor gruñó. —Así que se va.

—Si no encuentra trabajo aquí no tiene más remedio que irse. ¿No es una pena?

—Una pena enorme —dijo Derren con segundas—. ¿No, Keigan?

Colter sonrió. —Oye, ¿no podría quedarse para ayudarnos con el papeleo?

—¿Entonces qué harías tú? —siseó Keigan con ganas de pegar cuatro gritos.

—Trabajaría más en el campo. Casi me haría un favor, porque odio estar metido en ese despacho todo el día al teléfono.

Shine chilló de la alegría y se puso el teléfono al oído. —¡Cindy, que sí!

Keigan separó los labios para decir algo, pero su hermana salió corriendo. —Dile que venga mañana a las siete. ¡Tiene trabajo! Ya verás como ahora tu madre se pondrá contenta.

El portazo hizo gruñir al hermano mayor que miró a los demás como si quisiera que desaparecieran de la faz de la tierra y Derren rio. —No pongas esa cara. Si estás encantado. Te hemos hecho un favor.

Keigan fue hasta el mueble bar. —Como salga mal, hablas tú con Shine.

—Claro, hermano... Por ti lo que haga falta.

Capítulo 2

Amelia miró a su hermana sin entender nada porque no dejaba de hablar. Había entrado en su habitación sobresaltándola porque ya estaba dormida y solo había llegado a su dormido cerebro trabajo y rancho. Suspiró sentándose y apartando sus rizos de la cara. —Ya le dije a mamá que no te dejara comer ese segundo pedazo de tarta. Demasiado azúcar.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? ¡Te he conseguido trabajo!

Parpadeó. —¿Cómo has dicho?

—En el rancho Bansley —respondió loca de contenta.

Ay, madre. —¿Qué has dicho?

—¡Necesitan a alguien para que les lleve el papeleo! ¿No es genial? Mañana allí a las siete de la mañana.

Su madre llegó en ese momento. —¿Es cierto lo que he oído?

—Sí, mamá.

—¡Oh, hija es estupendo! ¡No tendrás que irte!

No se lo podía creer. Con todo lo que había estudiado no iba a quedarse allí cuando había echado curriculums a empresas internacionales. Ella quería viajar, ver mundo. —Pero quedarme en el rancho… Es un trabajo algo simple para mi especialidad, ¿no?

Su madre perdió la sonrisa poco a poco y su padre llegó en ese momento contento como unas castañuelas. —El rancho Bansley. Hija qué suerte, es el rancho más grande de por aquí.

—Gracias a mis contactos, papá —dijo Cindy orgullosa.

Amelia gimió por dentro. Y ahora cómo se lo decía cuando estaban tan ilusionados. Lisa dio un paso hacia ella. —Hija, ¿no quieres el trabajo?

¿En el rancho con esos estúpidos Bansley, que se creían los dueños del pueblo? —Pues la verdad…

—Claro que lo quiere. Es una oportunidad única —dijo su padre atónito —. Y si lo hace bien será un trabajo de por vida. Además, ahora no tiene ninguno. ¿Qué va a hacer, seguir mirando las musarañas en la mercería esperando a que entre una clienta? De eso nada. —Su padre la miró fijamente. —Aceptarás el trabajo.

—Además no vas a dejarme mal —dijo Cindy indignada—. Shine ha tenido que insistir para que te lo dieran, ¿sabes?

—¿Y por qué ha hecho eso?

—¡Por hacerme un favor! —dijo como si fuera tonta.

—Cindy ha hecho bien —dijo su padre empezando a mosquearse—. Estás en el paro esperando un trabajo que nunca llega, así que lo aceptarás. Dale las gracias a tu hermana por preocuparse tanto por ti.

Gruñó por dentro antes de mirar a su hermana. —Gracias pequeñaja.

Cindy sonrió radiante elevando la barbilla orgullosa consigo misma. —De nada. Y no me dejes mal.

Salió de la habitación con la cabeza bien alta y su padre entrecerró los ojos. —No lo hará, ¿verdad cielo? Porque eso nos dejaría mal a todos y mi taller depende mucho de los coches de los Bansley y de los que trabajan para él.

Como si hubiera otro taller en el pueblo. No tenían otra opción que ir a él a no ser que

recorrieran sesenta kilómetros hasta San Antonio.

—Nuestra niña nunca nos ha dejado mal. Hará ese trabajo lo mejor que sepa —dijo su madre convencida.

Su padre mirándola fijamente con sus mismos ojos azules asintió. —Descansa, tienes que madrugar.

—Sí, papá.

Lisa esperó a que se fuera y cerró la puerta a toda prisa. —Hija…

—No es lo que quería. —Gimió tapándose la cara con las manos y Lisa apretó los labios. —Quiero irme. —Sintió como su madre se sentaba a su lado y acariciaba su hombro. —Lo siento, pero es que…

—Lo sé. Tú quieres volar.

Levantó la vista hacia ella. —¿Con los Bansley? ¿En serio?

—La mayoría de las veces no podemos elegir los trabajos que queremos, hija. Además, son buena gente. Justos y trabajadores. Con mala leche, pero hombres de los pies a la cabeza.

—Eso es cuestión de opiniones. Derren salió con July hace tres años y la dejó tirada después de… —Levantó una ceja haciendo que su madre jadeara. —Le mataría. Se pasó llorando una semana.

—Será que se dejó fácilmente antes de poder enamorarle un poquito, ¿no crees? Tú no te dejes.

—Mamá, ¿te crees que soy tonta? —preguntó sonrojándose.

—Eso, tú cierra las piernas y abre tu mente. —Le guiñó un ojo. —Y si llega otra oferta lo hablamos. Igual después de empezar el trabajo no quieres irte.

—Lo dudo.

—Es un rancho grande, seguro que el trabajo es muy interesante.

—Serán cuatro facturas. Me aburriré como una ostra.

—¿Quién sabe? Igual te sorprendes.

Sí que estaba sorprendida, sí. Entró en lo que ellos llamaban oficina. Era una pequeña edificación pegada al establo con una mesa, un ordenador de última generación, fax, impresora y todas las paredes llenas de cajas de cartón hasta el techo. Eso por no mencionar la tonelada de papeles que había sobre el viejo escritorio. El suelo estaba lleno de paja del establo que había debido entrar en las botas de los vaqueros y había un ligero tufillo a estiércol que la hizo fruncir su naricilla. Colter forzó una sonrisa. —Es que están limpiando la paja de los caballos, pero terminan enseguida.

Genial, de ser secretaria de dirección de algún presidente de empresa que viajara a Japón iba a oler mierda de caballo a menudo, pero algo era mejor que nada y sonrió. —No pasa nada.

Él miró el traje rosa que llevaba. —Aquí no hace falta que vistas tan elegante. —Sus ojos se detuvieron en sus tacones de doce centímetros. —Sí, te aconsejo que vengas más cómoda y si es con botas todavía mejor.

—¿Con botas?

—Los chicos han visto una serpiente de coral en el establo. Los caballos se pusieron nerviosos y fue cuando la vieron, pero se les escapó. Igual se ha ido, pero por si acaso trae botas y si son de buena piel mejor. ¿Sabes cómo es una serpiente de coral?

—Es esa que es roja y negra, roja y negra así hasta el final, ¿no?

—Sí, algo así. Seguro que se ha ido, no debes preocuparte.

Primero le dice que se preocupe y ahora que no.

Dejó el bolso sobre la mesa. —¿Hay algo que deba hacer primero?

Colter puso la mano sobre un montón de papeles. —Facturas. Contabilízalas, ¿quieres?

Ella asintió.

—Y separa las pagadas de las que están pendientes por pagar. Mañana te pediré que hagas otra cosa.

—¿Mañana? —Confundida miró el montón de facturas.

—Sí, tú relájate y haz la primera toma de contacto. Tampoco queremos atosigarte en tu primer día.

Bueno, no podía negar que eso era muy amable por su parte. Sonrió. —Gracias.

—De nada. A la hora de la comida puedes comer en la casa principal. La señora Braun siempre prepara algo por si estamos por aquí. Si no es así es porque comemos con los hombres en los barracones.

—Muy bien.

Colter sonrió. —Si necesitas a alguno de nosotros porque llamen o tienes alguna duda… —Cogió una radio y la puso sobre el montón de papeles. —Canal cinco. Como por aquí todavía hay zonas a las que no llega la cobertura, esto sigue siendo lo más práctico. Todos llevamos uno, aunque tengamos móvil. Así que si tienes algún problema…

—Entendido.

—¿Sabes cómo se usa?

—Sí, gracias. Mi hermana me volvía loca con esos chismes cuando era más pequeña.

—Es una chica estupenda.

Sonrió sinceramente. —Sí que lo es.

—Bueno, te dejo que tengo mucho trabajo.

Abrió la puerta del despacho y Amelia se mordió el labio inferior. —Colter. —Este se volvió antes de cerrar. —Gracias por la oportunidad.

Colter sonrió. —Estoy seguro de que lo harás muy bien. —Iba a cerrar cuando se lo pensó mejor y la miró a los ojos. —Por cierto, ¿qué opinas de eso de tener novio?

—¿Perdón? —Entrecerró sus bellos ojos azules y puso la mano en la cadera. —¿A qué viene esa pregunta?

—¿Estás abierta…?

—¿Abierta a qué? —preguntó empezando a mosquearse.

Colter se sonrojó. —No quería decir nada sexual, te lo juro —dijo rápidamente—. Verás… —Dio un paso hacia ella y Amelia se tensó. —Es que aquí trabajan muchos hombres y si tuvieras novio, habría menos conflictos.

Separó los labios empezando a comprender. —Ah… Pues no, no tengo.

—Vaya…—Se pasó la mano por la barbilla como si fuera un verdadero dilema. —Eso igual trae problemas. Querrán ligar contigo.

Este creía que era tonta. —Si los conozco a casi todos desde que nací —dijo como si le hubiera dado la sorpresa de su vida.

Colter rio por lo bajo. —Te aseguro que no los conoces bien. No es lo mismo saludarse al cruzar la calle como buenos vecinos, que trabajar juntos.

Uy, que ya empezaba y con ella iba a dar en hueso. Sonrió con inocencia. —Tranquilo, que vengo preparada. —Abrió su bolso y sacó una pistola eléctrica dejándole atónito. —Me la regaló

mi padre cuando fui a hacer ese curso en la ciudad. Quería comprarme una de verdad, pero sería un engorro si me cargaba a alguien. Esto es una pistola taser que te mete mil doscientos voltios por el cuerpo que te dejan tieso. A ver quién es el guapo que me toca un pelo. Le van a castañear los dientes hasta Navidades.

Colter carraspeó. —Veo que has pensado en todo.

Sonrió de oreja a oreja. —Me gusta ser previsora.

—Muy bien —dijo mirándola de reojo antes de salir de la oficina.

Amelia soltó una risita guardando la pistola en su bolso. —Así se lo pensará mejor antes de insinuarse de nuevo. Tonterías a mí… Esto salidos no me conocen. —Echó un vistazo a su alrededor. —Bueno, manos a la obra.

Muerta de calor se abanicó con unos papeles y como no conseguía aliviar su temperatura se abrió un botón de la camisa dejando el canalillo al descubierto. Ni la puerta abierta conseguía librarla del calor sofocante que hacía allí dentro. Dios, le corría el sudor por el canalillo y estaba empapada. Miró hacia arriba y gruñó por el tejado de metal que retenía el calor allí dentro. Era como estar en un horno. En cualquier momento sonaría la campanilla diciendo que estaba en su punto. Abrió la botella de agua y bebió sedienta hasta vaciarla y la tiró a la papelera que ya estaba llena de basura porque otra cosa no, pero allí había una tonelada de papel inservible que tardaría una eternidad en revisar. Intentando concentrarse en la pantalla del ordenador introdujo la última cifra de la factura y realizó la suma. Leche, treinta mil dólares en material para hacer arreglos en lo que iba de año. Herramientas, madera para cercados y barracones, clavos y tornillería, cable… Eran tantos los materiales, que le había sorprendido todo lo que se necesitaba para llevar un rancho como ese. Incluso ese año se habían facturado dos wáteres que seguramente serían para los barracones de los vaqueros. Entrecerró los ojos bajando la pantalla para revisarla desde el principio. Qué raro. Uno había costado ciento cincuenta dólares y el otro quinientos treinta y nueve. Sería para la casa y tendría chorrito como los de los japoneses. Pero entonces vio algo que le llamó la atención. ¿Cuántas palas se necesitaban en un rancho? Las contó a lo largo de los gastos de ese año que solo eran cinco meses porque estaban a principios de junio y había veintidós palas. Y eso no era todo, rastrillos había otros tantos y seis carretillas. Cogió un block y empezó a apuntar lo que le pareció raro. ¿Sería un error de facturación? Exasperada cogió el archivador donde las había clasificado por fecha y empezó a buscar esas facturas sacándolas para dejarlas encima del escritorio ahora despejado. Todas eran de una tienda de bricolaje de San Antonio. Qué raro, tenía entendido que los del rancho compraban en la ferretería del pueblo. Al jefe le gustaba ayudar a los negocios del pueblo eso lo sabía todo el mundo.

Sonó su móvil y lo cogió distraída mirando las facturas. —¿Si?

—Hija ¿qué tal tu primer día? —preguntó su padre contentísimo de que estuviera allí y era evidente que no iba a disimularlo.

—Necesito un ventilador.

—Seguro que tienen alguno por ahí.

Entonces recordó algo. —Papá espera… —Cogió otro archivador de gastos generales que había ordenado esa mañana. —No me cuelgues… —Dejó el teléfono sobre la mesa y a toda prisa pasó las facturas hasta que encontró la que estaba buscando. Cogió el teléfono a toda prisa. —Papá, ¿cuánto cuesta un carburador para una desbrozadora?

—Depende del modelo, pero las que yo arreglo sobre los veinte dólares más o menos.

Separó los labios por los doscientos dólares que les habían cobrado por la pieza. Cuando lo había visto había supuesto que alguno de los vaqueros lo había cambiado sin molestarse en llevárselo a su padre, que aparte de coches también arreglaba ese tipo de herramientas, pero ese precio la había extrañado y con razón. —Doscientos pavos es mucho, ¿no?

—¿Mucho? Menudo timo. Pero mira, si les han cobrado eso que se jodan por no habérmelo traído a mí.

—Es solo el precio de la pieza.

—¿Qué has dicho?

—No es el arreglo entero. Es solo la pieza. Eso pone la factura.

—¿De dónde es la factura?

—De una tienda de San Antonio. Y papá hay otras facturas de la misma tienda que no me cuadran. Han comprado veintidós palas este año.

—Niña, alguien está sacando tajada de eso. Tienes que preguntarle al jefe si eso está bien, que pienso que no porque los Bansley siempre me traen a mí sus desbrozadoras.

—Sí, ya había visto una de tus facturas. —Se llevó la mano a la frente empapada y miró las cajas en las paredes. —Lo que me faltaba.

—No te preocupes, no pasará nada. Solo tienes que decir si eso está bien y si no es así se encargarán ellos. —Rio por lo bajo. —Que se prepare el que haya sido, se va a quedar sin dientes de las hostias que le van a meter. Con los Bansley no se juega, que tienen muy mala leche cuando se enfadan.

—Esto lo llevaba Colter, papá. Eso me ha dicho cuando ha llegado.

—¿Crees que él…? No, hija. No iba a robar a su hermano. Eso no va con él.

Amelia apretó los labios. Eso era cierto, los Bansley podían ser unos salidos que no se tomaban en serio a ninguna mujer, pero a justos y honrados no les ganaba nadie. Si todo el mundo hablaba de la vez que en las fiestas del pueblo Derren había encontrado un sobre con diez mil dólares y cómo se lo había dado al sheriff. Resultó ser de uno de los feriantes que iba a comprarse una rulot nueva. Hasta había salido en la prensa para darle las gracias. Miró las facturas. —No se lo digas a nadie, ¿vale? Si se enteran… Además, todavía no sabemos de qué se trata.

—Soy una tumba, pero háblalo con Keigan. Él te sacará de dudas.

—Eso haré.

—¿Vendrás a comer?

—No, tengo mucho que hacer y me ofrecen comer aquí.

—Te veré esta noche entonces.

—Hasta esta noche, papá. —Colgó el teléfono y se sentó de nuevo en su sitio para revisar los gastos otra vez.

Capítulo 3

Al mediodía muerta de sed decidió dejarlo para ir a comer algo. Salió de la oficina y escuchó que un caballo se acercaba. Poniendo la mano encima de los ojos miró hacia su derecha y al ver que el jefe se aproximaba gruñó por dentro intentando ignorar como su corazón se aceleraba, como hacía desde que tenía doce años y le veía ir al pueblo desde el escaparate de la tienda de su madre. En aquella época era una cría y no sabía las realidades de la vida. Keigan Bansley era el rey del contorno y ella era una simple plebeya que no era merecedora de que la mirara dos veces. Y eso le quedó muy claro tiempo atrás cuando acababa de cumplir dieciocho años. Creía que al fin se daría cuenta de que era una mujer y un día cuando fue a recoger a su hermana que en aquella época era una niña, le invitó a pasar al salón mientras las llamaba. Viendo cómo se acercaba sobre su caballo recordó como él se sentó en el sofá y ella sonriendo se apretó las manos muy nerviosa. —Bajarán enseguida. Están jugando a las muñecas.

Él asintió mirando a su alrededor y cogió un marco de fotos de toda la familia en una barbacoa. Vio como sus ojos se oscurecían porque sus padres habían muerto y ya no tendrían momentos así. Intentando que se relajara dijo —¿Quieres una cerveza?

Dejó el marco de la foto en su sitio y la miró fijamente. —Tengo algo de prisa.

—Sí, por supuesto. —Sabiendo que las niñas cuando estaban juntas tardaban muchísimo en despedirse fue hasta el hall y gritó —¡Shine, tu hermano está aquí!

—Un minuto…

Sin saber qué hacer para llamar su atención regresó al salón forzando una sonrisa. —Un minuto.

—Lo he oído.

Se quedó muda por el corte e incómoda se quedó de pie al lado del sillón de su padre. —Me han dicho que vas a hacer un curso de secretariado. ¿No vas a la universidad?

—Siempre he querido ser secretaria —susurró. Le mostró una foto de Halloween donde de niña tenía un lápiz en la oreja y vestía un traje de faldita negro. Hasta llevaba gafas negras. Se sonrojó con fuerza—. Me gusta la organización.

Él levantó una ceja mirando la foto donde tenía la misma edad que las niñas en ese momento. —Increíble. Normalmente las niñas quieren ser abogados, médicos…

—Yo no aspiro a tanto.

Él la miró fijamente a los ojos y apoyó los codos en las rodillas. —Pues sigue así. A veces queremos cosas que no podemos abarcar. —Se le cortó el aliento por como la miraba. —No sé si me entiendes. No intentes conseguir lo que no vas a lograr. Eso es una pérdida de tiempo.

¿Era una indirecta? Se sonrojó intensamente y él sonrió. —Sí, eres lista, creo que lo has entendido a la perfección.

¡No, no! No es justo. Dio un paso hacia él. —Con otras…

—No quiero avergonzarte, así que no pienso dar más explicaciones. —Se levantó y fue hasta el hall. —¡Shine! ¡Baja ahora mismo!

¿Avergonzarla dando explicaciones? ¡Pero si no había dicho nada! El sonido de unos pasos bajando los escalones la hizo gemir por dentro. Se iba. En la puerta del salón vio como Keigan le ponía la cazadora a su hermana que no dejaba de hablar entusiasmada de lo que había hecho en el colegio. —Y Johnny quiere ser mi novio.

—¿Y qué le has dicho?

—Que soy la princesa Bansley y que tiene que hablar contigo. ¿Lo he hecho bien?

Amelia vio como él sonreía dándole el visto bueno antes de cogerla en brazos. —Lo has hecho muy bien. Una princesa merece un príncipe. Pero nada de príncipes hasta los treinta por lo menos.

—Vale. —Le dio un beso en la mejilla. —Adiós Amelia.

Pálida forzó una sonrisa. —Adiós, peque.

Él se volvió con la niña en brazos yendo hacia la puerta y cuando la abrió se volvió para mirarla. —Dile a tu padre que Derren recogerá mañana su ranchera. A partir de ahora será él quien recoja a Shine cuando venga por aquí después del colegio. ¿Lo has entendido?

Era evidente que se lo estaba dejando muy claro y sintiendo un nudo en la garganta susurró —Sí.

A partir de ahí cada vez que se encontraban hacía que no le había visto y si era inevitable le saludaba con la cabeza sin decir palabra. Así que hacía cinco años que no habían hablado. Y ahora trabajaba para él, que ironía. Una princesa merecía un príncipe y un rey una reina. Y era evidente que todavía no la había encontrado porque no se había casado, como no se habían casado ninguno de los hermanos mientras se divertían con las del pueblo. Y él también se divertía, vaya que sí. Con la mujer del alcalde se divertía de lo lindo. Apretó las mandíbulas porque debía ser la única del pueblo que lo sabía. Un día meses atrás había ido de compras a San Antonio y la había visto entrar en un hotel. Amelia sonrió e iba a acercarse para saludarla cuando vio a través de la puerta de cristal como él se acercaba a Caroline y le entregaba la llave hablando de manera cómplice. Al ver cómo ella le respondía seductora se le revolvieron las tripas. Recordando sus lágrimas de camino a casa sintió que la furia la recorría. Sí, le gustaba divertirse como a sus hermanos. Pues que le aprovechara. Ella estaba allí para hacer un trabajo y esperaba que la llamaran pronto de la ciudad para darles un buen corte de manga.

Keigan detuvo el caballo ante ella. —Amelia…

—Jefe.

Él enderezó la espalda empujando su sombrero hacia atrás mostrando el color verde de sus ojos. —¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí, claro. —Forzó una sonrisa. —Es mi hora de comer. Si me disculpas…—Rodeó el caballo y fue hasta la casa. Una enorme edificación de dos plantas hecha de piedra en color arena con un enorme porche que rodeaba toda la casa. Subió los tres escalones que llevaban al porche sintiendo su mirada, pero como llevaba haciendo todos esos años lo ignoró para entrar en la casa. Abrió la puerta y miró a su alrededor. Solo había estado allí para recoger a su hermana y no había pasado del hall o el salón. Miró hacia su derecha y dijo —¿Señora Braun?

—Oh, niña. ¿Ya estás aquí?

Fue hasta donde se escuchaba la voz que era hacia la izquierda del hall y allí estaba la mujer ante las ollas. Esta se volvió mostrando su impoluto mandil. —Estarás hambrienta.

—Lo que estoy es sedienta.

—Sí, se te ve acalorada.

—Allí hace un calor de mil demonios —dijo acercándose—. ¿Puede darme agua?

—Claro que sí, niña. Siéntate, que te sirvo la comida y te pongo una jarra de agua bien fría.

Al ver que señalaba la gran mesa que tenía dos platos se acercó preocupada. —¿Usted va a comer conmigo?

—Oh, no. Yo como después cuando lo he recogido todo. —Cerró la nevera sacando el hielo.

—Comerás con Keigan. Debe estar al llegar.

Mierda. —Pero no es necesario —dijo a toda prisa—. Yo con un sándwich…

—No, tonta… ¿Cómo vas a comer eso? Venga, siéntate que te voy sirviendo. Aquí van comiendo según van llegando para no hacer esperar el trabajo.

Pues iba a comer a la velocidad de la luz. Se sentó a toda prisa dejando el plato de la cabecera libre y la mujer le estaba sirviendo el agua cuando Keigan entró en la casa. Entró en la cocina ya sin sombrero y fue hasta el fregadero. La señora Braun dijo —La comida estará enseguida.

—No hay prisa —dijo frotándose las manos.

Ella bebió sedienta y le miró de reojo para ver que la observaba cerrando el grifo y cogiendo un trapo que la mujer le ofrecía para que se secara. Cuando dejó el paño sobre la encimera, le escuchó gruñir antes de acercarse y sentarse en la cabecera. Cuando vació el vaso cogió la jarra de nuevo y lo llenó hasta el borde para beber. Él levantó una ceja mientras la señora Braun le ponía una cerveza delante. —Pobrecita, ha pasado calor.

—Ya me he dado cuenta —dijo mirando su blusa.

Se sonrojó dejando de beber y dejó el vaso ante el plato. De repente se levantó. —¿Puedo ir al baño?

—No tienes que pedir permiso, niña —dijo la mujer divertida—. Sal de la cocina y tienes una puerta justo al lado que es un baño.

—Gracias.

Salió a toda prisa y en cuanto llegó al baño se abrochó el botón de la camisa. Después de usar el retrete se demoró todo lo que podía porque aquella situación la ponía de los nervios. Tranquila Amelia. Eres adulta y solo es una comida porque mañana ya te encargarás tú de que esa situación no se repita. Entrecerró los ojos y salió del baño regresando a la cocina. Sin mirarle fue hasta su sitio y se sentó para ver ante ella un plato enorme de un cocido de patata y carne que era para un camionero que no había comido en una semana.

—¿Ocurre algo? —preguntó Keigan sin dejar de mirarla.

—Es demasiado —susurró.

—Oh, come lo que quieras —dijo la señora Braun—. Ya decía yo que eras de poco comer con ese tipo que luces, niña.

—Siempre he sido delgada. —Cogió la cuchara y se mordió el labio inferior al mover el pedazo de carne que tenía en el centro del plato.

—No te gusta —dijo el jefe como si eso fuera un sacrilegio.

—Es que no tengo mucho apetito. Solo tenía sed.

Él entrecerró los ojos y la señora Braun chasqueó la lengua. —Come algo. No puedes trabajar con el estómago vacío.

—Come —ordenó él dejándola de piedra.

Recordando las palabras de su padre sobre que no le dejara mal, se metió la cuchara en la boca y cuando se dio cuenta de que la mujer la observaba sonrió masticando como si estuviera buenísimo. Y seguramente lo estaría, pero estar tan cerca de Keigan hacia que le supiera a serrín. Qué ganas tenía de volver al trabajo y a su sauna.

—¿Qué tal el trabajo?

Ella le miró sorprendida. Así que iban a hablar de trabajo. Ese era un tema seguro. —Tengo unas facturas que necesito que revises.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque me parecen extrañas.

—Nunca has trabajado en un rancho. No puedes saber si son extrañas o no —dijo cortante.

Pues ahí tenía razón. —¿No quieres revisarlas?

—Colter se encargaba de eso y siempre lo ha hecho bien. Si te he contratado es porque el trabajo en el rancho se acumula y no damos a vasto.

Vaya, ya la había puesto en su sitio y le había dejado claro que si hubiera tenido otra opción ella no hubiera puesto un pie en su rancho. Se mordió la lengua porque las palabras de su padre retumbaron en su cerebro. La tienda de su madre iba fatal y el taller era la única fuente de ingresos de la familia. Si a ella la despedía por soltarle cuatro frescas y encima se mosqueaba como para no volver al taller, dejaría a su familia desamparada y no pensaba tener eso en su conciencia. Agachó la mirada hasta su plato y se metió la cuchara en la boca.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó mosqueado.

—Tú eres el jefe. —Se encogió de hombros como si le diera igual y siguió comiendo mientras no dejaba de observarla, lo que la incomodó aún más. Le miró de reojo y él apretó los labios como si estuviera muy tenso. Mejor se largaba que al final habría bronca y hacía mucho tiempo que no se mordía la lengua como lo estaba haciendo ahora. Dejó la cuchara y se limpió los labios sonriendo a la señora Braun. —Gracias por la comida.

—¿Ya has terminado? —Vio su plato a medio comer. —¿No quieres postre?

Amelia se levantó a toda prisa —Nunca como postre. ¿Puedo llevarme algo de agua? Mañana la traeré yo.

—No tienes que traerla —dijo confundida mirando al jefe que parecía a punto de soltar cuatro gritos porque él ni había empezado a comer—. Puedes que coger la que quieras de aquí.

Forzó una sonrisa. —Gracias.

La señora Braun sacó una botella de agua mineral de la nevera y la cogió sonriendo. —Vuelvo al trabajo.

—Pero si acabas de comer. ¿No quieres descansar un poco?

—Uff, tengo mucho trabajo.

—Hay un ventilador en el desván. Te lo llevaré.

—Gracias, será un alivio.

Sin mirar al jefe ni una sola vez salió de la cocina a toda pastilla y la señora Braun miró a Keigan que estiró el cuello hacia la ventana para ver cómo se alejaba. —No has sido muy amable con ella.

La miró sorprendido. —Claro que sí.

—Acabas de decirle que no sabe hacer su trabajo.

—No he hecho eso.

—Deberías haber sido más delicado al decirle que no tiene ni idea de lo que se necesita en un rancho. Porque en realidad no la tiene. Estas chicas se creen que porque han estudiado se las saben todas y has hecho muy bien en ponerla en su sitio, pero no querrás quedar mal con ella, ¿no? Su padre es un buen mecánico y no querrás enfadarle. La has ofendido y por eso ha dejado de comer, la pobrecita.

—No tenía hambre. —Gruñó cogiendo la cuchara y empezó a comer de mala manera. —¿O acaso no la ha oído?

—Sí, la he oído y la he visto más incómoda que en toda su vida. Con lo risueña y agradable que es, apenas ha dicho nada. —Se volvió hacia la cocina murmurando que los hombres nunca se enteraban de nada.

Keigan miró por la ventana de nuevo y vio como abría y cerraba la puerta como si el interior

de la oficina fuera irrespirable. Frunció el ceño elevando sus ojos hasta el tejado de chapa. Colter nunca se había quejado del calor, pero siempre trabajaba en la oficina de noche. Gruñó antes de meterse la cuchara en la boca. Esa mujer le iba a dar mucho trabajo.

Los chicos llegaron a la casa a las cuatro y media. Les escuchó llegar al establo y reír de la que salían. Intentando concentrarse en unas cifras ni vio como Colter metía la cabeza para ver que el ventilador le daba en el rostro agitando los rizos que caían del rodete que se había hecho en la cabeza. —¿Cómo te va?

Miró hacia la puerta e hizo una mueca antes de seguir con lo que estaba haciendo

Asombrado vio que casi todas las cajas estaban abiertas y que había papeles por todas partes. —¿Qué haces?

—Una auditoría —respondió antes de teclear en el ordenador.

—¿Lo ves necesario?

—Totalmente.

Colter hizo una mueca. —Oye, eso puedes hacerlo mañana, ¿sabes? Los papeles no se van a ir a ningún lado.

—Quiero terminar esto —dijo concentrada.

Derren metió la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja. —Hola Amelia.

Le fulminó con la mirada y este hizo una mueca. —¿Todavía estás enfadada por lo de July? Pero si está a punto de casarse con otro.

Por como chasqueó la lengua los hermanos se miraron. —Al parecer todavía le gustas. Se casa por despecho.

Amelia dejó caer la mandíbula del asombro. Serían creídos. —Eso es mentira.

—¿Entonces por qué estás cabreada?

—No estoy cabreada, estoy concentrada. O lo estaba hasta que habéis llegado.

Colter y Derren se miraron mientras ella murmuraba algo por lo bajo cogiendo un montón de papeles. —Keigan…

Ella levantó la vista como un resorte. —¿Keigan qué?

—¿Te ha pedido que hagas la auditoría?

Suspiró apoyando los codos sobre la mesa. —¿Realmente cuál es mi trabajo?

—Encargarte de los libros.

—¿Los libros incluyen cuentas e impuestos? ¿O solo me tengo que encargar de la facturación?

—Bueno, si te encargas de todo mejor.

—Mis prácticas fueron en una empresa contable y hacía de todo. Puedo hasta haceros la declaración de la renta.

—Sí, se la haces a tu padre y al parecer se la haces muy bien —dijo Colter satisfecho.

—Pues eso. —Se puso a trabajar de nuevo.

—¿Pues eso qué?

—Pues tengo que hacer una auditoría de los últimos años para saber qué tengo que hacer con esta mierda de declaración de la renta que me he encontrado. —Estiró el brazo y levantó dos papeles mostrándoselos. —Es de risa. Rezar porque hacienda no haga una inspección.

Los hermanos la miraron con los ojos como platos. —Las declaraciones nos las hacía el señor Patterson —dijo Derren.

—¿El que murió el mes pasado ciego perdido y que tenía ochenta y seis años? ¿Ese que no debió ir a un curso de fiscalidad en su vida? —Rio por lo bajo. —Menuda multa os va a caer.

—La de este año…

—Tengo hasta el quince de abril del año que viene. Estaré preparada de sobra, pero no soy responsable de lo de años atrás. Ahí necesitaréis un abogado especializado.

Colter preocupado se pasó la mano por la nuca y dio un paso hacia ella. —Sería muy mala suerte que nos inspeccionaran.

—Sí que lo sería, sí. —Soltó una risita. —Sería una faena enorme. —Levantó la vista desafiante. —¿Me dejáis trabajar?

Ambos carraspearon dando un paso atrás. —Sí, por supuesto. Tú a lo tuyo.

—Eso, yo a lo mío y vosotros a lo vuestro. —Sonrió maliciosa y vio como salían a toda pastilla de allí. Mira tú por donde les tenía bien agarrados por las pelotas. Esos no la molestaban más. Satisfecha siguió trabajando loca de contenta.

Capítulo 4

Los tres miraban por la ventana viendo la luz de la oficina encendida a través de la puerta abierta. —Cómo trabaja esta mujer —dijo Darren—. Si son las diez y ahí sigue.

—Y llegó a las siete de la mañana.

—Ni ha cenado —dijo Keigan molesto—. Y casi ni ha comido, joder.

—Eso es culpa tuya —dijo Colter. Su hermano mayor le miró como si quisiera arrancarle la cabeza—. Me lo ha dicho la señora Braun. Fuiste muy cortante con ella.

—Qué manera de ligar más rara tienes. Yo cuando quiero ligarme a una tía sonrío y le regalo los oídos.

—¡Tenías que verla! ¡Parecía que quería saltar de la silla en cualquier momento!

—Sí… —dijo Colter intrigado—. Con nosotros se comporta de manera extraña. La he visto en el pueblo y es amable con todos. Siempre sonríe.

—A no ser que la cabreen —Derren gruñó. —A mí me la tenía jurada por lo de July. Hubo un día que pensé que se me tiraba encima. Tiene muy mala leche cuando se cabrea.

—Pues es evidente que está cabreada. Sí, no parece muy contenta de trabajar aquí. —Colter le dio un codazo a Keigan. —A ver si te aplicas, que así no te la ligas.

Él entrecerró los ojos sin dejar de mirar por la ventana. —Me guarda rencor porque la rechacé en su momento.

—¿Qué? —Derren no se lo podía creer. —¿La rechazaste y no nos lo dijiste? ¿Estás loco? ¡Si es un bombón!

Apretó los labios sin decir palabra y Colter suspiró apartándose para servirse una copa. —¿Y cuándo fue eso?

—Hace cinco años. —Se volvió para ir hasta su sillón y se sentó pensativo.

—Supongo que como hablamos ayer Shine tuvo mucho que ver en tu decisión. —Su hermano pequeño no se lo podía creer.

—Las niñas eran inseparables y ella tenía dieciocho, era una cría. Una cría preciosa, pero una cría. —Pensó en ello. —Realmente hasta ese día no me fijé en ella. —Gruñó bebiendo de su vaso. —Y todo por tu culpa.

Derren le miró asombrado. —¿Mi culpa?

—¡Siempre ibas tú a recoger a Shine a su casa, pero ese día no tenías camioneta y tuve que ir al pueblo yo!

Su hermano sonrió. —Claro, ahora lo recuerdo. Tu camioneta era nueva y no dejaste que la tocara. Eso te pasa por egoísta.

—Teniendo en cuenta que no hay día que no llegues con un abollón en la ranchera como para fiarme de ti. Han pasado cinco años y aún está intacta porque no le has puesto tus zarpas encima.

—Así que la rechazaste.

—Fui muy delicado, no lo entiendo. Pero en los días siguientes me di cuenta de que le había sentado como una patada en el estómago porque no volvió a mirarme nunca más. Me evita como la peste.

Darren se sentó en el sofá. —Eso es imposible.

—No, de veras. Si nos cruzamos ni me mira si puede evitarlo. —Entrecerró los ojos. —Igual por eso…

—¿Te sientes atraído? —preguntó Colter—. ¿Porque pasa de ti?

—¿Tiene sentido?

—Nos gusta que nos pongan las cosas difíciles cuando algo merece la pena. —Sonrió divertido. —Y joder, ella merece la pena. Está muy bue... —La mirada asesina de Keigan le detuvo en seco. —Se ha quedado buena noche, ¿no?

Derren se echó a reír a carcajadas. —Fíjate hermano, ya está celoso. En cuanto se la camele tenemos boda.

—No creo que sea tan fácil. Quiere mantener las distancias y lo de la declaración de la renta tuvo una pinta de me dejáis en paz u os denuncio…—Colter miró hacia Derren. —¿O no?

—Totalmente. Sus ojos decían no me toquéis los pies que hago una llamadita.

—Ella no haría eso. Su padre le ha dicho que no le deje mal.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque me ha llamado esta tarde para saber cómo se estaba adaptando. —Sonrió divertido. —Y me ha dicho que si necesito que él le dé un toque de atención que se lo diga de inmediato. Eso sí antes me contó todas sus virtudes.

—Tienes al suegro de tu lado —dijo Derren.

—¿Quieres dejar de hablar de boda? ¡Si ni siquiera me habla!

Colter mirando por la ventana dijo —¡Qué viene! —Corrió hacia el sofá y se sentó al lado de Derren.

Escucharon sus tacones subiendo el porche y cuando llegó al hall fue directamente hasta el salón. Se detuvo en la puerta mostrando que estaba dispuesta a irse con el bolso colgado del hombro y la chaqueta en la mano. —Necesito algunas cosas para realizar mi trabajo. No pienso pasarme horas metida en esa sauna sin un aire acondicionado en condiciones. Ya lo he encargado como otras cosas que necesito. Tranquilo, que te desgravan. —Miró a los chicos. —No he encontrado vuestras declaraciones.

—Las nuestras están bien —dijeron a la vez a toda prisa.

Sonrió maliciosa. —¿De veras?

—Sí —dijeron vehemente asintiendo con la cabeza.

—Vosotros veréis, pero como no estéis preparados si llega el momento, la multa será mucho mayor.

—Mañana te la damos —dijo Colter rápidamente.

Sonrió radiante. —Perfecto. Pues hasta mañana. —Iba a irse, pero se detuvo mirándoles por encima del hombro, sorprendiéndoles dándole un buen repaso a su culo. Keigan levantó la vista hasta sus ojos y elevó una de sus cejas negras provocando que su corazón se parara de golpe. Volvió la cabeza como un resorte con los ojos como platos y salió de la casa casi llegando a su coche como en una nube. Cuando se sentó tras el volante, lo cogió con ambas manos como si fuera un salvavidas. No, se lo había imaginado. ¿Ahora? ¿Después de cinco años y de haberla rechazado? No, no podía ser, pero esa mirada… No podía ser deseo. Negó con la cabeza. —No, claro que no. Esto ha sido tu imaginación. Te miraba el culo, punto. Pero como lo hacen con todas. —Miró hacia la casa y se sobresaltó al verle en la ventana. A toda prisa puso la mano en el contacto y arrancó acelerando para salir de allí como alma que lleva el diablo.

Colter se puso a su espalda al igual que Derren que dijo —No sé si fuiste delicado, pero la mirada de horror que te acaba de echar no vaticina nada bueno.

Escucharon gruñir a su hermano mayor y se miraron tras su espalda reteniendo la risa. —¿Qué vas a hacer? —preguntó Colter disimulando.

—¿Hacer? ¡Vosotros me habéis metido en esto!

—Oye, que no lo vamos a hacer todo nosotros. Algo tendrás que aportar para conseguirla.

—¡Yo no quería conseguirla!

Colter entrecerró los ojos. —¿Entonces puedo salir con ella?

El puñetazo que le tiró ante la chimenea ni lo vio venir y Derren levantó las manos en son de paz sin salir de su asombro. —Entendido, hermano. Para mí como si fuera la virgen María.

—¡Joder! —Salió del salón furioso y Derren miró a su otro hermano que apoyó el codo en el suelo sonriendo.

—¿Estás bien?

—Está colado. Ya sabía yo que la pelea que tuvo con aquel vaquero que la llevó al cine, había sido porque los celos le estaban volviendo loco.

—Pues has tenido suerte, porque a ese le partió un brazo.

—Creo que se ha dado cuenta…

—¿De que eres un flojo?

—¡De que no puede dejarla escapar, idiota!

—Creía que se había dado cuenta ayer.

—No, ayer se resistía a renunciar a su soltería. Hoy ya no lo ve tan mal.

—Pues a ver cómo reacciona ella, porque no parece nada dispuesta. ¿Qué tal tu declaración de la renta?

Amelia cerró la puerta del coche con fuerza antes de ir a la parte de atrás y abrir el maletero para sacar su bolso, la bolsa con la comida y la nevera con las tres botellas de agua metidas en hielo. Cargada fue hasta la puerta de la oficina y cuando entró se sobresaltó cuando algo corrió por el suelo. Suspiró del alivio porque era un ratón de campo. Si había ratones es que la serpiente no estaba por allí.

Dejó todo lo que llevaba donde pudo y puso las manos en la cintura mirando a su alrededor. Tenía que hacer sitio y limpiar, porque ni loca le pedía a la señora Braun que la ayudara que bastante trabajo tenía en la casa y después en la suya donde cuidaba de los vagos de sus hijos, que dudaba mucho que la ayudaran en algo. Mirándose los viejos pantalones cortos y la camiseta de tirantes asintió. Chocó las puntas de sus viejas botas y se puso manos a la obra.

Empezó a mover cajas y colocó la primera en el exterior. Keigan que estaba tomándose un café la vio desde la ventana de la cocina. Shine se puso a su lado. —¿Qué hace?

—Ni idea. —Dejó la taza sobre la mesa y salió por la puerta de la cocina mientras sus hermanos reprimían una sonrisa.

Amelia que estaba sacando la segunda caja le vio acercarse. Dios, qué guapo estaba con esa camiseta negra que marcaba los músculos de sus brazos. Haciéndose la loca entró en la oficina de nuevo y cogió otra caja. —¿Qué coño haces? ¡Deja eso que pesa!

Dejó la caja sobre las otras y se volvió sobresaltándose porque estaba muy cerca. —Tengo que limpiar.

La miró atónito. —¡Ese no es tu trabajo!

—¿Y de quién es esa función?

—Pues…

—O sea que no lo sabes. —Entró en la oficina de nuevo y cogió otra caja.

—¡No hagas eso, Amelia! ¡Enviaré a alguien para que lo haga! —Le arrebató la caja de las

manos y esta se abrió por debajo dejando caer todos los papeles al suelo.

Le fulminó con la mirada. —¿Ves lo que has hecho? —Se agachó para empezar a recoger los papeles. —Qué desastre. ¡Ya los había colocado! Tardaré horas en colocarlos de nuevo.

Él carraspeó. —Espera, que te ayudo.

—¡No! ¡No toques nada!

Dejó caer la caja al suelo y puso los brazos en jarras. —Oye, ¿sabes que para ser una empleada te comportas como si fueras la jefa?

Se sonrojó levantando la vista hacia él. —Perdona, pero es que me fastidia tener que colocarlos de nuevo. —Algo avergonzada porque era evidente que no la creía una profesional recogió los papeles. Keigan se agachó y la ayudó. —Tengo que limpiar porque los muebles llegan por la tarde.

—Haré que vengan un par de chicos. —Cuando ella se levantó miró a su alrededor y se agachó sin doblar las rodillas mostrando todo su trasero y sus preciosas piernas. Keigan carraspeó. —Mejor te ayudan mis hermanos que no están haciendo nada. ¡Colter! ¡Derren!

Si le gustara se quedaría él. —Pues muy bien. —Entró en la oficina mosqueada.

—¿Qué pasa? —escuchó gritar a Derren.

—Venir aquí. ¡Sacad las cajas!

Amelia sacó una caja y él la fulminó con la mirada. —¿No me has oído, mujer?

Chasqueó la lengua entrando de nuevo y él la siguió. —¡Te ordeno que no muevas ninguna caja!

Se volvió con una en las manos y le retó con la mirada antes de ir hacia la puerta, pero él cerró de un portazo casi dándole a Colter en la cara. —¿Me estás retando?

—Hasta que no haga esto no puedo empezar mi trabajo —siseó.

—Deja la caja.

La soltó de golpe dejándola caer sobre sus pies y él gimió cerrando los ojos. —Oh, lo siento. ¿Te he dado?

—Serás rencorosa.

—¿Qué has dicho?

La miró como si quisiera pegarle cuatro gritos. —¡Eras una cría!

—¿Perdona? —preguntó sorprendida.

—Si te rechacé…

—¿Me rechazaste? ¿Cuándo? No lo recuerdo. —Le señaló con el dedo. —¡Lo que pasa es que eres un creído!

—Si me comías con los ojos. ¡Eran claras tus intenciones! —le gritó a la cara.

Jadeó indignada. —¿Pero no era una cría? ¿Qué intenciones iba a tener? Mira, mira… ¡No te imagines cosas!

—¡Si dejaste de hablarme!

—Como si hubiéramos hablado mucho antes de eso. Y después de tu actitud se me quitaron las ganas de hablarte el resto de mi vida, la verdad. ¡No se puede ser más grosero ni más prepotente! No intentes conseguir lo que no vas a lograr. Eso es una pérdida de tiempo —dijo con burla—. ¿Pero tú quién te crees que eres? ¡Si solo te había invitado a una cerveza!

—Así que imagino cosas.

Levantó la barbilla. —Pues sí.

Dio un paso hacia ella. —No te gusto.

¿Era una pregunta trampa? —No.

—Ni antes ni ahora.

¿No estaba muy cerca? Nerviosa dio un paso hacia atrás alejándose. —No.

Él apretó los puños saliendo de la oficina furioso. —¡Sacad las cajas! ¡Shine como no salgas ya, vas al instituto andando!

—¿De veras? —preguntó ilusionada—. ¿Puedo ir en bici?

—¡No!

Colter y Derren se la quedaron mirando y se sonrojó. —¿Me ayudáis o no? —les espetó furiosa antes de coger otra caja.

El ambiente en el rancho estaba a punto de explotar porque Keigan estaba de un humor de mil demonios y el de Amelia no era para menos. El jefe al darse cuenta de que no iba a comer, se puso de peor humor si eso era posible y lo pagaron los vaqueros por la tarde que terminaron deslomados. Colter y Derren tomándose una cerveza en el porche vieron como ella a las siete se subía en su coche y salía del rancho derrapando. Los hermanos se miraron de reojo. —Tenemos que hacer algo —dijo Colter—. Si esto sigue así se nos despedirán los vaqueros. He escuchado a varios quejándose porque hoy estaba intratable.

—Pues los de los muebles se han ido con las orejas calentitas. No hacía más que pegarles gritos porque habían llegado tarde y se retrasaban en montar los muebles. Y no veas como se puso con los del aire acondicionado porque se habían equivocado de modelo por uno más caro. Se quejó tanto que le bajaron el precio dejándole el caro montado.

—Joder, son perfectos el uno para el otro. —Colter bebió de su cerveza.

—¿Hoy no se cena? —preguntó Shine desde dentro.

—¡Esperamos a Keigan!

Shine salió al porche. —¿Dónde está? Tengo que estudiar. —Miró hacia la oficina. —¿Amelia se ha ido?

—Se acaba de ir.

—¿No se queda a cenar?

—Ni siquiera ha comido con nosotros —dijo Derren.

—¿Ah, no? —preguntó decepcionada.

Sus hermanos sin quitarle ojo apoyaron los codos sobre sus rodillas. —¿Qué pasa, Shine?

—Quería preguntarle algo, solo eso.

—¿Algo de qué?

—Cosas de chicas.

Derren entrecerró los ojos. —No hay nada que no puedas contarnos, cielo. Si tienes alguna duda o…

—¿Qué tampones tengo que ponerme? ¿A que no sabéis contestar a eso? —preguntó con mala leche.

Los hermanos carraspearon. —Mejor se lo preguntas mañana.

Entró en casa satisfecha porque Amelia empezaba a ayudarla, aunque no lo supiera. Al día siguiente hablaría con ella.

Capítulo 5

Estaba archivando las facturas en carpetas anuales cuando alguien dio dos golpecitos a la puerta. Levantó la vista y sonrió cuando Shine entró en la oficina. —Hola.

—Hola. ¿Cómo te va? ¿Qué tal el examen de matemáticas que teníais hoy?

Sonrió porque era la frase que diría una madre. —Bien.

—¿Y a mi hermana? —Fue evidente que no quería contestar. —Mal, ¿eh?

—No se le dan bien las matemáticas.

Suspiró dejándose caer en su sillón ergonómico. —Bueno, qué se le va a hacer. Terminará en la tienda de mamá y se morirá de hambre.

—Quiere poner una boutique.

—¿Aquí?

—Eso le he dicho yo, pero ya sabes cómo es cuando se empeña en algo.

Amelia sonrió. —¿Ya estás preparada para el baile? Es el sábado de la semana que viene.

Se sentó en la silla que había ante la mesa. —Yo no voy a ir al baile. ¿No te lo ha dicho Cindy?

—No —dijo pasmada—, aunque últimamente casi no la veo. Cuando llego ya está en su habitación y no hablamos mucho.

—No me dejan ir. —Agachó la mirada pasando el dedo por la superficie del escritorio. —Nada de bailes, chicos, maquillaje… Nada de nada.

—Pero si solo es un baile —dijo atónita.

—Hasta me había invitado Freddy Miller y le había dicho que sí.

—Con lo que te gusta. ¿Ya le has dicho que no puedes ir?

—Sí, ayer por la mañana. —Apretó los labios. —Dice que lo entiende y que si les termino de convencer para que me dejen, él estará esperando.

Amelia se llevó la mano al pecho de la impresión. —Qué mono.

Shine sonrió. —¿Verdad que sí? Cindy dice que le gusto mucho. —Su mirada se ensombreció y miró de nuevo el escritorio. —Pero no puede ser.

—¿Quieres que hable con tu hermano? —preguntó impulsivamente antes de pensarlo bien. Y cuando lo pensó ya no pudo arrepentirse por la mirada de ilusión de Shine.

—¿Lo harías?

—Claro. —Con lo bien que se llevaban no sabía si era buena idea, pero de perdidos al río. De todas maneras a la niña ya le había dicho que no. Peor no podía ir.

—Pues estará al llegar. Va a llevarme a tu casa para quedarme a dormir —dijo excitadísima.

En ese momento escucharon el sonido de los cascos de un caballo. —Ahí está. Ahí está… Me voy a la casa mientras lleva el caballo al establo. —Sacó la cabeza. —Suerte.

Echó a correr y Amelia gimió dejando caer la frente sobre el escritorio. —Perfecto. Tienes una boca…—Levantó la cabeza y a toda prisa cogió su bolso para buscar su espejito. Se echó un vistazo rápido y juró por lo bajo por los pelos que tenía, eso sin contar que tenía la ropa sucia y hasta una mancha en la mejilla. Se lamió la mano y se la pasó por la mejilla limpiándose antes de quitarse la goma del pelo alborotándose los rizos. ¿Pero qué estaba haciendo? Molesta consigo misma metió el espejo en el bolso y vio el brillo de labios. Lo cogió a toda prisa. Los tenía resecos, no lo hacía por él. Estaba guardando el brillo cuando él se detuvo ante la puerta

cortándole el aliento. Entró en la oficina y miró a su alrededor haciendo una mueca porque ahora sí que parecía una oficina de verdad. —Impresionante. Como lo será seguramente la factura de todo esto.

—Como te he dicho…

—Lo desgravaré.

—Exacto. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Él la miró a los ojos y asintió. —¿De qué se trata?

—¿Le has dicho a Shine que no puede ir al baile?

—Se lo he dicho yo, Colter y Derren. ¿Por? —preguntó con mala leche.

—Vaya… —dijo como si fuera una auténtica fatalidad—. Menudo disgusto debe tener la pobrecita.

—Es un baile, por el amor de Dios. No sé a qué viene tanto drama.

—¿No lo sabes?

Él se cruzó de brazos entrecerrando los ojos. —No, no lo sé. Tampoco es para tanto. ¡Es muy joven para bailes!

—Es la única que no irá al baile. La estás discriminando y señalando ante sus compañeros.

—¿Pero qué locuras dices? ¿Discriminando a mi hermana?

—Sí, porque si hubiera sido hombre no le hubieras prohibido ir. Niégalo si te atreves. —Él entrecerró los ojos. —¿Pero qué crees que va a pasar en el baile? ¡Estará lleno de padres!

—¿Qué has dicho?

—¿No lo sabías? Varios padres estarán para supervisar que los chicos se comporten, que no haya alcohol…

—¿Alcohol? —preguntó escandalizado.

—Creo que deberías ir —dijo divertida.

—¿Tú vas a ir? —preguntó como si nada provocándole un vuelco al corazón. Keigan carraspeó—. Para vigilar a tu hermana.

—Yo no necesito vigilar a mi hermana. Confío en ella.

—¿No me digas? Pues me da que si no vas a vigilar, Shine se va a quedar en casa.

—¿Me estás chantajeando? —preguntó asombrada.

—Sí. O vas o no va, tú decides.

—¡Pues vete tú!

—¿Yo con un montón de adolescentes? ¡No fastidies! ¿Sí o no, Amelia? Y decídete pronto que no tiene vestido. —Fue hasta la puerta sin esperar su respuesta.

—¡Eso no es justo! ¡Ese sábado tengo una cita!

Se detuvo en seco antes de volverse lentamente. —¿No me digas? —siseó.

Se sonrojó sin poder evitarlo. —No podía este sábado porque iba a ver a su familia, pero hemos quedado para el próximo.

—Pues llévatelo al baile. Se lo va a pasar estupendamente.

Pues también era verdad. ¡Un baile! Era una idea estupenda. Una excusa para ponerse mona y bailar toda la noche. Sonrió radiante. —Hecho.

—¿Vas a llevarte a tu cita al baile? —gritó furibundo.

Parpadeó sorprendida. —¡Si ha sido idea tuya!

La miró como si quisiera estrangularla antes de salir de la oficina dando un portazo. —¡No hay quien te entienda! —Corrió hacia la puerta y la abrió. —¿Por qué te cabreas? ¿No habrás cambiado de opinión? Ahora no puedes echarte atrás. ¡Irá al baile!

Shine chilló de la alegría. —¡Gracias, Gracias! —gritó desde la ventana haciéndola sonreír. De repente la niña abrió los ojos como platos—. ¡Necesito un vestido!

Keigan se detuvo en seco antes de volverse para mirarla de nuevo como si fuera un grano en el culo. —Te encargarás tú.

—Claro, jefe.

—Shine, ¿bajas o no?

—¡Ya verás cuando se lo cuente a Cindy!

Su amiga sentada en la cama la miró impresionada. —¿A que es la mejor? No es porque sea mi hermana, pero es de lista… ¿Qué le habrá dicho?

—No lo sé, pero ha funcionado. —Cogió del brazo a su amiga. —Tienen que casarse. ¡Tienen que hacerlo!

—Shusss… te van a oír mis padres. —Se levantó y fue hasta la puerta para sacar la cabeza. Cerró la puerta. —Están abajo viendo la tele. Deben estar esperando a que Amelia vuelva.

—¿Y si nos hubieran escuchado? ¿Se pondrían en contra?

—¿Mis padres? Harían palmas con las orejas. —Cindy se sentó en la cama. —Mi padre no dormiría de la alegría por emparentar con Keigan Bansley. Es el hijo que nunca tuvo.

Shine sonrió. —¿Nos ayudarían?

Su amiga entrecerró los ojos. —¿Qué se te pasa por la cabeza?

—Ahora no haré nada porque puede que me castigaran con no ir al baile, pero en cuanto pase, pensaré en algo para que os mudéis a mi casa.

—¿Mudarnos al rancho? ¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Para que estén juntos. —Pensó rápidamente. —. ¿Una inundación? Solo hay que abrir el grifo del baño de arriba.

—Mi padre ha anulado el seguro —dijo asustada.

—Diré que es culpa mía y me ofreceré a que durmáis en mi casa mientras os arreglan el suelo.

Los ojos de Cindy brillaron. —Mamá siempre dice que la tarima está hecha polvo.

—Tranquila, que lo paga mi hermano. Siempre me cubre si meto la pata. Un día le rayé el coche a la señora Mathews cuando pasé con la bici y cuando se lo dije llorando a moco tendido la llamó de inmediato para hacerse cargo. Hasta le ofreció un coche mientras se lo pintaban de nuevo.

Su amiga se mordió el labio inferior antes de sonreír radiante. —Hecho.

Amelia se levantó y fue hasta el baño medio dormida. Había tardado un siglo en cerrar los ojos porque el dichoso Keigan no se le salía de la cabeza. En pijama corto bajó las escaleras con cara de sueño. Necesitaba un café bien cargado. Bostezó pasando por el hall y entró en la cocina yendo hasta la cafetera que ya estaba llena. Cogió una taza de la alacena y la llenó. Bebió un sorbito gimiendo de gusto y cuando se volvió se sobresaltó al ver a Keigan sentado en la mesa mirándola sin cortarse. —¿Te has quemado?

—¿Qué? —Se miró la mano y vio que le había caído café en ella. Jurando por lo bajo dejó la taza y fue hasta el fregadero. —Mierda.

—¿Te has quemado? —Él se acercó para mirar y vio que tenía la mano sonrojada.

—¿Qué haces aquí?

—Le he traído el libro de ciencias a Shine. Se lo había olvidado en casa y me llamó ayer por la noche. Como todavía no se ha levantado, tu madre me ha invitado a un café.

Cogió un trapo y se secó la mano. —No pienses que mi madre te está tirando los tejos. Está casada. Aunque eso a ti te da igual, ¿no? —dijo sin pensar. Gimió en cuanto esas palabras salieron de su boca.

Keigan se tensó. —¿Qué has dicho?

—Nada.

La cogió del brazo haciendo que le mirara. —¿Qué has dicho?

—Te vi con Caroline.

Él apretó las mandíbulas dando un paso atrás. —Tú has ido soltando esos chismes sobre los Bansley, ¿no?

—¿Qué chismes?

—¡Qué no somos aptos para cuidar de Shine! ¡Qué somos casi unos pervertidos por la vida que llevamos!

—¿Estás loco? ¡No he hablado de ti con nadie en la vida!

—¡Estabas cabreada porque no te había hecho caso y te has dedicado a extender rumores!

—¿Estás sordo? ¡Yo no he hecho nada!

—Hija, ¿qué pasa? —Su madre entró en la cocina.

—Este, que tiene un lío con una casada y ahora resulta que yo tengo la culpa de que haya rumores.

—¿Está con una casada? —preguntó su madre atónita haciendo que Keigan frunciera el ceño —. Hija, ¿cómo no me has dicho nada?

—¡Porque no se lo he dicho a nadie! ¡Es su vida para hacer con ella lo que le venga en gana, aunque esté metiendo la pata hasta el sobaco!

—Exacto, es mi vida para hacer con ella lo que me dé la gana.

—Pues que te aproveche.

—¡Pues muy bien! —le gritó a la cara antes de mirar sus labios cortándole el aliento.

—Hijo, no deberías tener un lío con una casada. —Su madre como si nada fue hasta la cocina y cogió una sartén para empezar a hacer los huevos mientras ellos no dejaban de mirarse. —Con las chicas solteras que hay por ahí esperando a que les eches el ojo.

Se sonrojó y sin poder evitarlo salió corriendo de la cocina. —¡Amelia!

Su madre se volvió con un huevo en la mano. —Tendrá prisa.

Él apretó los puños. —¿Has desayunado, Keigan? —preguntó con una dulce sonrisa en los labios.

—Sí, señora.

—Oh, llámame Lisa. Casi somos familia.

Él la miró pasmado. —¿Perdón?

—Nuestras niñas son como hermanas. —Y de repente gritó —¡Niñas a desayunar!

—Ya vamos —contestó su Shine muy contenta.

Keigan entrecerró los ojos. —Es obvio que mi hermana se siente como en familia.

—Es lógico, nos conoce desde hace mucho tiempo. Para mí es como una hija más. —Le guiñó un ojo. —Es estupendo que pueda ir al baile. Es una experiencia que compartirán juntas.

Él asintió sentándose de nuevo y cogiendo su taza mirando hacia la puerta aún molesto porque Amelia hubiera salido huyendo.

—Mi hija no ha extendido rumores. Es la persona menos cotilla que conozco. —Se volvió con la sartén en la mano y sin preguntarle echó unos huevos en el plato que le puso delante. Iba a decir algo, pero ella le interrumpió —Come, que eres muy grande y seguro que con las prisas casi no has desayunado en tu casa.

Él sonrió. —Gracias.

—De nada. —Regresó a la cocina y dejó la sartén. —¿Sabes Keigan? Amelia en el fondo es muy inocente.

Con el tenedor en la mano se tensó. —¿Eso cree?

Se volvió pasándose un trapo por las manos. —Sí, hace unos años se fijó en quien no debía porque le rompió el corazón. Desde entonces no confía en los hombres. Tenía citas sí, pero nada serio. Te lo digo porque está trabajando en tu rancho y sois tres hombres solteros —dijo mirándole fijamente con sus ojos azules—. Eso sin contar los vaqueros que pueden fijarse en ella. No me gustaría que acabara con el corazón roto de nuevo. ¿Me explico?

Él asintió. —Se explica muy bien.

—A veces una se hace la tonta, pero te aseguro que de tonta no tengo un pelo. Si vas a seguir con esa casada… Si vas a continuar con tu vida de soltero, aléjate de mi hija y déjala trabajar en paz.

—¿Y sino?

Lisa sonrió. —Sino iré mirando vestidos de novia.

—Está enfadada.

—Con razón. Has vivido tu vida dejándola de lado. Supongo que ese chico que la corteja, ese Summerfield te ha puesto en guardia. Es un gran partido, por eso si no vas a ir en serio te pido que la dejes en paz. Mi hija no es un capricho.

—¿Summerfield? —preguntó tenso apretando el tenedor que tenía en la mano.

Lisa sonrió. —Irá al baile con ella. Está encantado. Ayer cuando se lo dijo al teléfono tenía puesto el manos libres y va a contratar una limusina y todo. Quiere que viva el baile como si aún estuvieran en el instituto. Está enamoradito, el pobre.

—¿No me diga, señora? —siseó.

Sonrió radiante. —Sí, iré mirando el vestido de novia.

Las niñas llegaron corriendo y Shine se acercó a su hermano para darle un beso en la mejilla. —¿Me lo has traído?

—Claro, princesa.

—Gracias.

—Hola Keigan. ¿Dónde está Amelia? —preguntó Cindy sentándose a la mesa.

Shine le pegó una patada en la pierna y esta gimió de dolor. Lisa reprimió la risa acercándose con la sartén. —Estará al bajar. Tengo que prepararle los sándwiches. Venga, a desayunar.

Keigan sonrió. —No es necesario que le haga la comida. La señora Braun se la hará.

—¿No me digas?

—¿No se lo ha dicho? El primer día comió allí.

Lisa separó los labios entendiendo. —Esta hija mía seguro que no quiere molestar.

—No es molestia. Se hace la comida para todos los empleados.

—Oh, pues perfecto.

Amelia entró en la cocina con unos vaqueros cortos y una camiseta vieja. —Hija, ¿y esa pinta?

—Te aseguro que nadie se fijará en mi pinta y allí hace calor —dijo entre dientes.

—Si tienes aire acondicionado —dijo Keigan antes de ponerse a comer tranquilamente sin quitarle ojo a sus preciosas piernas—. Y esos pantalones son muy cortos, allí hay muchos vaqueros.

—Hija ve a cambiarte.

Jadeó indignada. —No son cortos.

Su padre entró en ese momento y sonrió. —Keigan, qué sorpresa. —Miró a su hija de arriba abajo. —¿No vas a trabajar?

Exasperada salió de la cocina haciendo que las niñas reprimieran la risa. Keigan sonriendo le guiñó un ojo a su hermana.

Capítulo 6

Gruñó porque era la hora de comer. Se puso de pie mostrando la misma camiseta que se había puesto por la mañana y una falda vaquera que le llegaba por encima de las rodillas. Recordó como entrando en la cocina de nuevo él la había mirado de arriba abajo robándole el aliento, pero rebelde pasaba de vestirse de otra manera, así que ignorándole se sentó a su lado para desayunar a toda pastilla mientras Keigan hablaba con su padre de las obras que tenía previsto hacer en el rancho. Pasmada le miró. —¿Vas a hacer otra nave de cría?

—Sí, esos son los planes de ampliación de este año.

—Pero el precio de la carne ha caído en picado. —Le miró a los ojos. —Keigan los beneficios cayeron un veinte por ciento el año pasado.

—Hay que avanzar para competir.

—Eso, hija. Él sabe lo que hace —dijo su padre advirtiéndola con la mirada.

Preocupada siguió desayunando y después salió de la casa sin decirle nada, pero no se le había ido el tema de la cabeza en toda la mañana. Bueno, ya que le había fastidiado con seguir comiendo allí, iba a interrogarle a conciencia sobre el tema. Ella no veía viable esa ampliación. Salió de la oficina cerrando la puerta para que no entrara el calor y fue hasta el rancho. Distraída estaba a medio camino cuando vio un movimiento en el porche y levantó la vista hacia allí para encontrarse a Keigan sentado en una de las sillas de mimbre tomándose una cerveza.

Cuanto antes mejor. Además no le gustaba hablar de esos temas delante de la señora Braun, así que había tenido suerte. Decidida caminó hasta allí y subió los escalones. —Quería hablar contigo.

—¿No vas al baile?

—Oh, sí. No te preocupes por eso.

Él gruñó antes de beber de su cerveza. Se le secó la boca viendo como esa nuez subía y bajaba. Al darse cuenta de que le miraba embobada apoyó el trasero en la barandilla sin darse cuenta de que la falda se le subía por los muslos peligrosamente. —Quería hablar de otra cosa.

Keigan levantó la vista hasta sus ojos. —Dispara.

—Un veinte por ciento, Keigan. No puedes ignorar la caída de las ventas.

—El precio volverá a subir. En este negocio siempre pasa lo mismo y un rancho como este tiene que avanzar porque sino sí que estaremos perdidos. Pero no lo hago por eso, los chinos están pidiendo carne y es un mercado que no voy a desaprovechar.

—¿Vas a empezar a exportar?

—Es hora de pegar el salto. Ya he encontrado la empresa frigorífica que me lo transporte. Y en un mes me voy a Shanghái para cerrar el trato. Me la pagarán al doble que lo que me pagan aquí. De momento sus proveedores son de Brasil y Argentina, pero yo se la dejo más barata que lo que pagan ahora y es mejor carne. Mi contacto allí importa cuatrocientas toneladas al año.

Era un plan brillante, pero algo le hizo decir —Es una inversión enorme.

—Tres millones de dólares en maquinaria, camiones, una planta de despiece y el ganado que tendré que comprar para la cría. —Hizo una mueca. —Menos mal que tengo hectáreas de sobra para darles de comer.

—¿Y si viene mal tiempo y no hay que comer? ¡Esto es Texas! ¡Tendrás que comprar pienso!

—Eso también está pensado. He incluido en el precio de venta los posibles inconvenientes

como una sequía o pérdidas de ganado por descongelación… Nena, ¿crees que no lo he pensado?

Preocupada asintió. —Sí, supongo que sí. —No le extrañaba que no le preocuparan cuatro facturas cuando pensaba gastar tres millones de dólares. —¿Y los intereses de ese crédito? ¿Los has incluido en el precio?

—¿Qué crédito?

La leche. Tenía la pasta. —¿Vais a invertir vuestros ahorros? —preguntó incrédula.

—Mis ahorros. Este rancho es mío. Aunque por supuesto mis hermanos se llevarán su parte como han hecho siempre. Como quería mi padre los beneficios se dividirán entre los tres hasta que yo fallezca.

—¡Keigan nunca se invierten los ahorros! Si sale mal te quedarás sin nada. ¿Y si ese cambia de opinión? Espero que firmes un contrato de compromiso durante un par de años por lo menos.

Él frunció el ceño. —Bien pensado. ¿Comemos?

—¡No, vamos a hablar de esto!

Sonrió divertido. —Te veo preocupada.

—¿Sabes todo lo que conlleva eso? Cuando has hablado de transporte frigorífico significa que lo trasportas tú, así que la venta se realiza allí, ¿no? —Él asintió. —Estarás vendiendo tus productos allí, lo que provoca cambios en los impuestos, permisos sanitarios, mil cosas administrativas que tendrás que preparar.

Keigan se tensó captando toda su atención. —Continúa.

—Sería muy distinto si ellos lo compraran aquí y se encargaran de todo lo demás. Sería una venta más, pero si tú vas a transportar las reses fuera del país y venderlas allí a ese tío. Serás tú el que tendrás que encargarte de aduanas, impuestos, transporte hasta el punto de descarga... Camiones allí, Keigan. Empleados con su seguro médico y nómina que se encarguen de transportar el producto hasta su destino. ¡Una oficina de contacto y yo que se cuántas cosas más! ¿Sabes el follón que es eso?

—Pues hasta ahora no me había dado cuenta del todo, la verdad.

Parpadeó asombrada. —¿Cuánto llevas pensando en este negocio?

—Un año.

—¿Y no se te había ocurrido nada de esto?

—Menos mal que te tengo a ti. Ponte con ello, ¿quieres? En un mes me voy a Shanghái. ¿Ahora comemos?

Atónita vio que iba hacia la puerta y la mantenía abierta para que pasara. Pero entonces fue cuando se dio cuenta de que confiaba en ella para llevar los temas administrativos de ese negocio. ¿O había entendido mal? —¿Quieres que averigüe todo lo que necesitas?

—Exacto, y que empieces con los trámites.

—¡Pero si hace dos días ni siquiera me hacías caso con unas facturas!

—Me he dado cuenta de que eres muy eficiente. Solo hay que ver la oficina.

—¡Necesitarás una oficina mucho más grande!

—Seguro que tú puedes encargarte.

Suspiró llevándose la mano a la frente. —Keigan, esto no lo veo.

—¿No te crees capaz?

Le fulminó con la mirada. —Soy más capaz que tú, por lo visto.

Él sonrió. —Pues eso. ¿Comemos o no?

—Me has quitado el hambre. —Pasó ante él para entrar en la casa. —¡Pero haré un esfuerzo!

Él sonrió. —Sí, nena… Vas a necesitar energías.

Eso seguro porque no tenía ni idea de por dónde empezar. Entraron en la cocina y la señora Braun sonrió. —¿Hoy sí comes aquí?

Se sonrojó hasta la raíz del pelo. —No quería molestar.

—Tú no molestas. ¿Verdad, jefe? —Este pensando en sus cosas ni contestó y la mujer puso los ojos en blanco antes de decirle cómplice —Es un hombre muy ocupado. Tiene mil cosas en la cabeza, pero algún día tendrá que buscar esposa, no sé si me comprendes…

Solo le faltaba que Keigan la escuchara y pensara que quería ser la futura señora Bansley. —¿Y qué tenemos hoy de comer?

—¡Guiso de cordero!

¿Otra vez guiso? Se volvió hacia Keigan que divertido levantó una ceja, así que se temió lo peor. Se sentó a su lado y mirando de reojo a la mujer susurró —¿Siempre coméis guiso?

—Es muy sano —dijo con ironía—. Contraté a la única mujer del pueblo que no debe saber cocinar.

—La contrataste después de la muerte de tu madre, ¿no?

Él asintió. —Y con tanto caos a nuestro alrededor no nos dimos cuenta de que solo sabía hacer esto o carne a la plancha hasta pasadas dos semanas. Shine se había encariñado mucho de ella y…

—Os dio pena echarla.

—Te acostumbras —susurró mirándola a los ojos provocándole un nudo en la garganta por todo lo que habían perdido y aun así él intentó que su hermana estuviera lo más a gusto posible. Él miró sus labios provocándole un vuelco al corazón—. Varía de carne.

—¿Qué?

—Aquí está —dijo la mujer tan contenta acercándose con la sopera.

Reaccionando forzó una sonrisa. —Huele deliciosamente, señora Braun.

—¿Tienes apetito? Serviros lo que queráis. Yo voy a recoger la ropa que parece que va a llover.

En cuanto salió, miró por la ventana para ver un sol de justicia y Keigan se echó a reír a carcajadas. —Se va a fumar un cigarro.

—¿Fuma? —preguntó pasmada—. No lo sabía.

—Porque disimula. ¿No la acabas de oír? Ahora se está escondiendo tras la casa. No le decimos nada para que no fume dentro. La niña, ya sabes.

—Increíble. Por mucho que crees que conoces a alguien siempre te da sorpresas. —Cogió la garcilla y su plato para empezar a servir. Se lo llenó bien diciendo —Pero la niña tiene que comer otras cosas. Pasta, por ejemplo.

—Como comía en el colegio y ahora en el instituto no le damos mucha importancia —dijo cogiendo la cuchara—. Y nosotros muchas veces comemos con los hombres.

—Os cocina Paul, ¿verdad?

—Es un genio.

Ahora entendía. Se le quedó mirando. —¿Comes aquí estos días porque no me sienta sola o algo así?

Él que tenía la cuchara en alto se detuvo en seco. —¿Qué?

—No hace falta, de verdad. Puedo comer sola.

—Estos días tenía cosas que hacer en el pueblo. El nuevo negocio, ya sabes.

—Ah… —Se sirvió y se metió la primera cucharada en la boca para decir con ella llena. —La verdad es que está bueno, pero mañana traeré ensaladilla rusa. Te vas a chupar los dedos.

—Nena, no hace falta que la hagas. Ya trabajas bastante.

Sus ojos brillaron. —La haré aquí para que aprenda.

—La envié a un curso de cocina al que fue encantada y cuando volvió, ¿adivina que nos puso?

—No.

Él rio por lo bajo. —Pero limpia como nadie. Tiene la casa como los chorros del oro.

—A ver si piensa que os gusta muchísimo y que no queréis otra cosa.

—¿Cómo va a pensar eso? —preguntó pasmado.

La mujer entró en ese momento con la cesta de la ropa en la mano. Sí que era rápida, sí. Hasta había cogido la ropa. Entrecerró los ojos. —Señora Braun…

—¿Si, niña?

—Estaba hablando con Keigan de la ensaladilla rusa de mi madre y no recuerdo un ingrediente. ¿Me puede ayudar?

—Oh… Pues patata cocida, guisantes, bonito en conserva, algunos le echan cebolla… —Puso la mano en la barbilla. —Déjame pensar… zanahoria cocida. —Sus ojos brillaron. —Y la mahonesa, por supuesto.

—¡Eso, la mahonesa! —Se volvió hacia Keigan que parecía pasmado. —¿Podría hacerla mañana? Me apetece.

—Claro, niña. Así dejo de hacer tanto cocido, pero es que a los chicos les gusta, ¿sabes? Son algo melindres para comer. Una vez al poco de llegar aquí puse arroz con pollo y casi ni comieron. Me dijeron que a ellos les iba lo tradicional como el cocido que habían comido el día anterior.

—Seguro que la ensaladilla les gusta y con el calor que hace es mucho más digestiva.

—Eso mismo pienso yo. —Encantada se llevó la cesta yendo hacia el hall.

Reprimió la risa.

—¡No tiene gracia! —Se acercó a ella y siseó —Aquel arroz no había quien lo comiera. Por eso pensamos que no sabía hacer otra cosa.

—Tendría un mal día. Si hubieras sido claro… —Rio por lo bajo. —Llevas años comiendo cocido porque no se ofendiera y se largara. ¿Y tú eres el ranchero más duro de los contornos?

—Cuando tengas la casa patas arriba y el cesto de la ropa tan lleno que no tienes nada que ponerte, tragas con todo. —Miró el cocido. —Nunca mejor dicho.

Ella se echó a reír a carcajadas y él se la comió con los ojos haciendo que perdiera la risa poco a poco. —Y además está Shine.

—Y además está Shine. —Él carraspeó. —Nena, sobre lo que pasó hace cinco años…

El teléfono empezó a sonar y la señora Braun que llegó en ese momento descolgó. —Rancho Bansley. —La miró a los ojos. —Sí, está aquí. —Estiró el brazo. —Niña, tu madre y parece muy nerviosa.

Se levantó a toda prisa para coger el auricular. —¿Mamá? Lo tengo en el bolso y estoy comien… ¿Qué? —Al darse cuenta de que la observaban se volvió dándoles la espalda. —Explícate, no te entiendo. —Se quedó unos minutos en silencio mientras su madre intentaba explicárselo. Cerró los ojos agachando la cabeza al enterarse de lo que estaba ocurriendo. —¿Cómo no me dijiste nada antes? ¿Es el segundo aviso? Tranquila, lo arreglaré. Pediré un crédito con mi nómina y me lo darán. —Su madre se echó a llorar. —Mamá tranquila, no te van a quitar la tienda. Ahora quiero que te acuestes un rato. ¡Qué le den a la tienda! ¡No abras por la tarde! ¿Me has oído? Quiero que te acuestes a dormir. Que se ponga papá. —Apretó los labios sabiendo

que lo estaban oyendo todo. Dios, sabía que las cosas estaban mal, ¿pero tanto? En su última declaración tampoco estaban en bancarrota. —¿Papá? Llama al doctor Carpenter para que le dé un calmante. Yo iré en cuanto pueda. Y dile que no se preocupe, que lo arreglaré.

Colgó el teléfono y se volvió pálida. Sus ojos fueron a los de Keigan que dijo —Nena, vete a casa.

—Pero…

—Lo demás puede esperar. Vete a casa.

—Gracias. —Salió corriendo y él se levantó para observarla desde la ventana.

—Para ella ha sido una sorpresa.

—Intentarían ocultarle lo mal que iba el negocio.

—Pobrecita, se ha quedado blanca de la impresión.

Él apretó los labios. —Guárdele la comida, antes de una hora estará aquí.

Salió del coche y fue directamente hacia la oficina sorprendiéndose al encontrar a Keigan con una factura en la mano sentado en su nuevo sillón ergonómico. —¿No tienes trabajo?

—Quería hablar contigo en cuanto llegaras. ¿Cómo está tu madre?

—Disgustada. Muy disgustada. La tienda se la legó su madre y teme perderla.

Él asintió. —Supongo que la has tranquilizado. —Se miraron a los ojos. —¿No vas a decirme lo que ha pasado? Eres inteligente como para que algo así se te pase por alto. —Levantó la factura. —Eres concienzuda en tu trabajo.

—Esto es algo que pertenece a la familia. Siento que hayas escuchado la conversación telefónica y haber tenido que irme.

Keigan apretó los labios. —Este es tu primer trabajo en serio, ¿no?

—Sí, he hecho prácticas, pero este es realmente el primero.

—¿Y te das cuenta de que si no eres capaz de llevar las cuentas de tus padres con dos simples negocios pueda pensar que no estás preparada para llevar algo de esta envergadura? ¿No crees que merezco una explicación? —Se miraron fijamente. —¿Ha sido culpa tuya?

—No.

—¡Entonces explícate!

—No puedo perder este trabajo.

—Estoy esperando, Amelia.

Tomó aire intentando calmarse, pero tenía razón, cualquiera dudaría de su valía después de algo así. —En realidad nunca les he llevado las cuentas. Solo les hacía la declaración porque ellos no sabían. Yo estaba ocupada con mis estudios, en mis cursos o estudiando y aunque me ofrecí no quisieron mi ayuda. Pero en las declaraciones sí que la querían y allí me enteraba de todo, así que nunca les vi realmente en peligro. En su última declaración daba pérdidas, pero con el negocio de mi padre las compensaba y mi madre no quería cerrar. Tampoco eran pérdidas tan grandes y a ella le gusta estar allí, así que mi padre lo asume con su negocio por hacerla feliz.

—¿Pero?

—Pero se le ocurrió darle un giro a la tienda y tenía que comprar mercancía para tener ropa más joven y moderna. Para atraer a las niñas y tener lo mínimo en la mercería.

—Necesitaba dinero. Pidió un crédito.

—A principios de año, por eso no aparecía en los papeles que me entregó para la declaración. No realizó ningún pago y el banco le reclama la tienda.

—¿Cuánto pidió?

—Diez mil.

—Serán cabrones. ¿Quieren quedarse con la tienda por diez mil dólares?

Reprimiendo las lágrimas asintió. —Pero con mi nómina…

Levantó una mano acallándola. —¿Quién le dio el crédito? ¿Miles Bennet?

—Sí, pero como te he dicho con mi nómina puedo arreglarlo.

—Olvídate de eso, ¿me oyes? Ya lo arreglaré yo y te lo iré descontando de tu sueldo.

—No tienes que arreglarlo tú. ¡Soy capaz de sacar a mi madre de esto!

—¿Crees que ese cabrón te va a dar un crédito cuando quiere quedarse con su tienda? —Palideció cuando eso no lo había pensado. Él se levantó furioso. —Yo me encargaré de esto. Ponte a trabajar.

Vio como iba hacia la puerta. —Keigan… —Se volvió para mirarla y vio las lágrimas en sus ojos. —Gracias.

Asintió antes de salir de la oficina.

Se emocionó porque no podía negar que era un detalle que le echara una mano. Y demostraba que tenía un corazón enorme como decía mucha gente por el pueblo. Un buen ejemplo era como había soportado años de cocidos. Se avergonzó por sus pensamientos todos esos años y mirando las facturas se dijo que se iba a dejar la piel para realizar ese trabajo.

Capítulo 7

Dos días después era sábado, pero ella fue a trabajar. Quería dejarlo todo archivado ese fin de semana para empezar el lunes a hacer llamadas sobre lo que necesitaban para el nuevo negocio que Keigan quería emprender. Bostezó cerrando la puerta del coche porque se había pasado hasta la madrugada mirando en su ordenador toda la información que había en las páginas oficiales del gobierno sobre negocios en el extranjero.

Iba a ir a la oficina, pero necesitaba un café y con urgencia, así que sin cortarse entró en el rancho hasta la cocina. Los Bansley sentados a la mesa desayunando la miraron sorprendidos de que estuviera allí. —Buenos días.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Keigan pasmado.

—Tengo trabajo. —Se sirvió un café y levantó una taza dándole un buen sorbo. —Dios, qué bueno. —Se sirvió de nuevo hasta el borde y al volverse vio que los cuatro la miraban. —¿Qué?

—Es tu día libre. Descansas los fines de semana, ¿sabes? —dijo Derren divertido.

—¿Tú vas a trabajar?

—Sí, pero…

—Pues eso —dijo antes de que terminara. Miró a Keigan —. Cuando termines ahí ven a la oficina, tengo algo que contarte.

Keigan sonrió. —Nena come algo.

—Uff, no gracias. Tengo el estómago aún revuelto de la ensaladilla de ayer.

—Te lo advertí.

—Tenías que decirlo. —Fue hasta la puerta refunfuñando que no iba a comer nada que hiciera esa mujer nunca más en la vida.

—¡Amelia!

Se volvió para ver que Shine se levantaba a toda prisa. —Tu madre nos iba a llevar al centro comercial para comprar los vestidos, pero…

—Hoy no se encuentra muy bien, cielo. Tiene jaqueca. —Dios, había olvidado el baile. —¿Qué te parece si os llevo yo por la tarde? Así miraré algo para mí también.

—¿De veras? —preguntó ilusionada.

—Claro, lo pasaremos bien. —Le guiñó un ojo. —Y comeremos una buena hamburguesa con queso y un helado enorme. —Se acercó y susurró —Y te compraré una barra de labios.

—¿Qué has dicho? —preguntó Keigan mosqueado.

—Que te veo en la oficina —dijo antes de salir de la cocina.

Shine soltó una risita y cuando se volvió sus hermanos la miraban fijamente. —Tampones, que me comprará tampones.

Ellos carraspearon y Keigan se levantó. Su hermana extendió la mano y la miró sin comprender. —Necesito dinero para el vestido.

—Oh, sí claro. —Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón y mostró los billetes. —¿Cien pavos? —Ella iba a coger el dinero cuando él apartó la cartera. —Igual debería ir contigo…

—¡Vamos, voy con Amelia! ¡Ella viste muy bien!

—Bueno, se pone unos pantalones muy cortos —dijo Derren.

—¿Qué has dicho? —preguntó Keigan con voz lacerante.

—Nada, no me he fijado en lo cortos que son sus pantalones.

—Más te vale.

—Es guapa, ¿eh? —Su hermano vio como sonreía radiante y ella le guiñó un ojo cómplice. —¿Te gusta?

—No —respondió incómodo.

—Pues es una pena porque a mí me gusta mucho. Dame doscientos por si acaso. Te traeré la vuelta.

Él abrió la cartera distraído. —Así que te gusta.

—Claro. Si quisiera una hermana mayor querría que fuera Amelia. —Soltó una risita. —Porque de mi edad ya tengo a Cindy. —Entrecerró los ojos. —Aunque ya es mi hermana mayor porque cuando tengo una duda se la pregunto a ella.

—¿Como qué?

—Hermano no preguntes…—dijo Derren

—Bueno… —Shine se metió el dinero en el bolsillo del pantalón. —Cuando tuve mi primer periodo fue ella la que me dijo lo que me pasaba, porque Cindy todavía no tenía ni idea de lo que había que hacer.

Keigan carraspeó incómodo y Colter dijo —Te lo advirtió.

—Cosas de chicas, ya sabes. Hay preguntas que no puedo haceros a vosotros porque no tenéis ni idea.

—Entiendo.

—¿Me das cien más? Necesito unos pantalones vaqueros y otras cositas —dijo mirando la cartera. Su hermano abrió la cartera de nuevo sin rechistar—. Cojo doscientos que todo está muy caro y no quiero avergonzarte diciendo que no me has dado bastante dinero. —Sonrió radiante. —Voy a estudiar que tengo exámenes finales.

Keigan miró atónito a sus hermanos. —Me ha desplumado.

Los hermanos se echaron a reír. —Se está haciendo mayor. Ya no le interesan las cosas de niña —dijo Derren.

—Sí, ya me di cuenta por la cara que puso en Navidades con sus regalos. —Se pasó la mano por la nuca. —Joder, no sé si estoy preparado para esto.

—Por eso tu mujer te ayudará —dijo Colter—. Así que no se te escape. Hala, corre a la oficina que si te retrasas puede cabrearse.

Le fulminó con la mirada.

—Encima que te ayudo.

—No necesito tu ayuda —siseó yendo hacia la puerta—. Si te enseñé yo a ligar.

—Pero después he aprendido algunas cosillas. ¡Y a ver si la besas de una vez!

Regresó mirándole como si quisiera matarle. —¡Cállate! ¡Te va a oír Shine!

—Está cagado —dijo a Derren haciéndole reír.

—Seréis idiotas.

Se volvió para ver a Shine en la escalera y su hermana le hizo una señal con el dedo para que se acercara. Lo hizo y ella susurró —Le gusta la tarta de fresas y contemplar el atardecer tomándose una cerveza en el porche. —Él entrecerró los ojos. —Y su color favorito es el violeta. Su flor la rosa blanca y su perfume es Iris de Prada. Sus amigas le dan todas las muestras que salen en las revistas y su madre le regaló un frasquito en Navidades, pero casi está vacío.

—¿Qué más?

—Que su cumpleaños es el domingo después del baile.

—¿De veras?

Shine sonrió antes de guiñarle un ojo cómplice. Keigan sonrió. —Gracias, cielo.

Su hermana corrió escaleras arriba loca de contenta y él respiró hondo antes de salir de la casa.

Al entrar en la oficina la vio arrodillada en el suelo mirando bajo una estantería. Esos vaqueros le quedaban pero que muy bien. —Nena, ¿qué haces?

—Se me ha caído la goma de borrar y ha rodado hasta aquí.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó con voz ronca.

—No, si ya la tengo. —Se estiró elevando el trasero y él hizo una mueca. —¡Ya está!

—Vaya.

—¿Qué? —preguntó mirándole sobre su hombro.

—Que muy bien.

Sonrió levantándose. —Ayer terminé la auditoría.

—¿Qué auditoría?

—¿No te lo ha dicho Colter?

—Últimamente procuro no escucharle mucho. —Le miró sin comprender. —Cosas nuestras.

—Pues eso, que he hecho una auditoría de los últimos cinco años ya que tenía que clasificarlo todo y… —Cogió un archivador de la estantería y lo puso sobre el escritorio. —Todo esto no me cuadra. ¿Puedes revisarlo, por favor?

Era una carpeta bastante gruesa. —¿Todo eso?

—Está colocado por fecha y la primera es de hace siete años. ¿Puedes mirarlas, por favor?

Él abrió el archivador porque parecía impaciente. —Una factura de ferretería.

—Continúa.

Frunció el ceño dando la vuelta a la hoja. —Otra factura de la ferretería.

—¿No te das cuenta?

—Amelia, ¿a dónde quieres llegar?

Dio la vuelta a la hoja y señaló uno de los productos. —Tres palas. —Pasó a la siguiente. —Dos palas. —Pasó la hoja. —Tres palas. Y así en al menos cincuenta facturas.

—¿Qué coño? —Pasó las hojas revisando los productos.

—¿Y cuántos clavos necesitas? Porque ahí se reflejan por lo menos tres toneladas. Cable de electricidad para alumbrar Texas y siete wáteres.

—¿Siete? —preguntó pasmado.

—Oh, y eso no es nada. —Cogió una libreta. —Un balancín de jardín y una mesa con ocho sillas que tú no tienes. Una barbacoa. Sabía que no era tuya porque todo el mundo sabe que tienes la más grande del pueblo y es de la misma piedra que la casa. Continúo. Siete sombrillas.

—La madre que…

—Una bicicleta con ruedines. Evidentemente no era para Shine. Un carburador para la desbrozadora, otro de un Ford. Unas fundas de asientos traseros. Vuestros asientos son de piel. Una sillita de bebé. —Le miró a los ojos. —¿Has tenido un hijo y no lo sabía?

Asombrado cogió la lista de su mano y la leyó a toda prisa. —Voy a matar a Colter —dijo entre dientes—. ¡Un televisor de sesenta y cinco pulgadas!

—Tu tele del salón es más pequeña, ¿la tienes en tu habitación?

—Pues no, nena… No la tengo en la habitación. ¡La tiene este!

—¿Y quién es? La intriga me mata.

—Yo sí que voy a matarle —dijo con ganas de sangre yendo hacia la puerta y gritando —¡Colter! ¡Ven aquí!

—¿Ha sido Colter?

—¿Cómo va a ser Colter? ¡Él no tiene hijos!

—Oye, a mí no me grites que no tengo la culpa.

—¡No, la culpa la tiene mi hermano por no revisar las facturas!

Colter llegó sonriendo. —¿Qué pasa? —Perdió la sonrisa poco a poco por la expresión de su hermano. —¿Ocurre algo?

—Hermano, ¿tú leías las facturas?

—¿Qué?

—¿Que si leías las facturas? —gritó a los cuatro vientos.

—Algunas, ¿por qué?

—Algunas. —Miró a Amelia incrédulo. —¡Algunas!

—¿Qué pasa?

—Alguien os ha robado. Mejor dicho, ha robado a Keigan que es quien paga.

—Gracias por la puntualización, nena.

—De nada.

Gruñó mirando a su hermano. —Revisa ese fichero.

Colter abrió el fichero y como él minutos antes no vio nada raro. —¿Qué pasa?

—Esto pasa. —Tiró encima de una de las facturas el block. —¡Un parque infantil de doscientos dólares!

—¿Qué?

—Que alguien se ha estado comprando cosas y os ha pasado la factura. —Intrigada dio un paso hacia él. —¿Quién ha sido?

—Si hay que comprar algo y hay que ir fuera del pueblo suele ir Josh Braun si no vamos alguno de nosotros.

—¿El hijo mayor de la señora Braun? —Entrecerró los ojos. —Claro, ese tiene dos hijos que viven con los abuelos desde que su mujer les abandonó. ¿Estás diciendo que la señora Braun hace barbacoas a tu salud mientras ve el culebrón en una tele de sesenta y cinco pulgadas?

—¡Y a mí me pone cocidos!

Colter asombrado pasaba las hojas. —Joder, no me di cuenta, hermano. Lo siento.

—Confiaste en él, no puedo culparte.

—Pues estamos hablando de un delito porque la cantidad puede ser realmente importante si hacemos recuento. He apuntado únicamente lo que me parecía raro y se han sobrepasado los treinta mil dólares en siete años.

Colter mirando el block dijo incrédulo. —¿Setenta y seis palas?

—Es que es para matarte —dijo ella haciendo que los hermanos la fulminaran con la mirada —. Menos mal que estoy yo aquí.

Se sonrojó. —¿Qué hacía con ellas?

—Apuesto a que las vendía a la ferretería del pueblo —dijo ella—. Así conseguía liquidez.

—¡Lo que me faltaba por oír! —dijo Keigan yendo hacia la puerta.

—¿A dónde vas?

—¡A romperle las piernas y después a denunciarle!

Hizo una mueca y Colter corrió tras él. —¡Derren, nos vamos!

Suspiró cerrando el archivador. Bueno, al menos ese asunto estaba aclarado. —Qué descanso. No dejaba de darle vueltas…

Detuvo el coche ante el rancho ya de noche y vio a los chicos charlando en el porche mientras se tomaban una cerveza. Shine salió del coche loca de contenta. —Hola.

Al fijarse bien vio los morados en sus caras de funeral y jadeó saliendo del coche. —¿Qué ha pasado?

Cindy sacó la cabeza por la ventanilla. —¿Puedo bajar?

—No, que nos vamos a casa. —Se volvió hacia los chicos. —¿Qué os ha pasado?

—Los Braun, que no se han tomado muy bien que les llamáramos chorizos —dijo Colter.

Ella hizo una mueca. —¿Y la señora Braun?

—Cuatro puntos tengo en la cabeza por su culpa —dijo Derren.

—¿Te ha pegado? —preguntó Shine acercándose cargada de bolsas.

—La muy bruja lo sabía todo porque no se mostró sorprendida ni avergonzada, simplemente se puso a gritar que éramos unos mentirosos. Esos cabrones estaban haciendo una barbacoa en el jardín. Han tenido que separarnos el sheriff y sus ayudantes.

Keigan estaba muy serio sentado en la silla y ella gimió al ver que tenía el pómulo hinchado. —Nena, necesito que vayas a la oficina del sheriff con las facturas y expliques cómo te has dado cuenta del robo. Tienes que declarar para evitar los cargos por agresión.

—Sí, claro. Iré en cuanto deje a Cindy en casa. ¿Estás bien?

Asintió antes de beber y se dio cuenta de que no le dolían los golpes, le dolía que le habían tomado el pelo personas en las que confiaba. Eso sí que era un golpe al orgullo de los Bansley. —¿Necesitas algo más?

—No. —Se levantó y entró en la casa.

Impotente porque le gustaría hablar con él se volvió y le dijo a Cindy —Vengo enseguida.

Fue hasta la oficina y encendió la luz. Cogió el archivador y sintió un movimiento tras ella. Se volvió sorprendida, pero la oficina estaba vacía. Seguro que había sido el maldito ratón. Apagó la luz y cerró la puerta.

Capítulo 8

Entró en la iglesia acompañando a su familia y vio a los Bansley sentados en el primer banco. Shine le hizo un gesto para que se acercaran, pero no cabían todos así que sus padres le indicaron el tercer banco. Cindy pidió permiso para sentarse con su amiga y su padre la dejó irse. Sentada tenía la cabeza de Keigan justo delante y se mordió el labio inferior al ver el arañazo que tenía en la oreja. El pueblo estaba como loco con tantos rumores sobre lo que había pasado y cuando esa mañana escuchó a una de las cotillas decir con mala fe que los Bansley habían perdido la cabeza, no pudo evitarlo y le dijo todo lo que había pasado para cerrarle la boca. Error, porque según el último rumor ella les había metido ideas raras en la cabeza rompiendo su relación de tantos años con la señora Braun. Así que ahora ella era la mala, lo que a sus padres les sacaba de quicio porque su reputación siempre había sido intachable. Aunque a ella le importaba un pito.

Escucharon rumores y cuando se volvieron vieron como la señora Braun con la cabeza muy alta entraba del brazo de su anciano marido con sus cuatro hijos detrás. Al ver los golpes en sus rostros sonrió porque al parecer los Bansley habían ganado por goleada. Les habían dejado guapos.

—No sonrías —susurró su madre mirando al frente.

—¿Por qué? —preguntó en alto—. Se merecen que les hayan partido la cara por sinvergüenzas. Encima que les han dado trabajo sacándoles de la miseria, llevan robando a los Bansley desde hace siete años. Se han aprovechado de su confianza y encima se ponen chulos. ¡Pero van a pagar porque he conseguido pruebas y esas pruebas ya las tiene el sheriff! ¡Ya pueden ponerse a trabajar porque van a tener que devolverle al jefe los más de treinta mil dólares que le sisaron! —Los rumores aumentaron. —¡Menudas fiestas debían hacer en el jardín con los muebles que había pagado Keigan! ¡No tienen vergüenza!

La señora Braun se sonrojó y su marido le dijo algo tirando de su brazo para salir, pero ella le obligó a ir hacia un banco atrás del todo. Sus hijos la miraron con odio y ella levantó una ceja con chulería antes de mirar al frente encontrándose con los ojos verdes de Keigan y estaba furioso. Encima que les defendía. A este hombre no había quien le entendiera. —¿Qué?

Él apretó los labios mirando al frente y alguien tras ella susurró —Ten cuidado.

Se volvió para ver tras ella a July. Su amiga sonrió y sus chispeantes ojos castaños brillaron de la alegría por verla. —Los Braun pueden ser un grano en el culo. Y Jack es muy rencoroso. Mucho más que Josh.

—Que se acerque si tiene valor.

—Hija por favor… —susurró su madre—. Cierra la boca.

Bufó mirando al frente y de repente Shine se levantó del banco sorprendiendo a todos y con cara de furia fue hasta el final de la iglesia acercándose a la señora Braun que por su expresión no sabía cómo actuar. La niña alargó la mano diciendo dolida —¿Me querías por el dinero que podías sacarle a mi hermano?

—No, niña. Son mentiras.

—Mis hermanos nunca me mienten —dijo haciendo que se sonrojara—. Toma, coge la pulsera que me regalaste. Aunque seguramente la pagó mi hermano no la quiero porque me la regalaste tú.

—Pero…

Shine la tiró sobre su regazo y se volvió con la cabeza muy alta para regresar a su sitio y Amelia sonrió orgullosa. Al sentarse en el banco Keigan se acercó por delante de Colter para decirle algo en voz baja y en ese momento salió el cura. Claro, el padre Clifford había esperado hasta que se había enterado bien de todo para hacer acto de presencia. Que se prepararan porque el sermón les iba a dejar las cosas bien claritas.

—¡Y la furia de Dios caerá sobre los que cogen lo ajeno! —gritó el hombre rojo de furia. Toda la iglesia estaba en silencio con los ojos como platos y el cura sonrió angelicalmente—. Ahora oremos por esas almas perdidas para que vuelvan al redil y se arrepientan de sus actos. ¡Porque el arrepentimiento es la única salvación!

Hala, se había quedado a gusto. Veinte minutos de sermón. Mientras recitaban el padre nuestro miró a los Bansley. Colter y Derren sonreían mientras Keigan seguía muy tenso. Como se había extendido mucho, el cura abrevió y apenas cinco minutos después salían de la iglesia. July se puso a su lado con su novio Gavin detrás. —Menuda movida.

—Sí.

Se apartó un mechón moreno que se le había pegado en la comisura de la boca por el brillo de labios. Sabía que estaba harta de ese corte por la nuca porque siempre tenía el pelo por la cara. Su amiga dijo maliciosa —Así que trabajas para los Bansley. No me habías dicho nada, pillina. ¿Qué tal con Keigan? ¿Ya no le odias?

—Shusss, te van a oír. Y no te había dicho nada porque estás muy ocupada con la boda.

—Ya, claro.

Bajaron los escalones y July la interrogó con la mirada. —No, ya no le odio.

Su amiga sonrió radiante. —¿Entonces vas a lanzarte de nuevo?

—No —dijo con horror.

—Yo le pedí la primera cita a Gavin. —Su tímido novio asintió. —Somos chicas modernas.

—Yo con una experiencia tengo más que suficiente, gracias. Además, no me gusta. Que no le odie no significa que me guste.

—Menuda mentira. Vuelve a confesarte.

—Muy graciosa.

—¡Amelia!

Se volvió para ver que Roy Summerfield se acercaba sonriendo. Era guapo con su cabello rubio repeinado hacia atrás y su impecable traje gris. Era el único abogado del pueblo y era evidente que ella le gustaba mucho. Pero argg…. No era Keigan con tanto músculo y esa intensa mirada que hasta hacía que le temblaran las piernas.

—Me preguntaba si necesitabas asesoramiento legal.

Rio negando con la cabeza. —De momento no, pero nunca se sabe. Tú quédate cerca por si acaso.

Él sonrió encantado. —Estaré pegado a ti.

Soltó una risita halagada por su interés. —Amelia…—Se sobresaltó volviéndose de golpe para encontrarse a Keigan mirándola furioso. —¿Podemos hablar un momento?

—Sí, claro…

Se alejó con él del grupo y miró de reojo a July que sonreía encantada mientras Gavin y Roy charlaban. —Vamos a ir a mi casa para hablar de esto. Ya se lo he dicho a tu padre.

Le miró a los ojos. —¿Pero qué pasa?

—¿Qué pasa? Que acabas de hacer una declaración de guerra a los Braun, Amelia. Y tú tan tranquila ligando. —Fulminó a Roy con la mirada. ¿Estaba celoso? ¡Sí, estaba celoso! La invadió una tremenda alegría y sonrió. Él la miró. —¿De qué te ríes?

—De nada. Así que una guerra, ¿eh? Pues estaré preparada.

—Te quiero en casa en veinte minutos —dijo con ganas de pegar cuatro gritos antes de volverse dejándola con la palabra en la boca.

Se acercó al grupo a toda prisa para despedirse y Roy sonrió. —¿Quieres que vayamos esta tarde a comer una hamburguesa? Al final la tengo libre. Mis padres hoy tenían planes.

Bueno, no había que pasarse con tanta salida. Además si iba a más tendría que cortarle y se perdería el baile. —¿Te importa que lo dejemos para otro día? Ahora estamos invitados en casa de los Bansley y no sé hasta qué hora nos quedaremos.

—Claro, ¿algo de trabajo? —preguntó amablemente.

—Las niñas son uña y carne, ¿sabes?

Demostrando sus palabras Cindy y Shine pasaron ante ellos hablando en susurros. Uy, que misteriosas estaban estas. Algo tramaban. —Tengo que irme, me esperan.

July dijo —Llámame más a menudo.

—Entre mi trabajo, tu trabajo y tu novio casi no hay tiempo, pero podemos quedar el viernes para tomar algo en el Sun, ¿qué me dices?

—Genial. A las siete. No me dejes plantada que presiento que tienes mucho que contarme.

—Claro que no te dejaré plantada.

July le guiñó un ojo y cogió el brazo de su novio. Al volverse vio que Caroline también del brazo de su marido miraba de reojo hacia el aparcamiento y como un resorte miró hacia allí para ver a los Bansley hablando en grupo. ¿La habría dejado? Keigan hablando miró a su alrededor como si estuviera buscándola y cuando sus ojos se encontraron pareció relajarse lo que hizo a Amelia sonreír encantada. Esa ya era historia. Caminó hacia ellos, pero la mirada de Keigan se volvió hacia la iglesia para encontrarse con Caroline y negó con la cabeza casi imperceptiblemente cortándole el aliento. Todavía seguía con ella. Amelia volvió la vista hacia la mujer del alcalde que no pudo disimular su decepción. Uy, ¡esta estaba enamorada hasta las trancas! La rabia la recorrió y furiosa caminó hasta ellos. Justo en ese momento llegaron sus padres. —¿Nos vamos? —preguntó airada haciendo que todos la miraran.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó su madre.

—Perfecta. ¡Aunque perfecta para algunos, porque otros creen que son más perfectas otras!

—¿Qué? Hija, ¿seguro que estás bien? —Su padre se acercó preocupado. —Estás algo colorada.

De furia, porque le estaba hirviendo la sangre. —Es que aquí da mucho el sol, pero estoy bien. ¿Nos vamos?

—Estamos esperando a las niñas que no sé dónde se han metido —dijo Keigan igual de molesto.

Se volvió y gritó —¡Cindy, nos vamos!

Las niñas salieron de entre un grupo de chavales con una sonrisa de oreja a oreja. Los Bansley entrecerraron los ojos como si aquel grupo no le gustara un pelo y Amelia dijo —¿Queréis quitar esa cara? No son violadores, por Dios. Son sus compañeros desde el jardín de infancia.

—Sí, pero están creciendo —siseó Keigan.

Puso los ojos en blanco y Cindy dijo —¿Puedo ir con Shine?

—Que venga en nuestro coche —dijo su padre—. Hija, ¿puedes ir con Keigan? Así solo

llevamos un coche.

—Muy bien —dijo porque no tenía otro remedio.

Él abrió la puerta de su ranchera negra mientras sus familias les observaban con una sonrisa en el rostro, pero ninguno de los dos se dio cuenta lanzándose puñales con la mirada. En cuanto subió él cerró de un portazo dando la vuelta al coche por delante y en cuanto se sentó a su lado encendió el motor. —¿No esperas a tus hermanos?

—No, no espero a mis hermanos porque tienen coche.

—Ah, podía haber ido con otro.

La miró como si quisiera pegar cuatro gritos y ella sonrió inocente. —No te noto de buen humor.

—¿No? ¿Por qué será?

—Ni idea. Será que Caroline no te ha hecho caso —dijo con mala leche.

Él apretó el volante. —Todo lo contrario, nena. Me hace mucho más caso que a su marido porque quiere dejarle.

Jadeó asombrada. —¡Esa mujer no tiene vergüenza! ¡Y tú tampoco!

—¿Quién te ha nombrado juez a ti? ¿Quién eres tú para juzgarnos? ¡No es feliz en su matrimonio!

—¡Pues que se hubiera separado antes de ponerle los cuernos! Claro, con decir ahora que no es feliz para justificar su comportamiento, asunto arreglado. ¡Está casada! ¡Le debe respeto que es lo mínimo que hay que tener en una relación! Os habéis debido reír de lo lindo de ese pobre hombre, cuando todo el mundo sabe que la ama muchísimo y besa el suelo por donde pisa.

—No nos reímos de él.

—¿La quieres?

Él apretó los labios. —¡Eso no es asunto tuyo!

—Claro que sí. ¡Vas de hombre íntegro y estás traicionando al alcalde igual que ella!

—¿Y a ti qué más te da?

—No, si me importa un pito, pero luego no juzgues tú a los demás. ¿Qué autoridad tienes tú para decirle a Shine lo que tiene que hacer?

—Toda la del mundo porque la estoy criando.

—Eres un hipócrita. ¡No te gusta ni que hable con chicos justificándote en lo que puede pasar, cuando tú no tienes moral!

Él frenó en seco. —¿Que no tengo moral?

—¡No! ¡Te estás acostando con una mujer casada!

—¿Y eso te molesta? Cualquiera diría que estás celosa.

—¿Celosa yo? ¡Tendrás cara! ¡Te aseguro que te olvidé hace mucho tiempo! —le gritó en la cara.

—¿Pero no me lo había imaginado todo? —preguntó con burla.

Se sonrojó de furia. —Menos mal que me abriste los ojos. Hubiera cometido el mayor error de mi vida.

—¡Pues muy bien!

—A saber lo que harías si hubiéramos llegado a algo, porque es obvio que para ti el sacramento del matrimonio no tiene nada de sagrado.

—¿Matrimonio? —preguntó con burla—. No, nena. Como mucho hubiéramos llegado a echar cuatro polvos y nada más.

Con ganas de pegarle le fulminó con la mirada y Keigan sonrió. Decidió callarse porque

aquello no les llevaba a otro sitio que a hacerse daño y esas últimas palabras la habían dañado, no podía negarlo. Miró por la ventanilla intentando evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas y parpadeó varias veces para retenerlas.

Keigan la miró de reojo. —Nena, no discutamos. Ya le he dicho que no voy a continuar con la relación, por eso quiere dejarle. Cree que así cambiaré de opinión.

—Me da igual tu vida sexual —dijo furiosa cruzándose de brazos sin mirarle—. Que te aproveche.

Impotente apretó el volante mirando la carretera y cuando entraron en el camino del rancho la miró de nuevo para ver cómo se pasaba la mano por debajo del ojo disimuladamente. Se le retorcieron las tripas porque le había hecho daño y maldijo su maldita bocaza. En cuanto detuvo la ranchera ella abrió la puerta. —Tengo que ir al baño.

Casi salió corriendo para entrar en la casa y él apagó el motor suspirando. Cuando se bajó de la ranchera saludó con la mano a Chris, uno de sus hombres que estaba arreglando la puerta del establo como le había ordenado. Entró en la casa y fue hasta el baño de abajo. Al escuchar un sollozo apretó los labios e incómodo carraspeó. —Nena, ¿una cerveza?

—¡Qué te den!

—Pues yo voy a tomar una que tengo la boca seca —dijo por lo bajo antes de alejarse.

—¡Y no me llames nena, capullo! —Se abrió la puerta de golpe y salió furiosa. —¿Por qué lo haces, eh? ¡Soy tu empleada, así que llámame Amelia!

—Es que nena es más corto.

Jadeó indignada antes de cerrar la puerta de nuevo y él sonrió acercándose al baño. —Vamos... sal de ahí. Tienes razón, ¿vale? No tenía que haberme liado con ella, pero es que era… cómodo

Se abrió la puerta de golpe para verla pasmada. —¿Cómodo?

—Tener una amante es cómodo. No hay presiones, ni promesas futuras… Solo es sexo sin compromiso.

Entrecerró los ojos. —¿Lo hacías por eso?

—Nena, te aseguro que después de trabajar dieciséis horas lo que menos te apetece es una riña de pareja. Empezamos y me sentí cómodo. Quedar, hacerlo y largarse cada uno a su casa. Y todos tan contentos.

Pues ella no estaba contenta en absoluto, pero entonces fue cuando se le pasó algo por la cabeza. —¿Y si estabas tan cómodo por qué lo has dejado?

Él dio un paso hacia ella. —¿Tú qué crees?

Pasmada no reaccionó. Keigan cogió uno de sus rizos rubios y lo acarició. —Me pregunto si te gustaría tener esa cita que querías hace años.

—No.

—¿No qué?

—Que no.

Keigan la miraba como si no se lo pudiera creer. —¡Si sigues colada por mí!

—También me gusta el chocolate, pero no me conviene. ¡Y tú no me convienes nada porque lo que quieres es cambiar de amante y conmigo no! ¿Me oyes? ¡Acércate a diez pasos y te pego un tiro! —Furiosa fue hasta la cocina y abrió la nevera. —Tendrá cara…

—Nena, lo que dije antes del matrimonio…

—¿No tienes comida? —Se giró mirando a su alrededor. —¿Dónde está la comida?

—Todavía no la hemos hecho. Ahora no tenemos asistenta, ¿recuerdas?

—Mi padre siempre come a las dos los domingos. —Empezó a sacar cosas de la nevera y al llegar al fregadero con la ensalada vio los cacharros del desayuno sin fregar.

—Nena, ¿quieres dejar eso? Estamos hablando.

—¡No, tú estás hablando! ¡Yo no quiero ni mirarte!

—Mírame o te despido.

Se volvió atónita. —¿Qué has dicho?

Él sonrió. —Si no salí contigo hace cinco años fue porque eras una cría. —Hizo una mueca. —Y por Shine… Porque si salía mal, que lo probable es que saliera mal porque eras una cría, puede que su relación con Cindy se enturbiara.

Parpadeó. —¿Me estás diciendo que me humillaste y no me diste una oportunidad porque temías la reacción de tu hermana que en ese momento tenía nueve años?

—Tenía ocho. Ya sabes que Cindy cumple antes y…

—¡Idiota!

—Nena, entiéndelo.

—A mí no me mientas. —Le señaló con el dedo. —¡Keigan Bansley hace lo que le da la gana, lo sabe todo el mundo! Si hubieras querido salir conmigo de veras lo hubieras hecho como salías con otras. ¡Di que no te gustaba, que no era suficiente y ya está!

Él entrecerró los ojos. —La verdad es que empezaste a gustarme justo ese día. Me llamaste la atención.

Jadeó indignada. —¿Ni siquiera te habías dado cuenta de que existía? ¡Si nuestras hermanas llevan juntas desde la guardería!

—Debe ser por eso, te veía como la hermanita de Cindy.

—La hermanita de Cindy —siseó.

—Pero luego sí que me gustaste. Y eso ha aumentado con el tiempo.

—Mira, como el odio que provocaste en mí.

—Odio —Rio incrédulo—. Nena, sé que te sentiste rechazada, pero…

—¡Es que me rechazaste!

—No era el momento.

—¿Y ahora sí?

—Bueno, ya no eres una cría —dijo comiéndosela con los ojos.

Dio un paso atrás asombrada. —Me deseas.

—Mucho —dijo con voz ronca.

—¡Lo que tú quieres es convertirme en tu amante!

—¡No!

—Claro que sí. ¡Si acabas de decirme que solo hubieras tenido conmigo cuatro polvos!

—¿Que ha dicho qué?

Ambos se volvieron para ver a su padre mirándoles pasmado con toda la familia detrás. —¡Papá, quiere que sea su amante! —Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos y Keigan ni sabía qué decir.

—Niñas a la habitación —dijo Colter muy serio.

Las niñas salieron corriendo mientras todos les miraban fijamente y Keigan dijo incómodo —Eso era hace años.

—¿Qué querías hacer a mi hija tu amante hace años?

—¡No! ¡Precisamente por eso no tuve nada con ella!

—Hermano, lo estás liando más —dijo Colter—. Mi hermano sabía del interés de Amelia y

mantuvo las distancias porque no quería enturbiar la relación entre las familias y consideraba que era muy joven. Pero ahora es distinto. ¿No es así, hermano?

Keigan le dio las gracias con la mirada. —Sí, fue así.

—¡Mentira! —Amelia le miró furiosa. —¡Lo que ha dicho es que no le gustaba entonces!

—¡Nena, eras una cría!

—¡Pues ya no lo soy y no te tocaría con un palo! ¡Tengo a Roy y yo sí que soy fiel!

Él se tensó. —Mira, mejor no hablamos de ese tío porque entonces sí que me voy a poner de mala hostia.

—¡Ja! Lo que pasa es que estás celoso porque me creías tuya y te has dado cuenta de que eso no es así.

—¡Claro que es así!

—¡Estás loco! ¡Has pasado de mí cinco años y has vivido tu vida acostándote con otras! ¡No tienes derecho a recriminarme nada!

Se sonrojó realmente incómodo. —No es que te recrimine. Lo paso por alto por el bien de nuestra futura relación como tú deberías hacer conmigo. ¡Pero ese tío que no se te acerque más!

Asombrada miró a sus padres que estaban con los ojos como platos. —Está loco.

—Sí, hija. Ven hacia aquí lentamente —dijo su padre.

—Vamos a ver, que esto se está yendo de madre —dijo Derren—. Es que mi hermano está algo nervioso.

—¡No estoy nervioso! —Se pasó la mano por el cabello demostrando que eso no era así. —Amelia, yo voy en serio.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo de serio?

—¡Tan serio como tú quieras!

—¿Hablas de boda? Si hace unos minutos…

—¡Eso era antes!

—Que declaración más rara —dijo Derren por lo bajo.

Keigan se arrodilló una pierna y sin salir de su asombro vio como cogía una de sus manos. —¿Quieres casarte conmigo?

—¡No!

Sus hermanos pusieron los ojos en blanco. —¿Cómo voy a querer casarme contigo si ni siquiera hemos salido ni una sola vez?

—Pues sal conmigo. ¿Qué tal si salimos a cenar?

—¡No! ¡Estoy saliendo con Roy!

—La madre que me… —Tomó aire intentando calmarse. —Nena, ¿vas a dejarle?

—¿Por qué iba a dejarle si me trata genial? Él no tiene dudas

—¡Yo tampoco!

—Pero si me has dicho que…

—¿Quieres dejar lo que te he dicho? Ahora te digo que te quiero a mi lado.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque me gustas!

—¿Entonces para qué me pides matrimonio si solo te gusto?

—Hermano, nunca creí que fueras tan inútil para esto —dijo Colter asombrado—. ¡Díselo!

—¿Decirme qué?

—Nena, creo… —Impaciente esperó a que terminara y él carraspeó apretando su mano. —Creo que te quiero.

—¿Me quieres de repente? ¡Porque tú hace dos semanas estabas con esa! ¡Qué lo sé de buena tinta porque sé que estuviste en San Antonio!

—Hermano, déjalo que estás quedando fatal.

—Sí, será mejor que lo deje. —Soltó su mano fulminándole con la mirada mientras Keigan la miraba impotente.

—Al final cederás.

—Sigue soñando. ¿Ahora hablamos de lo que hemos venido a hacer aquí?

—Casi ni lo recuerdo —dijo su padre pasmado antes de mirar a su mujer—. ¿Keigan Bansley le ha pedido la mano a mi niña?

—Y le ha dicho que no, cielo. Y con toda la razón. ¡Así no se hacen las cosas!

—¡Las he hecho lo mejor posible!

—Mamá ayúdame a hacer la comida que no tienen nada —dijo intentando calmarse porque lo que acababa de pasar ni se lo podía creer. ¡Le había rechazado en matrimonio! Pero había hecho lo correcto. Ese no la amaba, claro que no, porque si la quisiera no se hubiera acostado con esa. Ni con esa ni con otras como había hecho ella durante todos esos años. Le miró con rencor porque por su culpa seguía siendo virgen.

Él suspiró antes de ir hasta la nevera y abrirla para sacar unas cervezas. —¿Quiere, suegro?

—Sí, por favor. La necesito.

—Dejadme a solas con mi hija —dijo Lisa sin quitarle ojo.

—Vamos, hermano. Creo que necesitas tomar el aire —dijo Colter intentando apaciguar los ánimos.

Salieron en silencio y mientras lavaba la ensalada miró de reojo a su madre. —¿Le has oído? Hay que tener cara.

—Shusss... —Cerró el grifo y la cogió por el brazo tirando de ella hasta la puerta principal que estaba abierta. Su madre se detuvo mientras Colter paseaba preocupado por el porche y cuando se volvió, Lisa tiró de ella al otro lado de la puerta para acercarse a la ventana del salón.

—Joder hermano, no podías haberlo hecho peor.

—Me tomó desprevenido y se puso a llorar —dijo como si fuera un sacrilegio.

—Hijo, las mujeres son distintas a nosotros. Son más complicadas. —Lisa entrecerró los ojos. —Mi hija tiene muy mala leche cuando se cabrea y es evidente que la has cabreado.

—¿Qué querías que hiciera hace cinco años? ¡Llego a tu casa y me la encuentro en plan seductor, tenía que cortarlo de raíz, joder!

—Porque era una cría y no te gustaba —dijo Derren divertido—. Nos ha quedado claro. Sobre todo a ella.

—Conociéndola seguro que pensó que no era suficiente para ti o algo por el estilo. Es muy orgullosa. —Abrió los ojos como platos por las palabras de su padre. Qué bien la conocía. —De ahí ese odio que te tiene ahora.

—No me odia. —Asombrado miró a sus hermanos. —¿Creéis que me odia?

—Bueno, la rechazaste y vio durante años como estabas con otras que al parecer eran suficiente para ti. No debió tomárselo muy bien. La verdad es que no tiene buena pinta —dijo Colter.

—Dices que después empezó a gustarte, pero tampoco lo demostraste —dijo su padre mosqueado—. Oye, con mi hija no juegues, ¿me has entendido?

—¿Quién está jugando? ¡Le acabo de pedir matrimonio y me ha dicho que no!

—Eso es porque te acostabas con otras —dijo Derren como si fuera una tontería.

—¡Si no estábamos juntos!

—Y ahora tampoco porque está con ese.

—Derren, ¿por qué no cierras el pico?

—Oye, que yo no tengo la culpa de que seas tan inútil. Ni siquiera le has dicho palabras bonitas en esa declaración de mierda.

—Joder…

—Tranquilicémonos, esto tiene fácil arreglo —dijo su padre asombrándola—. Solo tienes que demostrarle lo loquito que estás por sus huesos. Porque lo estás, ¿no? Sino voy a por la escopeta.

Si no tenía escopeta. Una pistola viejísima de su abuelo que ni debía funcionar sí, ¿pero escopeta? Madre mía, que lío. Su madre puso los ojos en blanco pensando lo mismo. —Eso hermano, demuéstrale ante todo el pueblo que es la mujer que quieres en tu vida y se sentirá tan halagada que te perdonará tus estupideces.

—Y no te acuestes con otras —dijo Derren—. Son algo quisquillosas con ese tema. Mira cómo se puso su amiga July cuando tuve ese desliz. Y ya había salido con ella tres meses —dijo como si hubiera sido un esfuerzo enorme. Es que era para matarle.

—No iba a acostarme con otras —siseó haciendo que el corazón de Amelia pegara un salto.

Su madre sonrió cogiéndola del brazo para llevarla de nuevo a la cocina y cuando llegaron allí la sentó en una de las sillas. —Mira hija… Has hecho muy bien dejándole las cosas claras.

—¿Ah, sí? Porque tienes la misma mirada que cuando vas a echarme la bronca.

—Has hecho bien, pero hasta aquí. Estás enamorada de ese hombre desde la adolescencia y no pienso dejar que tu orgullo herido lo termine estropeando todo. Hazte de rogar un poco y después le dices que sí, ¿me has entendido?

—Pero no me quiere, se acostaba con otras.

—Estarás casada, tonta. ¿Crees que tu padre me quería cuando se casó conmigo?

—¿Ah, no? —Pasmada vio que negaba con la cabeza.

—Qué va. Menudo pieza era, pero la convivencia hizo que nos uniéramos aún más. Al final cayó, vaya si cayó. —Entrecerró los ojos. —Debí conquistarle del todo por mi cocina porque le encanta como guiso. Bueno, y que por fin hicimos el amor y eso une mucho. Me tenía unas ganas…

—¡Mamá! —exclamó con cara de asco—. ¡No me cuentes esas cosas!

—Lo que quiero decir es que no se enamoró de mí, ni yo de él del todo hasta después de la boda y eso es lo que hace los matrimonios duraderos.

—¿De veras? —preguntó incrédula.

—Claro que sí. Esos que dicen bebo los vientos por mi novia no tienen ni idea de lo que es la vida, porque llega la convivencia después de la boda y menudo batacazo que se pegan. El amor tiene que llegar después que es cuando se conoce realmente al marido. Todo lo anterior es humo que se disipa con la realidad. Si tu marido tira unos calzoncillos al suelo y piensas que culito tan mono, es que estás loca por él. Pero la mayoría después de la novedad de la luna de miel lo que piensa es que se han casado con un guarro.

Se echó a reír sin poder evitarlo. —¿Y tú qué piensas, mamá?

—Tu padre siempre ha tenido un culito muy mono.

—Así que lo que siento es humo.

—Un humo muy negro por la mala leche que tienes con él. Pero es lógico, al fin y al cabo.

—Tenemos que casarnos y convivir para saber si funciona.

—Exacto. —Bajó la voz. —Pero todavía no. Vete al baile con Roy, que se cueza en sus celos

durante unos días.

Sus preciosos ojos verdes brillaron con malicia. —Sí, creo que voy a seguir tus consejos.

Capítulo 9

Los Hudson con la boca abierta vieron como los Bansley se tiraban sobre la abundante comida que habían hecho. Y eso que solo era pollo frito, puré de patata y ensalada.

Colter mordió un muslo y gimió. —Dios, qué bueno está esto, señora Hudson.

—Lo ha hecho mi hija —dijo atónita.

—Cuñada, qué manos tienes para la cocina. ¿Verdad Keigan?

Desde la cabecera de la mesa la miraba fijamente sin dejar de comer.

—Sí que tenéis hambre—dijo Cindy divertida.

—Esta mañana a Colter se le quemaron los huevos —dijo Shine.

El aludido hizo una mueca. —No se me da bien la cocina. Normalmente los hace Keigan cuando la señora Braun no está, pero hoy…

Se detuvo en seco y Amelia entrecerró los ojos. —¿Pero?

—Estaban pariendo unas reses y hubo problemas —dijo Derren a toda prisa.

Les miró con desconfianza. —¿No me digas?

—¿Un parto difícil? —preguntó su padre interesado.

—Mucho, venía de nalgas. —Keigan bebió de su cerveza.

Shine asintió. —Pues eso, que casi no hemos desayunado porque cuando Colter iba a repetir los huevos hubo el incendio.

Se le cortó el aliento. —¿Incendio?

Keigan apretó los labios. —No fue nada. —Miró a las niñas de reojo y entendió que no quería hablar del tema ante ellas.

—Lo apagaron enseguida —dijo Shine con la boca llena.

—Cielo, enderézate y recuerda que no se habla mientras se mastica.

Shine se sonrojó haciendo lo que le mandaba. —Sí, Amelia.

—Nena, ¿no comes?

—No tengo mucho apetito. —Se levantó y fue hasta la nevera sacando un zumo.

—Hija, ¿te duele el estómago?

—No mamá.

—¿El estómago? —preguntó Keigan.

—Hace un año tuvo una gastritis muy fuerte. El estrés le afecta al estómago.

Keigan la miró. —¿Has ido a un especialista?

—No es nada. No me ha vuelto a pasar. —Entonces se dio cuenta de lo poco que se conocían.

—Mañana pedirás cita.

Puso los ojos en blanco sentándose en su sitio y para que la dejaran en paz se sirvió algo de puré de patatas y un muslo de pollo.

—Sobre los Braun… —dijo su padre.

—Mejor hablamos de eso luego —dijo Colter—. No aburramos a las niñas. ¿Qué tal en el taller, Bill? ¿Mucho trabajo?

—Podía ir peor. Muchos negocios del pueblo están cerrando. Por eso te agradecemos tanto…

—No tienes nada que agradecer —dijo Keigan cortándole en seco—. Somos familia. —Miró a Amelia a los ojos. —O lo seremos.

—Sigue soñando.

—Nena, cuando se me mete algo en la cabeza es difícil hacerme cambiar de opinión.

—¿De verdad vais a casaros? —preguntó Shine ilusionada.

—No.

—Sí —dijo él—. Solo tengo que convencerla.

—Pues te va a costar —dijo ella con mala leche haciendo sonreír a su madre.

—Vete buscando el vestido de novia.

Gruñó haciendo reír a los Bansley. Mejor cambiaba de tema. —Papá, ¿sabes que Keigan quiere ampliar el negocio? No solo va a hacer una nave de cría.

—¿De veras? Eso será buenísimo para el pueblo.

—Vamos a exportar —dijo Colter antes de mirar a las niñas—. De esto ni una palabra a nadie que todavía el trato no está cerrado.

—Vale —dijeron las dos a la vez.

Su padre tragó. —Espero que se cierre pronto y haya mucho más trabajo en la zona.

—Si todo va como espero serán al menos cuarenta puestos más —dijo Keigan.

Sus padres le miraron impresionados. —Eso es estupendo. ¿Y de qué puestos hablamos?

—De momento puestos de construcción, pero después... Más vaqueros, personas especializadas en despiece. Camioneros…

—¿Más administrativos? —preguntó Cindy.

—Sí, tu hermana necesitará ayuda. ¿Te interesa el puesto? —preguntó divertido.

—¡Sí!

—Tienes que acabar tus estudios —dijo su hermana firmemente—. Y después ya veremos. Tendrás que hacer cursos.

—Sí, hija. —Su madre la advirtió con la mirada. —Si quieres ser secretaria tendrás que estudiar como hizo ella.

—Vaya. Ya habrán ocupado mi puesto para entonces.

Keigan sonrió divertido. —Tranquila que algo te encontraremos.

Amelia se preocupó porque nunca había mostrado interés en ser secretaria. —Tú de momento estudia que si vas a la universidad mejor que mejor.

—No quiero ir a la universidad.

—Yo sí —dijo Shine.

—Es que tú eres la lista de la clase.

—Si estudiaras serías tan lista como yo.

—Bien dicho, Shine —dijo Amelia

—Tu hermana sacaba muy buenas notas en el instituto. Podría haber ido a la universidad si hubiera querido —dijo Bill orgulloso—. Y ahora habla dos idiomas.

—¿De veras? —preguntó Derren —. ¿Y cuáles son?

—Español y francés. No me costó mucho. Estudié francés en el instituto y sacar los cursos no fue difícil. Y mucha gente habla español por aquí, así que fue exactamente igual.

—El profesor de francés decía que tenía muy buen oído para los idiomas.

—Nena, ¿y por qué no te pones con el chino?

Se sonrojó y Cindy dijo —¿Eso hacías antes de ayer? ¿Estudiabas chino?

—Quería aprender las palabras básicas.

Keigan sonrió comiéndosela con los ojos. —Menuda adquisición hemos hecho.

—Sí, hermano. Hemos dado en el clavo.

—He estado pensando… —Todos miraron a Derren. —Que ya que vamos a restructurar el

rancho, podía hacerme una casa.

—¿Quieres irte de casa? —preguntó Shine como si fuera algo impensable.

—Keigan se va a casar y esta es su casa. Podemos hacer otra más pequeña y los solteros irnos a vivir allí.

—Es una idea muy buena. —Le apoyó Colter. —¿Qué dices, Keigan?

—Esta casa es lo bastante grande para todos, pero si queréis iros lo entiendo.

—No nos vamos a casar. —Nadie le hizo ni caso. —¡Hablo en serio!

—Tarde o temprano tendremos que irnos. De momento solo haremos una.

—Si os vais a pasar aquí todo el día —dijo Shine sin entender nada—. ¿O vais a hacer la comida? ¿Y quién va a limpiar? ¡Es un gasto tonto!

—Estarán pensando en casarse —dijo Cindy.

—¿Es eso? ¿También queréis casaros?

—Lo harán algún día —dijo Bill—. Candidatas no les faltan.

—Pues que hagan la casa entonces —dijo Shine en sus trece.

Derren suspiró como si fuera una pesada. —Las casas no se hacen de la noche a la mañana.

—¿Y no habéis pensado que las futuras candidatas, si es que las hay porque sois unos auténticos pendones verbeneros, puede que quieran decir algo sobre cómo será su nueva casa? —preguntó Amelia.

Keigan entrecerró los ojos. —Nena, ¿no te gusta esta casa?

—¡Qué no me voy a casar contigo!

—¿Quieres dejar esa actitud?

—¡No!

Ignorándola preguntó a su hermano —¿Estás seguro? Aquí siempre tendrás tu casa.

—Creo que ya es hora de volar. Además somos solteros y la niña ya está creciendo. Así acallaremos los rumores.

—¿Qué rumores? —preguntó Amelia intrigada.

—La niña oyó como nos criticaban por nuestro modo de vida. Que no éramos adecuados para criarla —le explicó Derren—. Se asustó porque llamaran a servicios sociales.

Shine se sonrojó y bebió de su refresco.

—Pues yo no he oído nada de eso —dijo Lisa asombrada—. Es más, muchas de las mujeres del pueblo piensan que estáis haciendo un trabajo estupendo.

Amelia le dio vueltas y dio un golpe en la mesa sobresaltándoles a todos. Keigan se tensó por su expresión. —Ya lo entiendo… ¡Quieres una mujer para que no te la quiten!

Los hermanos se miraron de reojo. —¿Pero qué locuras dices?

—¿Locuras? Ni me miraste en cinco años, ¿y ahora quieres casarte? Que cara tienes.

Sus padres le miraron asombrados. —¿Es por eso?

—No, claro… —Amelia se levantó furiosa y él la siguió. —Nena, no pienses locuras.

Bajó los escalones del porche poniéndose la correa del bolso en bandolera y se volvió. —¡Por eso me diste el trabajo! Para que estuviera cerca de ti y enamorarme. ¡Claro, como soy idiota me colaría por ti de nuevo! —Señaló la oficina. —Durante años ignoraste la contabilidad y empiezan los rumores sobre que sois un desastre de padres y resulta que me necesitáis. Qué casualidad.

—¡Eras tú la que necesitabas trabajo para no irte!

—¡Pero es que yo quería irme! —Entrecerró los ojos. —Y es lo que voy a hacer.

Se volvió para largarse caminando.

—¿Y el crédito de tu madre? —Se detuvo en seco sin volverse. —Me debes diez mil dólares. Venga nena, deja de pensar disparates y entra en casa.

Sabía que no eran disparates. Si hacía poco había estado en San Antonio con esa, pero Caroline no era adecuada para ser su esposa. Es más, sería otro escándalo en la zona que se supiera su relación. No, tenía que buscar a alguien que tuviera una reputación intachable y esa era ella que por no tener no había tenido ni novios serios aparte de un par de citas con uno y con otro. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?

—Puede que los rumores me hicieran pensar en serio en el matrimonio, pero si eso llegaba a pasar quería que fuera contigo —dijo tras ella.

Se volvió con lágrimas en los ojos y él retuvo el aliento. —Yo no te importo nada. Ni te importé entonces ni te importo ahora.

—Joder, eso no es cierto.

—¡Deja de mentir!

La cogió por los brazos. —¿Quieres la verdad?

—Sí.

—¡La verdad es que hace cinco años me acojonaste! ¡Eras preciosa, pero también eras la hermana de Cindy! ¡Tuve que poner todo en una balanza y veía llegar los problemas, así que te alejé lo que pude, joder! ¿En serio crees que hubiéramos llegado a algo en aquella época? ¡Tú eres una cría y yo necesitaba una mujer! —Una lágrima rodó por su mejilla. —¿No es lo que querías oír? ¡Pues es la verdad! ¡No pensaba en ir contigo de la mano durante años para luego recorrer el altar, sabía que eso no funcionaría! ¡En esa época yo ya tenía sexo a menudo y no pensaba renunciar a él por tener un noviazgo con la respetable Amelia Hudson! ¿Entiendes? Pero cuando vi que me despreciabas, que no querías mirarme… Joder nena, no sé lo que pasó en mí. ¡Pero aun así no me acerqué porque pensaba que era mejor dejarlo así! Hasta que vi que mi familia podía estar en peligro, entonces me di cuenta de que sí estaba dispuesto a recorrer ese pasillo hasta el altar y quería que fuera a tu lado.

—Al parecer tengo que estar encantada de la vida de que me rechazaras y que siguieras zorreando por ahí hasta que me has necesitado.

Él entrecerró los ojos. —Es una manera algo cruda de resumirlo.

—¡Qué te den!

Atrapó sus labios y Amelia gritó de la sorpresa lo que él aprovechó para invadirla saboreándola de tal manera que creyó que le robaba el alma. Cerró los ojos maravillada porque jamás en la vida pensó que sería así. Se sintió suya y cuando los brazos la rodearon pegándola a su pecho su corazón se unió al suyo y temió que fuera para siempre porque puede que él nunca la amara de esa manera. Ese pensamiento la asustó y furiosa se apartó empujándole por el pecho. Frustrado intentó cogerla de nuevo y de repente empezó a temblar cayendo al suelo con fuertes convulsiones. Ella miró la pistola taser que tenía en la mano. —Pues sí que funciona, sí.

—¿Estás loca? —gritó Colter desde el porche llevándose las manos a la cabeza.

Chasqueó la lengua mirando a Keigan al que se le caía la babilla por la comisura de la boca. —¿Estás bien, cielo? —Se agachó a su lado mostrándole la pistola. —Es muy práctica. Mantiene alejados a los indeseables. —Le fulminó con la mirada mientras él aún con unas cuantas convulsiones ni podía hablar. —Vuelve a ponerme una mano encima y te meto esto por esa parte de tu cuerpo que nunca ve el sol. ¿Me amenazas con el crédito de mi madre? Pienso trabajar para devolverte cada maldito centavo, pero como vuelvas a tocarme, como vuelvas a molestarme con algo que no sea de trabajo te voy a denunciar. —Él gimió. —Hacienda le querrá dar un repasito a

tu declaración y te aseguro que te meterían un buen paquete por los desastres que has presentado los últimos años. Y si sigues insistiendo esa amante tuya saldrá a la luz.

—Nena…

—¡Ya puedes hablar! —Sonrió radiante. —Quizás necesitas otra descarga, eres muy grande.

—¡No! —gritó toda la familia corriendo hacia ellos.

Se incorporó sin dejar de mirar sus ojos. —No me provoques, Keigan. Mantente alejado por tu bien. Y yo no miento ni me tiro faroles como otros, así que no me pongas a prueba.

—Hija, vamos a casa —dijo su padre cogiéndola del brazo—. Estás un poco alterada.

Colter miró a su hermano desde arriba. —¿Estás bien? ¿Cuántos dedos hay aquí?

—Anda que como te pasas —dijo Cindy riendo por lo bajo.

—¡No tiene gracia! —exclamó Shine—. ¡Tu hermana ha perdido la cabeza!

—¡Y ha hecho poco para la cara que tiene tu hermano!

—¿Ves, nena? —dijo él desde el suelo—. A esto me refería. ¿Creías que no las afectaría?

—Aléjate de mí —siseó antes de volverse.

Él se apoyó en el codo mientras iba hacia el coche de su padre con toda su familia. —Eso no va a pasar, ¿me oyes?

—Hermano no la provoques que te deja tonto —dijo Derren impresionado—. Menos mal que no llevaba una pistola de verdad, porque te fríe a tiros.

Se dejó caer en el suelo, miró el cielo y sonrió. —Me quiere. Lo sentí cuando la besé. No pudo disimularlo.

—Sí, hermano… Pero ten cuidado porque en una de estas te deja tieso —dijo Colter antes de mirar hacia la carretera donde el coche se alejaba a toda pastilla.

Al día siguiente entró en la carretera del rancho y frunció el ceño al ver una columna de humo. Frenó en seco e iba a coger el teléfono cuando vio a dos hombres a caballo que a galope se dirigían hacia allí. Como no estaba lejos se bajó del coche y corrió por la pradera. Cuando se acercó vio que estaba ardiendo uno de los barracones de los vaqueros. Varios estaban echando agua, pero la edificación ya estaba perdida.

Keigan con una manguera se acercó al fuego y asustada porque se estaba arriesgando mucho se acercó varios pasos. Reprimiendo las ganas de llamarle y distraerle poniéndole aún más en peligro miró a su alrededor por si podía ayudar de alguna manera cuando vio algo detrás de varios matorrales. Parecía una camiseta azul. Dio un paso hacia allí, entonces vio su pelo castaño. —¡Eh! —Corrió hacia allí y el tipo salió huyendo. —¡Detente, capullo!

Keigan se volvió y gritó a sus hombres. Colter se subió al caballo saliendo a galope. Amelia corría tras él y se acercó lo suficiente para estirar la mano, pero él se giró golpeándole con el reverso de la mano en el pómulo y del impulso cayó al suelo haciéndose daño en el brazo. —¡Amelia! —gritó Keigan.

Gimió volviéndose y cogiéndose el brazo. Keigan detuvo el caballo a su lado casi saltando de él. Se arrodilló a su lado. —Nena, ¿estás bien?

El sonido de un motor la tensó y se sentó de golpe. —Mierda —dijo mientras una ranchera gris y marrón se alejaba a toda pastilla.

—¡Josh Braun terminarás en la cárcel! —gritó Colter al borde de la finca—. ¡Eso te lo juro por mis muertos!

—Era él. Le vi muy bien.

Keigan cogió su brazo y al intentar estirarlo gimió por el dolor en el codo. Colter llegó a galope. —¿Se lo ha roto?

—Creo que solo ha sido el golpe, pero me la llevo al médico.

—Estoy bien, tienes que apagar el fuego.

—Nena no discutas. —La cogió por la barbilla y entrecerró los ojos furioso al ver que su pómulo se estaba sonrojando. —Ese cabrón está muerto. —La cogió en brazos y antes de darse cuenta estaba subida al caballo. Keigan se subió tras ella y cogió las riendas diciéndole a su hermano —Encárgate de todo.

—Tranquilo hermano, ¿pero dónde van a dormir los hombres? Ya hemos perdido los tres barracones.

Amelia jadeó asombrada. —¿Los tres?

—El sábado de madrugada uno y por la mañana otro. Y ahora este.

—¡Ese cerdo! Esto te va a costar una fortuna.

—Tranquila ahora tenemos testigos de sobra gracias a ti. Colter llama a San Antonio o a Austin si hace falta. A alguna empresa de viviendas móviles. Algo tendrán. Se arreglarán hasta que hagan los barracones nuevos.

—Entendido, hermano.

—Después de ir al médico pasaré por la oficina del sheriff. —Volvió el caballo y se lanzó a galope.

—Estoy bien. Vete tú al sheriff y yo me encargo de llamar a esa empresa.

—Nena, ese brazo.

—Mira ya no me duele. —Movió el brazo lentamente. —Ha debido ser el golpe.

—Te revisará. Además, vamos a presentarle una denuncia por agresión.

Suspiró apoyándose en su pecho. —Era de los incendios de lo que querías hablar ayer, ¿no?

—Todo esto está tomando un cariz que no me gusta nada. Han iniciado una guerra y tú estás en medio. Nena, debes tener cuidado.

—Llevo la pistola.

—Quiero que te mudes a casa.

—Ja, si crees que va a colar estás muy equivocado. ¿Qué tal te encuentras hoy, cielo? ¿Todavía te castañetean los dientes?

—Hablo en serio, nena. En casa estarías protegida.

—No digas que estaría protegida cuando han entrado en tus tierras, Keigan. Cualquiera podría llegar hasta la casa. ¿O vas a estar vigilando las veinticuatro horas con todo el trabajo que tienes? —Se le cortó el aliento. —Lo que quieres es que vigile la casa, ¿no?

—Pues me harías un favor, la verdad.

—Menuda cara tienes.

—Nena… En dos semanas Shine estará sola en casa gran parte del día porque se acaba el curso. Si esto no se resuelve…

—Le detendrán.

—A Josh, Amelia. Pero el resto seguirá en la calle. Y después de la detención de su hermano todavía quedan tres y estoy seguro de que no se van a quedar de brazos cruzados. Han perdido toda la credibilidad en el pueblo y los trabajos, nadie les contratará, así que ahora solo quieren joder.

Apretó los labios sabiendo que tenía razón, pero mudarse a su casa…

—Piénsalo, ¿quieres?

—Se resolverá.

—Lo dudo. Sobre todo a corto plazo.

Llegaron al rancho y Derren que se había quedado con Shine, llegó corriendo. —¿El barracón?

—Lo hemos perdido.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Shine asustada desde el porche.

—Nada, cielo —dijo ella mientras Derren la cogía por la cintura para bajarla.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el hermano de Keigan.

—Nada. —Forzó una sonrisa disimulando el dolor de brazo. —Derren ¿por qué no llevas a Shine a casa de mis padres? Mi madre os preparará el desayuno, que estoy segura de que todavía no habéis desayunado.

—Sí, claro. Cielo, coge la mochila.

Shine miró a su hermano mayor que sonrió. —Vamos cielo, date prisa o llegarás tarde al instituto.

Esta asintió y entró en la casa.

—Joder, ¿hemos perdido otro barracón?

—El que quedaba en pie. Esos hijos de puta… Pero Amelia ha pillado a Josh y ha salido huyendo.

—Se había quedado a mirar.

—Qué estúpido, ¿no?

—Había hombres en el barracón. Podía haber matado a alguien —dijo Keigan.

—¿Y si en la camioneta le esperaba alguien? ¿Y si no estaba solo? —preguntó ella.

—Eso no podemos demostrarlo.

—Ya estoy —dijo Shine bajando los escalones.

—Voy ahora, sube a la ranchera. —Se volvió hacia ellos muy serio. —¿Qué vamos a hacer, hermano?

—Vamos a ver lo que dice el sheriff. Después de llevarla vuelve al rancho. No salgas de aquí, ¿me has entendido?

—¿Temes por la casa?

—Es el símbolo del rancho. Si quieren hacer todo el daño posible solo nos queda el ganado y la casa.

—Los pozos de agua, Keigan —dijo ella asustada.

—Ya hay hombres armados en ellos desde ayer para evitar que los envenenen. No esperaba que quemaran este barracón porque estaba ocupado por los vaqueros que se quedan aquí todo el año, los otros solo se ocupaban con los temporeros, pero al parecer han perdido el norte del todo. Tranquila, a los pozos no pueden acercarse. Llamaré a Colter para que envíe cuatro hombres armados a la casa.

Ella asintió. Así que cuando le había dicho que fuera a la casa era porque sabía que estaría protegida. Igual sí debía hacerle caso y mudarse allí porque lo que había dicho del barracón ocupado le preocupaba mucho. Pero también estaba preocupada por su familia, ¿y si esos locos les hacían algo por su culpa?

—Os veo luego.

Derren se alejó y Keigan la cogió del brazo sano. —Vamos nena.

—No, vete tú al sheriff. Estoy bien. Me quedaré aquí hasta que lleguen los hombres y después iré al médico en mi coche.

—Ni hablar. Nos vamos.

—¡Keigan!

—¡No discutas! ¡Quiero que te revisen ese brazo y conmigo no disimules porque sé que te duele! ¡Subes a la camioneta o te subo, tú verás!

Gruñó yendo hacia el garaje y Keigan metió el caballo en el establo mientras ella se subía a la ranchera negra. Se despidió con la mano de Shine y Derren arrancó en ese momento saliendo del garaje. Hizo un gesto de dolor colocando su brazo y miró hacia la puerta y algo en el espejo retrovisor le llamó la atención. Volvió la cabeza para ver a Jack Braun tras el coche. Asustada alargó la mano tocando el claxon con insistencia y gritó para avisar a Keigan. Jack levantó una cerilla y gritó horrorizada tirándose a la puerta del coche. Sonriendo malicioso tiró la cerilla y gritó del horror al ver como el fuego subía por las paredes. Keigan llegó en ese momento y se tiró sobre Jack que le dio un puñetazo. Amelia saltó del coche y se tiró sobre su espalda agarrándole por el cuello. Keigan le dio un puñetazo en el estómago que le dobló. —¡Suéltale, nena!

Se tiró al suelo y Keigan le cogió del cabello para darle un puñetazo tras otro. Este cayó al suelo y recibió varias patadas. —¡Déjalo, le vas a matar!

—Es lo que merece este hijo de puta —siseó antes de pegarle otra patada que le hizo gemir de dolor. Se agachó y le cogió del cabello—. Os vais a acordar de los Bansley el resto de vuestra vida, eso te lo juro por mis muertos.

—¡Cariño, el coche! —Rodeó la ranchera y se subió tras el volante.

—¡Nena, no!

Arrancó a toda prisa y aceleró. Keigan se apartó por un pelo y sintió que pasaba por encima de algo porque la ranchera pegó un bote. —Frenó en seco ante la casa con los ojos como platos. Keigan llegó corriendo y abrió su puerta. Asustada le miró a los ojos. —¿Le he atropellado?

—Intentó huir en el peor momento posible.

—¡No!

—Ahora sí que tenemos que llamar al sheriff. —La cogió por la nuca. —Nena, no mires.

—Dios mío, Dios mío —susurró asustada.

—Quédate aquí.

Temblando recordó como el coche pegó el bote una y otra vez. Sin saber lo que hacía del shock abrió la puerta y salió mirando hacia el garaje. Los caballos estaban como locos queriendo salir oliendo el peligro. El denso humo salía por la puerta abierta y vio la mano y la sangre. Se dejó caer de rodillas mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. —¿Qué he hecho?

Keigan apareció a su lado cogiéndola por la cintura y antes de darse cuenta la había subido al porche y la había sentado en uno de los sillones de mimbre. —Nena, tengo que sacar los caballos.

—Le he matado.

—Igual está vivo.

Se le cortó el aliento. —¿Tú crees?

Él hizo una mueca y se echó a llorar. —Preciosa, tengo que sacar los caballos. Dime que te quedarás aquí sin moverte.

Ella asintió y él impotente la abrazó con fuerza. —No ha sido culpa tuya. Nada de esto ha sido culpa tuya. Ese cabrón te hubiera quemado viva, nena. Sabía que estabas en el coche.

—Lo sé, pero…

—No sientas pena por él. Era un cabrón sin sentimientos. —La besó en la sien y se puso en

pie. —Vuelvo enseguida.

—Vete, no puedes perderlos también.

Keigan salió corriendo y mirando hacia allí preocupada por él no tardó en ver salir el primer caballo. Unos gritos a lo lejos la hicieron mirar hacia la llanura y se dio cuenta de que varios hombres se acercaban a galope. Se levantó lentamente y entró en la casa caminando hasta el teléfono de la cocina. Muy nerviosa marcó el número de la casa de sus padres. —¿Diga?

—¿Papá? —Se echó a llorar. —Papá necesito que vengas y que te traigas a Roy Summerfield contigo.

Capítulo 10

Estaban sentados en el salón mientras el sheriff Martinson caminaba de un lado a otro con las manos en la cintura. El pobre que como mucho se había enfrentado al robo de algunas reses o a multas de aparcamiento ni sabía por dónde empezar.

—Charlie, mi hija necesita un médico. ¿No ves que está en shock? —dijo su padre sin dejar de abrazarla.

—Joder, ¿cómo ha pasado esto?

—No es culpa nuestra, pregúntaselo a los Braun —dijo Keigan con odio—. Son ellos los que me han robado y quemado tres barracones. ¡Eso sin contar el garaje y el establo! ¿Vas a hacer algo o no? ¡Porque si no lo haremos nosotros!

—¿Como lo que habéis hecho con Jack?

—Eso fue también culpa suya. Intentó escapar cuando Amelia aceleraba. ¡Ella no tiene la culpa! —dijo Colter—. ¿Es que no has oído nada de lo que te han contado?

Amelia se echó a llorar y Keigan dio un paso hacia ella, pero su abogado sentado a su lado susurró —Tranquila, no tienen nada contra ti. No habrá cargos.

—Eso aún está por decidir —dijo el sheriff.

Bill le miró asombrado. —¡La conoces desde niña! ¿Crees de veras que lo ha hecho a propósito? ¿Pero qué disparates dices?

—¡Lo único que sé es que le ha matado porque lo ha reconocido! ¡Qué en la iglesia les dejó en evidencia!

—Eso solo demuestra las ganas de venganza de los Braun —dijo Roy furioso—. Vinieron aquí, quemaron los barracones con gasolina como nos ha dicho el jefe de bomberos. Hay testigos de que Josh Braun salió corriendo del último barracón. Jack mientras estaban distraídos vino aquí con intención de quemar el garaje o incluso la casa. Ella estaba en el coche, Jack lo sabía y aun así incendió el garaje. Eran obvias sus intenciones. Ni aunque hubiera sido premeditado, que no lo fue, nadie la culparía. Ningún fiscal presentará cargos contra ella en este estado. ¡Y te recuerdo que la propiedad privada sigue siendo sagrada en este país! ¡Podían haberle matado a tiros y no tendrías nada de qué acusarles!

El sheriff se pasó la mano por la barbilla. —¿Seguro?

—Créame sheriff, ella no ha cometido ningún delito. Le aconsejo que vaya a detener a todos los Braun. A los reconocidos porque fueron pillados en el lugar de los hechos y a sus cómplices porque es evidente que todos estaban metidos en esto.

—¿Incluso la señora y el señor Braun?

—Incluso a ellos porque fueron sus cómplices en el robo continuado a este rancho, ¿por qué no iban a saber lo que estaban haciendo ahora? Estoy seguro de que lo sabían y lo aprueban. Pues también tendrán que pagar. Aunque solo sea para interrogarlos, debe detenerlos.

El sheriff se subió los pantalones tirando de la cinturilla. —Tendréis que ir a declarar.

—Amelia irá después de ir al médico —dijo Keigan firmemente—. Y solo si él lo considera adecuado porque es evidente que necesita un calmante.

—Estoy de acuerdo —dijo su abogado levantándose—. Vamos Amelia.

Impotente vio como la cogía delicadamente y ella medio ida se dejó llevar por él y por su

padre. —Vamos cielo, enseguida te darán algo.

Cuando salieron del rancho vio como el forense ordenaba el levantamiento del cadáver y sollozó.

—Shusss, todo irá bien —dijo Roy consolándola—. Tú no has hecho nada malo, no te preocupes.

—Yo no quería esto.

—Lo sé. Cualquiera que te conozca lo sabe, preciosa.

Keigan en la puerta apretó los labios y su hermano a su lado le dio una palmada en el hombro. —Tranquilo hermano, te quiere a ti.

—Joder… Voy con ella.

—¡Keigan! —gritó el forense—. ¡Ven aquí!

—No puedes irte hermano, tienes mucho entre manos. Además, está bien cuidada.

—Eso me temo.

Tumbada en la cama ni sintió como una lágrima corría por su sien mientras su madre le decía a su hermana que no hiciera ruido porque estaba dormida. Suspiró volviéndose y el sol que entraba por entre las cortinas le hizo pensar en que tenía que ir a trabajar. La necesitaban y más ahora con todo lo que había pasado. Había mucho que arreglar y organizar. Además estaba la niña que tenía que sentir que todo estaba bien.

La puerta de su habitación se abrió y susurró —Ahora me levanto, mamá.

El sonido de unos tacones sobre la madera la hizo volverse de golpe sobre su hombro y al ver a Keigan acercándose sollozó. —Eh… —Se sentó a su lado y Amelia se volvió para abrazarle. —Nena, no llores.

—¿Cómo ha pasado esto?

—No ha sido culpa tuya. —Sollozó sobre su pecho y él acarició su espalda. —¿Te duele?

—No es nada. Solo el golpe. Se me ha hinchado la zona del codo, pero el médico dice que me pondré bien en unos días.

Él sonrió. —No te he preguntado eso. Te he preguntado si te duele. —La cogió por la nuca para que le mirara a los ojos. —Ya me había dicho el doctor Carpenter que no era de importancia.

—Oh… ¿Estabas preocupado por mí?

—Sí, nena. Estaba y estoy muy preocupado. No me gusta verte así.

—Pues estoy bien. Y voy a ir a trabajar.

—Ni hablar.

—Me necesitáis.

—Nena, no. Si quieres ir al rancho muy bien, pero nada de ir para trabajar.

—¿Y para qué iba a ir si no?

—Pues para vivir allí.

—Sigue soñando, Bansley.

Él sonrió. —No pienso ceder.

—¿No?

—¿Dudas de mí?

—No me hagas contestar esa pregunta.

—Dudas de mí. —Él apretó los labios. —Después de lo que ha pasado no puedo culparte.

—Si tanto me quieres esperarás a que me aclare.

—Claro, nena. Esperaré lo que haga falta.

—Igual es mucho tiempo y puede que después de esperar te diga que no. ¿Estás dispuesto?

Él miró sus labios demostrando su deseo. —Estoy dispuesto a lo que sea, pero dirás que sí.

Amelia sonrió. —No estés tan seguro.

Keigan se acercó para besar sus labios y ella se levantó con agilidad mostrando su corto camisón. El deseo en los ojos de él la sonrojó. —Lárgate, que tengo que vestirme.

—Vamos, nena… Enséñame un poquito.

—¿Estás loco? Es la casa de mis padres.

—Por eso vendría muy bien que te mudaras al rancho.

Dos golpes en la puerta les sobresaltaron. —¡Keigan, ya llevas ahí mucho tiempo! ¡Abajo!

Gimió por el grito de su padre. Le debía haber oído hasta la vecina. Cindy soltó una risita. —¿Son novios, papá?

—No sé lo que son. ¡A desayunar!

Se sonrojó porque sus padres no entendían nada. Keigan sonrió sin moverse de la cama. —Tu padre quiere que salga.

—Vamos, vete.

—No hasta que me enseñes algo.

Jadeó indignada. —Vendrá a sacarte de aquí.

—Pues esperaré.

—¡Keigan, largo!

Se la comió por los ojos mirando sus preciosas piernas pasando por su vientre hasta llegar a sus pechos. Su camisón mostraba claramente sus pezones endurecidos. —Nena…

Entrecerró los ojos. —¿Quieres ver algo?

Él sonrió. —Sí, preciosa. Me muero por ver lo que sea.

Se volvió mirándole por encima de su hombro. —¿Preparado?

Asintió sin quitarle ojo y ella levantó lentamente el camisón mostrando el tanga que dejaba al descubierto sus nalgas. Keigan separó los labios al ver un tatuaje en forma de rosa. —Como se lo digas a alguien te mato.

Él alargó la mano y a Amelia se le cortó el aliento al sentir el roce de las yemas de sus dedos. —Nena, ¿es reciente?

—Me lo hice durante el último curso en San Antonio. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? —preguntó con voz ronca. La cogió por la cintura tirándola sobre la cama y ella se echó a reír.

—¡Keigan Bansley! ¡Estoy cargando la escopeta! —gritó su padre desde el piso de abajo.

Sobre ella la miró a los ojos. —¿Tienes más?

—Va a subir.

Él bajó la mano por su cintura y cuando llegó a su cadera se puso muy nerviosa. —¿Keigan?

—Ven al rancho.

—No. Además el sábado salgo con Roy.

Su mano se detuvo en seco. —¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—¡Será una broma! ¡Te he pedido matrimonio!

—¡Y yo te he dicho que no! ¡Puedo salir con quien quiera!

—¡Tranquilo cariño, que ya están discutiendo! —gritó su madre desde el otro lado de la

puerta—. ¡No están haciendo el amor!

—Mamá, ¿no puedo tener algo de intimidad?

—¡En esta casa no!

Keigan levantó una ceja. —En tu casa están tus hermanos—siseó.

—Se van a ir. ¡Porque te vas a casar conmigo!

—Eso está por ver, si Roy… —Él atrapó sus labios y Amelia gimió al sentir como su lengua acariciaba la suya. Mareada abrazó su cuello y la mano de Keigan llegó a su trasero amasándoselo con pasión pegando su pelvis a la suya para que sintiera su sexo. Fue embriagador y de repente la puerta se abrió de golpe chocando contra la pared y ella gritó al ver a su padre con la pistola del abuelo en la mano. —¡Papá!

—¡En mi casa! ¡Bajo mi techo!

Apuntó a Keigan que se levantó a toda prisa. —Suegro baja eso que bastantes disgustos hemos tenido ya.

—¡En mi casa!

—¡Qué yo me quiero casar! ¡Es ella la que me marea!

—¿Que yo te mareo? Menuda cara tienes. —Le tiró la almohada a la cara y él hizo una mueca. —¡Largo de mi habitación!

—Bien dicho, hija. ¿Le pego un tiro?

—¡No! ¿Queréis salir para que pueda vestirme?

Bill entrecerró los ojos. —¿Un café?

—Pues te lo agradecería mucho, suegro.

Amelia puso los ojos en blanco mientras salían de la habitación. —Se te resiste, ¿eh?

—Tú vete comprando el traje.

Gruñó yendo hacia la puerta y cerrando de un portazo. —Este hombre es imposible.

—¡Te he oído!

Sentada tras su escritorio colgó el teléfono mordiéndose el labio inferior. Keigan entró en la oficina. —¿Han llegado las roulotte de alquiler?

—Las están colocando. Gracias, nena. —Se sentó en la esquina del escritorio. —¿La madera?

—La traerán mañana. Y he contratado una empresa especializada en hacer este tipo de construcciones. Les he dicho que contrataran a los que fueran necesarios para hacer el barracón cuanto antes. Se han comprometido en hacerlo en una semana.

—¿Una semana?

—Vienen con grúas y cosas así. Me han dicho que mientras tengan la madera no habrá problema

—Joder, menos mal.

—Y he hablado con el seguro. Se encargarán de todos los gastos incluso las roulotte. Al principio no querían, pero les he dicho que si se hubiera quemado la casa tendrían que proporcionar otro alojamiento, así que eso se podía transpolar a los barracones que están destinados a que duerman tus empleados.

—¿Algo más?

—He llamado a la embajada americana en Beijing.

Él entrecerró los ojos. —Por la expresión de tu rostro no son buenas noticias.

Tomó aire por la nariz reclinándose en su asiento. —Necesitas varios permisos para abrir una

empresa allí. Y los trámites llevarán al menos seis meses.

—No me digas eso, nena. Quedaré fatal con mi cliente.

—He estado pensando una cosa y he hecho números. O consigues más clientes o no te compensa toda la inversión que tengas que hacer.

—Eso no puede ser.

—Con ese cliente y si te compra las toneladas que piensas tardarías cinco años en amortizar la inversión.

—Sabía que era una inversión a largo plazo y como dices puedo conseguir otros clientes.

—El problema es que durante cinco años no tendrás otros ingresos ¿o piensas seguir atendiendo a tus clientes de aquí?

—Claro que sí.

—Keigan, no tienes bastantes reses para hacer frente a los pedidos del año que viene. —Se levantó y rodeó el escritorio mirándole de frente. —Tienes que esperar otro año.

—Perderé a este cliente.

—Debes tener ganado para hacer frente a los pedidos. He hecho cálculos y si piensas hacer frente a todos necesitarás dos mil cabezas de ganado.

—Eso es imposible. He hecho cálculos y…

—Pues has calculado mal. El año pasado vendiste ochocientas cabezas con tus clientes americanos.

—¿Tantas?

—Sí, Keigan.

Frunció el ceño. —Pues entonces sí que necesito más de dos mil y eso es lo que tengo ahora con madres y crías incluidas.

—Tienes que esperar un año. Hacer los trámites con tiempo y engordar el ganado que vayas a comprar. Preparar las plantas y cuando llegue el momento nos ponemos a rodar, pero ahora no puede ser. Solo sacar los permisos me llevará meses.

Él apretó los labios. —Pues entonces tendré que cancelar la operación del todo porque no puedo invertir tres millones sin un cliente a la vista y el año que viene le estará comprando a otro.

—Lo siento, pero a no ser que sea él quien se dedique a trasladar el ganado a China no encuentro otra opción.

—No sé si estará dispuesto a eso. —Él entrecerró los ojos. —¿Y si hacemos un punto medio?

—¿Qué quieres decir?

—Como una venta online. Ahora se llevan productos a todas partes del mundo.

Ella sonrió. —Una venta online… Enviarías la carne como si fuera un paquete con todos los certificados sanitarios.

—Y él lo recoge en destino que en este caso será el puerto. Allí harán sus controles y le entregarán la carne cuando los pasen. Él solo tiene que encargarse de recogerlo en puerto.

—¿Y las reses? ¿Y la planta de despiece?

—De momento podemos enviarlas al matadero y si el negocio funciona entonces haremos la planta. Y las reses… —Hizo una mueca. —En siete meses tendré las necesarias. Puedo darle largas un par de meses después de la firma del contrato, si acepta lo de la entrega, claro.

—¿Crees que lo rechazará con la rebaja que le haces en la carne? Si tiene que trasladarla él, sus beneficios se reducirían.

Él entrecerró los ojos. —¿Cuánto me costaría enviar una de las reses ahora? Como regalo.

—Ya entiendo por dónde vas. Tendría que averiguarlo.

—Que la pruebe a ver si después rechaza la mejor carne de Texas. —Se levantó y le guiñó un ojo. —Buen trabajo, nena.

Se sonrojó de gusto. —Al menos he conseguido que te ahorres un montón de pasta por ahora.

—Preciosa, esa pasta se va a gastar. Cuando se me mete algo en la cabeza… —Le robó un beso haciéndola jadear. —Por cierto, averigua cómo es eso de la página web, ¿quieres? Creo que tendremos que entrar en el siglo veintiuno.

—Ya era hora. —Le observó salir. —Keigan... —Él se volvió. —No me has dicho nada de los Braun.

—Siguen detenidos por orden del juez mientras el sheriff investiga el asunto. Compraron la gasolina en la gasolinera que hay en el norte. Siete bidones. No pensaban detenerse. —Apretó los labios. —Los dos hermanos pequeños tenían el resto de los bidones en sus camionetas, pero sus padres parecen ser inocentes. Sus hijos les han exculpado.

—Les van a soltar.

—Seguramente sí.

—Me alegro de que la señora Braun no esté implicada en esto.

—Nena, no te fíes. Era muy consciente de que me robaban.

—Tampoco estamos seguros de eso.

—Que a Derren le han puesto puntos en la cabeza por su culpa, Amelia.

—Si yo veo que pegan a uno de mis hijos también le defendería.

Él sonrió. —Nuestro hijo se defenderá solo.

Se sonrojó con fuerza pensando en tener hijos con él. —Qué pesado estás.

Keigan se echó a reír y salió de la oficina. —Nena, en una hora a comer que tienes que tomar la pastilla.

—¡Ya no la necesito!

Él regresó a la puerta. —¡La tomarás! ¡Te la ha recetado el médico tres días y la tomarás! —Se volvió para gritar —¡Chicos daos prisa en quitar los escombros! ¡Mañana llega la madera y empiezan las obras! —Entonces la miró. —Me acabo de acordar de que no tenemos cocinera.

Sonrió divertida dejando el bolígrafo sobre la mesa. —Ya haré algo yo. ¿Los chicos vendrán?

—No —dijo malicioso.

Entonces se dio cuenta de que estaría sola con él en la casa. —¿Por qué no vas a comer con los hombres?

—Casi me convences. Nena, un sándwich estará bien. ¡Eh, Chris! Los tablones intactos apartarlos de los escombros. Puede que los necesitemos.

Capítulo 11

Pensando que tenía que encontrarles otra ama de llaves puso la mesa. La casa empezaba a notar la falta de limpieza diaria. Fue hasta el fregadero y metió la sartén en el lavavajillas. Escuchó como Keigan entraba en la casa. —Al final he hecho espaguetis.

—Gracias, nena —dijo tras ella antes de cogerla por la cintura para besar su cuello.

Le miró sobre su hombro. —Estás agotado.

—Hoy no he dormido nada. Y tampoco es que la noche anterior durmiera mucho.

—¿Por qué no te acuestas después de comer? Tus hermanos se encargarán.

—Es una sugerencia muy tentadora. —Besó su cuello de nuevo y ella lo inclinó suspirando de gusto. —¿Te acuestas conmigo?

—Tengo que llamar a la empresa de construcción y varias cosas más.

Él suspiró apoyando la frente en su hombro. —Muy bien.

Vio como se alejaba hacia la nevera y cogía una cerveza. Se mordió el labio inferior por su invitación. —Keigan.

—¿Si, nena?

Cogió la fuente de espaguetis y la dejó en la mesa mientras él se sentaba. —Es que esta mañana en mi habitación y ahora, has dado por supuesto que iba a tener sexo contigo.

—Porque lo vas a tener —dijo comiéndosela con los ojos. Bebió de su cerveza de nuevo.

—Yo… —Él levantó una ceja. —Soy virgen.

Se atragantó tosiendo con fuerza y cuando se calmó la miró asombrado. —No lo he hecho nunca, ¿qué pasa?

—¡Pero has tenido citas, lo sé muy bien!

—Pero no llegué a tanto. —Levantó la barbilla. —¿Qué pasa?

De repente sonrió. —Seguías loquita por mí, ¿verdad?

—¡Me estoy controlando para no meterte otra descarga!

—No tienes el bolso aquí.

Sacó la pistola taser del bolsillo trasero del pantalón. —¡Nena a ver si te electrocutas!

—Es por si vuelven.

—No van a volver. Aunque les suelten hasta el juicio Roy pedirá una orden de alejamiento.

—Claro, cuando se presenten aquí para quemar lo que queda, les saco el papelito. Mejor les pego un trallazo que me quedaré más a gusto.

Él sonrió. —Sobre lo que me decías… Eso tiene fácil arreglo, ¿quieres que lo solucione?

—Lo dices como si fuera un problema y estoy muy a gusto.

—A gusto te voy a dejar yo cuando te dejes.

Sin poder soltó una risita. —Serás bestia.

—Eso dirás.

—¡Keigan!

La cogió por la muñeca sentándola sobre sus rodillas. —¿Quieres que sea especial, nena? ¿Por eso has esperado?

—Sí —susurró mirando sus ojos.

—Haré que sea muy especial.

—Eso dice Roy.

Él parpadeó. —¿Qué has dicho?

—Él también quiere que sea especial.

Se levantó de golpe casi tirándola al suelo. —¿Qué has dicho? —gritó furibundo.

—Bueno, salgo con él.

—Pero si casi ni os veis.

—He salido con él dos veces ya. El sábado es la tercera cita. Ya toca.

—¿Toca qué?

—Pues hacerlo.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Si no le quieres! ¡Me quieres a mí!

—Pero salgo con él y me gusta.

—Nena… ¿Me estás vacilando?

Ella reprimió la risa. —La cara que has puesto.

Suspiró del alivio. —Así que es mentira.

—No, pero la cara que has puesto.

—¿Ese tío quiere acostarse contigo?

—¿Tú qué crees?

—La madre que me… —Fue hasta la puerta.

—¿A dónde vas?

—He perdido el hambre.

—¡Keigan Bansley, vas a comer los espaguetis que para eso los he hecho!

Se volvió. —¿Vas a acostarte con él?

Se sonrojó. —Todavía no lo he decidido, pero cuando acaban los bailes ya sabes…

—¡Pero si en tu baile de fin de curso no hiciste nada!

Se puso como un tomate. —Es que no tenía pareja. No me gustaba ninguno.

—¡Porque me quieres a mí!

—Te veo muy seguro. —Cogió un montón de espaguetis y se los tiró en el plato. —¡A comer!

—Pues sí que estoy seguro.

—Pues si estás tan seguro no tienes de que preocuparte de lo que pase el sábado, ¿no?

—Pues tienes razón. —Se sentó en su sitio y cogió la salsa echándose una buena cantidad sobre los espaguetis. —No harás nada.

—¿Cambiamos de tema?

—Sí, será lo mejor porque se me van a indigestar los espaguetis. —Los revolvió de mala manera y se los metió en la boca. —Joder nena, qué manos tienes para la cocina.

—Voy a contratar a alguien para el trabajo de la casa.

—Alguien de fiar y que no robe.

—Algo encontraré.

—He visto la ropa nueva de Shine…

—Ya empezamos.

—Le has comprado una camiseta rota.

—No está rota. Tiene cortes en partes estratégicas y es la última moda.

—Hoy llevaba brillo de labios.

—Sí, se lo regalé yo. —Levantó la barbilla retándole.

—Tiene catorce años.

—Es una adolescente que ve que las demás hacen eso y no es nada malo. Debes dejarla

crecer.

Él gruñó haciéndola sonreír. —Madre mía, cuando vaya a la universidad... Le diré a mi padre que te enseñe a usar la pistola.

—Sé usarla muy bien, preciosa.

Al día siguiente su madre la llamó al trabajo para decirle que había visto salir de la oficina del sheriff a los padres de los Braun. Se rumoreaba en el pueblo que se irían de allí. Ese día por la tarde sería el funeral de Jack y sus padres estaban destrozados. Sintió un nudo en la garganta por lo que había pasado. Todavía no se lo podía creer.

—¿Y sus hijos?

—Se dice que el juez ha ordenado su ingreso en prisión sin fianza hasta el juicio. Teme represalias y teniendo en cuenta lo afectado que ha sido Keigan con todo lo ocurrido no se fía de que no vayan a por vosotros. Es un alivio, hija.

—Sí que lo es.

—El cura ha pasado por aquí para que le suba la sotana nueva y me ha dicho que seguramente intentarán vender la casa. Ahora tienen que encargarse de los hijos de Josh y saben que los rumores no cesarán. Lo que pasa es que en estos tiempos no se vende nada. —Apretó los labios. —Lo van a tener difícil.

—Sí.

—Es increíble, incluso después de todo lo que ha ocurrido y lo que te podía haber pasado, siento pena por ellos. Soy tonta, ¿no?

—No, mamá. Lo que pasa es que siempre hemos pensado que eran buenas personas y todavía no hemos digerido que tienen otra cara. He pensado mucho en esto y no creo que Jack estuviera aquí para quemar el garaje. Y Shine estaba dentro de la casa.

—Eso no lo sabemos.

—Lo que sí sé es que encendió la cerilla con una sonrisa maliciosa que ponía los pelos de punta. Si el resto de sus hermanos son así…

—Lo sé.

Colter entró en la oficina en ese momento y estaba muy serio. —Mamá tengo que dejarte.

—Te quiero.

—Y yo a ti. Te veo esta noche.

Colgó el móvil. —¿Qué ha pasado ahora?

—Esos que has contratado dicen que no quieren nuestra ayuda. No sé qué de accidentes ni trabajadores. Keigan ha ido al pueblo y estoy hasta los huevos de discutir con ellos.

Entrecerró los ojos y empujó la silla hacia atrás. —El jefe sabía que nuestros vaqueros ayudarían. Le dije que si en vez de cuarenta eran sesenta terminarían antes.

—Eso es lo que tenía entendido, pero han cambiado de idea.

Molesta se levantó porque eso retrasaría las obras y aunque le habían asegurado que estarían en una semana no se lo creía ni de broma. No podían estar sin barracones ni establo. Eso tenía que solucionarse cuanto antes. Salió de la oficina y fue hasta donde Keigan había decidido que quería el nuevo establo que sería el doble de grande. Una pala estaba allanando el terreno y una grúa enorme estaba colocándose en posición. Se acercó al señor Potter que era el capataz. Al verla llegar se empujó hacia atrás el casco amarillo que llevaba. —Señor Potter…

—Señorita, ya he hablado con él y se lo he explicado. Son vaqueros, no profesionales.

Cuando me dijo que tenía veinte hombres que me ayudarían, creía que eran carpinteros.

Ella puso las manos en la cintura. —¿En un rancho voy a tener veinte carpinteros? No hay veinte carpinteros ni a cien kilómetros a la redonda. —El hombre se sonrojó. —Mire, puede que sean vaqueros, pero están acostumbrados a hacer este tipo de cosas. —Los chicos se pusieron tras ella. —¿Quién cree que hizo las construcciones que nos rodean? Si ustedes están aquí es porque tenemos mucha, mucha prisa por esas edificaciones. ¡Mis chicos están durmiendo en roulotte y quiero que tengan un techo cuanto antes! ¡Y no se hará su barracón hasta que no esté el establo, porque los caballos están al raso! ¡Nuestros vaqueros han sido muy generosos al estar de acuerdo en empezar por aquí, pero no voy a tolerar que su situación se alargue en el tiempo y más si quieren ayudar! ¿Me ha entendido? Nuestros hombres van a echarles una mano y le aseguro que no tendrá ningún problema con ellos. ¿Verdad Colter?

—Por supuesto que no.

—Si hay un accidente yo no me hago responsable.

—Es comprensible —dijo ella—. Pero si hay que subirse a una viga les dará un arnés como a cualquiera de sus hombres. —Colter sonrió y Amelia levantó una ceja. —¿O quiere que llame a su jefe que estará impaciente por cobrar y supongo que cuanto antes se termine más contento estará?

Él apretó los labios. —Muy bien, lo que usted diga.

Amelia sonrió. —Pues a trabajar.

Se volvió y le guiñó un ojo a Colter. En ese momento llegó Paul con su camioneta para preparar la comida para todos. —Genial, hoy no tengo que preparar nada.

—¿Vas a comer con nosotros? —preguntó como si no se lo esperara.

—¿Teniendo cocinero crees que voy a cocinar? —preguntó divertida alejándose hacia la oficina.

Colter hizo una mueca y se volvió para encontrarse a varios de sus hombres y de los obreros mirando a su cuñada. —Joder, va a haber lío.

Derren se acercó. —¿Aviso a Keigan?

—Mejor no le cabrees antes de tiempo.

Al salir de la oficina, muerta de hambre se acercó a las mesas que había preparado Paul para todos. Casi todos ya estaban comiendo y se sintió observada porque era la única mujer, pero ya se acostumbrarían. Keigan estaba hablando con el capataz y se detuvo en seco girando la cabeza a su paso para ver cómo iba hacia Paul que estaba dentro de la camioneta con la gran ventana abierta. —¿Qué tenemos, Paul?

El hombre se volvió sonriendo mostrando que le faltaba un diente. —Costillas y patatas asadas.

—Que bien. Ponme un plato, por favor.

—Para la chica más guapa de Pearl lo que quiera.

Escuchó un gruñido tras ella y Paul perdió la sonrisa poco a poco antes de carraspear cogiendo un plato a toda prisa. —¿Un plato, jefe?

—Nena, ¿qué tal si te lo comes en la casa? ¿No hace mucho calor para ti?

Suspiró antes de volverse. —No seas antiguo. Solo estás buscando excusas para que no coma con vosotros. Pero los hombres pensarían que soy una snob o algo así.

—No, pensarían que no quieres comer entre sesenta hombres. —Se acercó más. —Y se les van los ojos.

Paul reprimió la risa mientras ella chasqueaba la lengua. —Si les conozco a todos. Y a algunos desde niña.

—Y algunos te tienen ganas.

—Qué va. Me hubieran pedido una cita. De los que hay ahí solo he salido con dos y les despaché enseguida. Así que ya ni se les pasa por la cabeza.

—¿Que has salido con dos? —preguntó como si le estuviera dando la sorpresa de su vida—. ¿Y te han besado? —preguntó a los cuatro vientos.

Se sonrojó. —Bueno, algún besito hubo.

Él miró a sus hombres sentados en dos mesas separados de los obreros y estos que no habían perdido detalle agacharon la cabeza a toda prisa.

—Aquí tienes, niña —dijo Paul—. Que aproveche.

—Uy, que bien me cuidas —dijo al ver toda la comida que le había puesto—. Huele deliciosamente, gracias Paul.

—De nada…

El jefe le miró como si quisiera matarle y este se encogió de hombros. —Jefe, que puede ser mi hija…

—¡Cómo si eso te molestara!

—Pues no, la verdad, pero no voy a tener esa suerte.

Al volverse vio que Amelia ya caminaba hacia las mesas, pero de repente se volvió. Keigan lo vio todo rojo cuando varios le miraron el culo. —Se me habían olvidado los cubiertos —dijo como si nada encantada de la vida.

—Aquí tienes, niña.

—Y la bebida. Un agua, por favor.

Paul se la dio con un vasito de plástico a toda prisa. Ella soltó una risita. —No tengo manos.

—Nena, no has cogido la bandeja.

—Oh…

Keigan le cogió una bandeja y lo puso todo sobre ella, pero cuando iba a cogerla se la cogió él con una mano. Ven, nena… siéntate conmigo.

—¿Has cogido tu comida?

—Ahora me la trae Paul.

La llevó hasta la mesa donde estaban sus hermanos, pero estaba llena. Keigan fulminó a los últimos de la mesa que cogieron sus bandejas a toda prisa para largarse de allí. —Gracias —dijo ella antes de sentarse—. Que carácter tiene este hombre. Menos mal que lo descubro ahora.

Sus hermanos rieron por lo bajo. —Como si no fuera famoso por ello —dijo Derren.

—Cierra el pico. —Miró a Amelia sentada ante él. —¿Qué quieres decir con eso de que menos mal que lo descubres ahora?

—Que todavía estoy a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De salir corriendo.

Sus hermanos se echaron a reír.

—Muy graciosa, nena.

Con chulería se chupó un dedo. —Gracias.

Keigan sonrió. —¿Te duele el brazo?

—Estoy bien. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Me ha llamado mi madre.

—Así que ya lo sabes.

—¿Te has enterado en el pueblo?

—Y el sheriff me llamó cuando estaba llegando.

—Si se van del pueblo mejor —dijo Derren.

—No tienen trabajo, nadie va a comprarles la casa. Sus hijos irán a la cárcel y tienen que encargarse de dos nietos. No sé… Me dan pena.

—Cuando se sentaban en las sillas de terraza que había pagado mi hermano no les dábamos ninguna pena —dijo Colter—. Joder, si esa mujer se reía de nosotros a la cara. Estoy pensando que lo de los cocidos era cachondeo.

Ella hizo una mueca masticando la costilla que estaba deliciosa. —Pues la verdad es que puede que tengas razón, porque mira que es difícil hacer mal una ensaladilla.

—¿Ves? Y pensando en todo lo que nos ha pasado, recordé el día que desaparecieron mil pavos de mi habitación.

Derren asintió. —Creías que te los había cogido yo y cuando me preguntaste te dije que no.

—Después creí que los había ingresado en mi cuenta porque esa mañana había ido al banco, pero ahora… Ahora ya no estoy tan seguro. —Se acercó sobre la mesa. —Y un día desapareció una medalla de oro de mi madre, ¿recuerdas Keigan?

Ella le miró a los ojos. —Las joyas de mi madre son para Shine, así lo decidimos todos. Pensábamos ir dándoselas poco a poco a medida que iba creciendo y cuando cumplió doce años quisimos darle su medalla de la virgen María, pero cuando fui al joyero no estaba. Ahí dudamos si la habíamos enterrado con ella. Hace un año Shine preguntó por ella y le dije lo que había ocurrido. La niña aseguró que estaba presente cuando Derren se la había quitado. Es más, en aquel momento ella había preguntado por qué se la quitaba y él le había explicado que cuando fuera mayor sería suya que es lo que madre hubiera querido. Al decirme eso volví a buscar, pero después de poner la casa patas arriba tuve que decirle que se había perdido. Se llevó un disgusto enorme porque era una medalla que mi madre nunca se quitaba. En todas las fotos sale con ella.

—No me extraña que se disgustara.

—Antes ni se nos pasaba por la imaginación que fuera la señora Braun, pero ahora… —Derren apretó los labios. —No voy a tener pena por ellos. Son escoria y unas putas sanguijuelas. Joder, les hemos dado trabajo a todos. Hay que ser unos putos desagradecidos.

Ella apretó los labios sabiendo que tenían razón mientras Keigan la miraba fijamente. Los hombres se fueron levantando y se sentaron un rato a la sombra del garaje mientras los demás terminaban.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —preguntó él mirando su pómulo amoratado.

—Estoy con el presupuesto para la nave de cría —susurró para que no la oyeran los hombres —. Creo que está inflado.

—¿Inflado?

—Viendo lo que cobran estos por el establo está inflado, Keigan.

Él entrecerró los ojos. —Muy bien, pide otros.

—Ya lo he hecho.

Sus hermanos rieron por lo bajo y Keigan sonrió. —Quieres mi puesto, ¿no?

Se sonrojó. —No seas tonto. Solo intento ayudar.

—Lo sé, nena… y no sabes lo contento que estoy de que formes parte de esto. Cada día más.

—¿De veras?

Apoyó los codos sobre la mesa comiéndosela con los ojos. —¿Quieres que te lo demuestre?

Se puso como un tomate y le pegó una patada bajo la mesa haciéndole gemir de dolor. —¡No,

gracias!

—Nena…

—¿Cómo se te ocurre avergonzarme ante tus hermanos? —Se levantó dejándole con la palabra en la boca. —¡Imbécil! —Se alejó hacia la oficina y cerró de un portazo.

—¿Qué he hecho?

—Que complicadas son las mujeres —dijo Derren.

Capítulo 12

El viernes estaba deseando ir a tomarse algo con su mejor amiga porque estaba agotada de huir de Keigan, que cada vez estaba más insistente sin importarle quien estaba delante, y además el trabajo cada vez se complicaba más. Como estaba harta de estar en vaqueros se puso un vestido rosa con sus rizos sueltos y se maquilló ligeramente enfatizando sus labios con un rosa fuerte. Entró en el Sun y sus sandalias pisaron unas cáscaras de cacahuete. Igual tendría que haberse puesto las botas. Estaba lleno de gente. Al parecer los obreros habían encontrado el sitio y se habían apropiado de él. Pasando entre ellos forzaba una sonrisa cuando la saludaban y le decían que si quería una cerveza. —¡He quedado! —dijo lo bastante alto para que no la invitaran más. Al ver a July casi chilla de la alegría y a toda prisa se acercó a ella que estaba en la esquina como si estuviera acorralada. El alivio en sus ojos fue evidente—. Lo siento. Me he retrasado.

—No teníamos que haber quedado aquí. Ya he perdido la cuenta de las veces que me han pedido bailar. La mitad ya están borrachos. Vámonos —dijo incómoda temiendo problemas.

—No son peligrosos. ¡Tim una cerveza!

—¿Te das cuenta de que somos las únicas mujeres que hay aquí? ¿Dónde están los del pueblo?

Ella miró a su alrededor frunciendo el ceño. Pues era verdad. ¿Qué estaba pasando allí? Tim se acercó con la cerveza. —¿Dónde está la gente?

—¿No te has enterado y trabajan para ti?

—¿Qué ha pasado?

—Pues que ayer hubo lío en el aparcamiento. La mujer del alcalde estuvo aquí con unas amigas y estos se pasaron. Debieron irse de la lengua porque vinieron varios maridos y hubo movida en el aparcamiento. El alcalde ha perdido dos dientes.

—¡No!

—Así que hoy no creo que venga nadie del pueblo. No quieren líos. —Miró hacia la puerta. —Y los va a haber… Niñas, os adoro, ¿pero por qué no os vais?

Amelia miró hacia la puerta y gruñó al ver a Keigan con una camiseta blanca que enfatizaba su moreno. Pasó entre los hombres seguido de sus hermanos. —No va a pasar nada. No son tontos y trabajan para nosotros.

Keigan se acercó a ellas. —Nena, menudo modelito.

—¿Nena? —preguntó su amiga pasmada mientras se sentaba a su lado.

—Se cree que porque trabajo con él podemos llegar a algo.

—¿No me digas?

—Le he pedido matrimonio —dijo él mientras sus hermanos se reían por lo bajo.

Amelia le fulminó con la mirada. —¿Por qué no lo anuncias el domingo en la iglesia?

—Buena idea, nena. Así espanto a los moscones.

—¿Matrimonio? —July estaba pasmada. —Sí que tienes mucho que contarme.

—Es que era muy largo de contar.

—En resumen, vete buscando vestido de dama de honor porque nos casamos antes que tú.

—No le hagas caso. No nos vamos a casar.

—¿No? —Parecía que su amiga lo dudaba.

—No. Mañana salgo con Roy.

—Con Roy.

—¿Ves, preciosa? Ni tu amiga se lo cree. Deja de hacerte de rogar…

—No me hago de rogar —siseó.

Él sonrió y miró a Tim que se acercó con unas cervezas. —¿Qué ha pasado, amigo? ¿Tengo que hablar con su jefe?

—No sé lo que dirá el alcalde de eso, pero por mí no te molestes.

Keigan sonrió. —Sí, ya me he enterado de que tiene que visitar al dentista.

—¿Te hace gracia? —preguntó mosqueada.

Él la miró. —¿Qué?

—¿Que si te hace gracia que haya perdido dos dientes? —preguntó bien alto haciendo que varios les miraran.

—No, claro que no.

Mosqueada entrecerró los ojos. —Me estás mintiendo.

—Nena, me da igual —dijo a toda prisa.

—Sí, seguro. —Molesta se giró dándole la espalda y él puso los ojos en blanco.

—No me importa, Amelia.

—Estoy en mi tiempo libre, ¿te importa dejar que me divierta con mi amiga?

July y ella se miraron mientras él apretaba los labios. July se acercó. —¿Te vas a casar?

—Está muy pesado con el tema. Y no, no me voy a casar porque es un aprovechado y un caradura.

—Nena, que te he oído. Estoy a tu lado.

—¡Pues aléjate!

—Vamos a una mesa —dijo su amiga impaciente por enterarse de todo.

Se bajaron de los taburetes con sus cervezas en la mano y al pasar entre los hombres algunos les sonrieron como bobos. Rechazaron bailar y fueron hasta una mesa que estaba al fondo. Aliviadas se sentaron y July gruñó. —Me han tocado el culo dos veces.

—¿De veras? ¿Quién ha sido? —preguntó mosqueada.

—¿Y yo qué sé? Al grano, cuéntamelo todo.

Abrió la boca para empezar a despotricar de Keigan cuando vio por el rabillo del ojo que se sentaba en la mesa de al lado. Giró la cabeza de golpe. —¡Esto ya es acoso!

—Estás muy pesada.

—¿Pesada yo? —preguntó pasmada.

—Déjale —dijo su amiga cogiéndola del brazo—. Si hablas bajo no se enterará.

Apoyó los codos sobre la mesa y dijo —Pues verás…

Los hermanos solo veían la cara de July y era suficiente porque no hacía más que exclamar —¡No! ¡Tendrá cara! ¡Encima! No, claro que no, tienes la razón.

—Hermano, si buscabas una aliada te ha salido el tiro por la culata —dijo Derren divertido.

—Qué manera más burda de pedir matrimonio —dijo July con rencor.

—Te están poniendo fino. —Colter bebió de su cerveza. —Cuando se levante de ahí va a estar aún más convencida de que está haciendo lo correcto. Y eso que tienes a los suegros de tu parte.

—Los tenía.

—Vamos, los sigues teniendo. Te adoran.

—Será cabrito —dijo July indignada.

—Sí, te está poniendo fino —dijo Derren a punto de reírse.

De repente Amelia se volvió. —¿Y Shine?

—En casa de tus padres con tu hermana.

—Ah…

Se volvió de nuevo y Keigan sonrió. —¿Ves cómo le importo?

—Le importa Shine —dijo Colter antes de meterse un cacahuete en la boca—. En este momento tú le importas un pito.

—¿Quieres apostar?

—¿Qué estás pensando, hermano?

—Observa. —Con la botella en la mano golpeó el canto de la mesa y esta se rompió.

Amelia se volvió de golpe y se levantó en un visto y no visto. —Te has cortado.

—No es nada, nena —dijo mirándose la mano como si le doliera horrores.

Preocupada dijo —Déjame ver. —Abrió la palma de la mano para mostrar dos cristales incrustados.

—Joder hermano, qué huevos tienes —dijo Colter. Él le miró como si quisiera pegarle una patada en la boca—. Ni te quejas de dolor.

Amelia se mordió el labio inferior cogiendo uno de los cristales para tirar de él. —Tenemos que ir al médico. —Sin preocuparse de que una gota de sangre había manchado su vestido sacó el otro cristal. —Puede haber otro dentro. —Miró a sus hermanos y gritó —¿Queréis mover el culo y traer algo para cubrir la herida?

Se levantaron a toda pastilla y Keigan sonrió. —No es nada.

Colter le pasó unas servilletas y se las puso encima. —Vamos que el doctor estará en casa. Aquí no está, así que está en casa.

Keigan se levantó. —Quédate con tu amiga.

—No, si yo ya me voy. —Le guiñó un ojo a Keigan demostrando que sí tenía una aliada.

—Vamos, que estás sangrando mucho. ¡Más servilletas!

Derren le dio otro puñado y después de colocarlas con mucho cuidado sobre la herida tiró de su brazo hacia la puerta. —¿Queréis quitaros del medio? —gritó furiosa.

Cuando llegaron al aparcamiento ella se acercó a su ranchera y fue a abrir la puerta del copiloto a toda prisa, pero estaba cerrada. Corrió de nuevo hasta él y metió las manos en el bolsillo de sus vaqueros para sacar las llaves. —Aquí están.

—Ajá... —dijo antes de carraspear.

Abrió la camioneta con el mando y abrió la puerta. —Vamos, ¿a qué esperas? —Regresó y cogió su brazo como si fuera un inútil llevándole hasta su asiento. Él reprimió una sonrisa viéndola a través de la luna delantera correr hasta la puerta del conductor. En cuanto se sentó a su lado sonrió. —Enseguida llegamos.

Salió de allí quemando yanta y los hermanos con la boca abierta se miraron el uno al otro. —¡Le ha dejado la camioneta! ¡A ella! ¡Y conduce como una loca! —exclamó Derren indignado.

—¿Te preocupa eso? No tenemos en qué volver a casa.

July levantó las llaves. —Chicos os llevaría, pero… Este cerdo me puso los cuernos. —Sonrió radiante. —Además a mi prometido no le gustaría. Lo entendéis, ¿no? Que paséis buena noche.

Mientras su coche salía del aparcamiento Colter dijo —¿Nos emborrachamos? Así el sheriff nos llevará a casa.

—Es una idea estupenda.

Frenó la camioneta ante el rancho y miró de reojo a Keigan algo avergonzada porque había montado todo un drama por dos heridas de nada. Y no lo decía ella lo había dicho el médico después de sacarle de la cama a gritos como si se estuviera desangrando. Encima Keigan le había dado la razón al pobre hombre porque ya le había dicho a ella que no era nada, pero que como le quería tanto se había preocupado. Ahí casi se muere de la vergüenza y decidió quedarse muda, pero el médico sonrió interrogando a Keigan sobre su relación. Y el muy capullo no se cortó en decir que le había pedido matrimonio y que se casarían pronto. Es que ni sabía cómo replicarle después del numerito que había montado. Ni había necesitado puntos. El muy capullo estaba de lo más satisfecho de sí mismo. Afortunadamente ya habían llegado al rancho y le perdería de vista hasta el lunes. —Bueno, ya estás aquí.

—¿No quieres asegurarte de que puedo desvestirme? —preguntó a punto de reírse.

—No tiene gracia.

—Eso mismo dijo el médico cuando le sacaste a rastras de la cama. El día que me dé un infarto no sé qué vas a hacer.

—No digas esas cosas —dijo cabreada.

—¿Por qué, nena? ¿Temes que me muera? ¿Temes perderme?

Se acercó peligrosamente poniéndola muy nerviosa, así que se inclinó hacia atrás con los ojos como platos. Él se acercó aún más. —¿Temes no verme más?

Miró sus labios sin poder evitarlo. —No, porque me muero por perderte de vista. Baja de la ranchera.

—Es mi ranchera.

Parpadeó. —¿Qué has dicho?

Antes de que se diera cuenta él quitó las llaves del contacto y Amelia jadeó indignada. —¿Qué haces?

—Me voy a la cama. —Salió de la ranchera y subió los escalones.

—¡Keigan son veinte kilómetros hasta mi casa!

—¿Acaso he dicho que te vayas? —Entró en la casa dejándola con la boca abierta. Menuda cara tenía. Entrecerró los ojos y se bajó del vehículo para ir hasta la camioneta de Colter. Abrió la puerta que como se imaginaba estaba abierta y metió la cabeza para ver que tenía las llaves puestas. —Capullo prepotente. —Se subió y arrancó la camioneta.

Keigan salió sin camisa de la casa y sorprendido vio como pasaba ante él y le hacía un dedo. Él sonrió mientras se alejaba. —No voy a rendirme, nena.

La imagen de Keigan sin camisa no la dejó dormir en toda la noche y eso que ya le había visto antes, pero saber que se había quitado la camisa para hacerle el amor la excitó tanto que cada vez que cerraba los ojos soñaba con sus besos y se despertaba sobresaltada empapada en sudor.

Frustrada se levantó de la cama a las siete de la mañana y preparó el desayuno para su familia por hacer algo. Su hermana se levantó excitadísima por el baile de esa noche y no dejaba de parlotear sobre cómo sería o si su pareja llegaría a tiempo. Hablaba de su madre como si fuera su suegra y su padre no hacía más que gruñir como si aquello no le gustara un pelo. Seguro que Keigan estaba igual. ¿Quieres dejar de pensar en él al menos unos minutos? Decidió mantenerse ocupada y fue con su madre a la tienda para ayudarla a limpiar y recolocar la colección para ser más atractiva para las clientas. Sorprendentemente la tienda recibió muchas clientas porque se

morían por saber si lo que iba diciendo el médico era cierto. ¿Se casaba con el mayor de los Bansley? Mirando de reojo a su madre ya no sabía ni qué decir porque si luego se casaba iba a quedar fatal, pero si decía que puede quedaría fatal porque esa noche salía con Roy. En menudo lío se estaba metiendo. —Él insiste mucho —decía una y otra vez sin meterse en detalles.

A la hora de la comida Lisa entre sus dos hijas la miraba de reojo. —Suéltalo de una vez, mamá.

—Quizás deberías llamar a Roy para cancelar lo de hoy.

—¡No! No puede hacer eso. ¡Shine no podrá ir al baile si ella no va! —exclamó su hermana.

—Mamá, ha contratado una limusina y todo. ¿Cómo voy a llamarle para decirle…?

En ese momento sonó su móvil y se levantó para cogerlo de su bolso. Al ver que era el teléfono del rancho frunció el ceño contestando molesta —¿Quién es?

—Menuda manera de contestar el teléfono —dijo Derren irónico.

Suspiró del alivio porque fuera él. —¿Qué pasa ahora?

Carraspeó como si estuviera incómodo. —Shine necesita hablar contigo.

—¿Y por qué no me llama ella?

—Está llorando y no quería llamarte.

Preocupada miró de reojo a su hermana que se levantó de la silla. —¿Qué ha pasado?

—No sabe cómo peinarse. Dice que todas irán de peluquería y ella no nos dijo nada porque no pusiéramos peros. Dice que no puede hacerse una coleta como siempre.

—Voy para allá.

—Pero…

Colgó el teléfono y dijo —Cindy, coge plancha, maquillaje, unos rulos y laca que nos vamos al rancho.

Su hermana pegó un chillidito corriendo fuera de la cocina.

—¿Problemas, hija? —preguntó Lisa.

—Nada que no pueda solucionar.

—Es que es una niña viviendo entre hombres… A veces se tiene que sentir perdida.

Apretó los labios asintiendo y se preguntó si esa era otra de las razones para que Keigan quisiera casarse. —Es un buen hombre, cielo —dijo Bill sonriendo con tristeza—. ¿Crees que encontrarás alguien mejor o que altere tu corazón como lo hace él?

Se le cortó el aliento mirando sus ojos. —No.

—¿Pues a qué esperas, hija?

—Pues tienes razón. —Se volvió y cogió su bolso. —¿Cindy?

—¡Ya voy!

En cuanto llegaron al rancho Shine salió al porche y sonrió. Sus preciosos ojos verdes estaban enrojecidos demostrando que había estado llorando y cuando llegó al porche la cogió por los hombros abrazándola. —Tenías que haberme llamado.

—Gracias por venir.

—Vamos a ponernos monas que nos vamos de baile —dijo Cindy excitadísima.

Al apartarse de Shine la besó en la mejilla y sonrió. —Subid vosotras que voy ahora.

Entraron en la casa a toda prisa y Derren salió en ese momento. —Gracias por venir. No sabía qué hacer.

—¿Estás solo?

—Estaba planchando. Mis hermanos estarán al llegar.

—¿Planchando? —preguntó atónita y más porque lo reconociera.

—Sí, ¿qué pasa?

Se echó a reír. —Increíble.

—Shine tiene poca ropa —dijo molesto.

Sonrió. —Me parece estupendo, ¿sabes? Lo estáis haciendo muy bien.

Se sonrojó ligeramente. —¿Eso crees?

—La amáis por encima de todo y eso es lo importante.

—Gracias. Lo de esos rumores nos pusieron algo nerviosos.

—Pues no tenéis por qué. Cualquiera en el pueblo diría lo que os desvivís por ella.

Derren hizo una mueca. —Le gustabas de antes, ¿sabes?

—¿Qué?

—Sabíamos que se moría por ti, pero no se decidía y vimos nuestra oportunidad en que se lanzara diciéndole que si tuviera esposa ya no tendríamos problemas si venía servicios sociales.

—¿Le gustaba?

—¿Que si le gustabas? Si le hubieras mirado te hubieras dado cuenta de que no te quitaba la vista de encima. ¿Por qué crees que nos dimos cuenta nosotros?

—No le miraba porque no pensara…

—Que no le habías olvidado.

Avergonzada susurró —Sí.

—Pues creo que todo esto ha sido para bien. Deja de torturarle, ¿quieres? Puede que no sepa como decírtelo, pero le importas mucho más de lo que crees.

Ella se sonrojó de gusto, pero de repente frunció la naricilla gritando —¡Cindy no estarás planchándole el pelo! ¡Huele a quemado!

—¡Joder, la camisa!

Derren entró en la casa a toda prisa y ella corrió tras él hasta la cocina para ver el humo que salía de una camisa blanca. —¡Mierda, Colter me va a matar, es la que se pone los domingos! —exclamó levantando la plancha.

Soltó una risita. —Dile que te distraje.

—No colará —dijo mirando el triángulo negro que le había hecho en la espalda—. Bah, con la chaqueta puesta eso ahí no se nota.

Divertida fue hacia la escalera. —¡Chicas, allá voy! ¿Preparadas para pasarlo bien?

Capítulo 13

Con los rulos puestos y ya maquillada salió de la habitación con la bolsa en la mano. —No te toques las uñas, cielo. O se estropearán.

—Vale.

—Te vemos allí. Cindy date prisa que aún tenemos que vestirnos.

Se volvió y casi se choca con Keigan que sonrió al verla. —Hola preciosa.

—Tengo prisa, no me entretengas.

—¿Impaciente por tu cita? —preguntó con mala leche.

Se detuvo en medio del pasillo y se volvió para mirarle. —No te estoy traicionando.

—¿No? —Dio un paso hacia ella. —¿No, nena? ¿Entonces por qué esos preciosos ojos muestran arrepentimiento?

Dejó salir el aire que estaba conteniendo. —En cuanto recojas a Shine me voy, ¿vale?

—¿A casa?

—¡Claro que a casa!

—Y ni un beso. Como me entere le parto los dientes.

—Ni un beso, pesado.

La cogió por la cintura pegándola a su pecho y por primera vez deseó quedarse con él. Keigan sonrió. —Pásatelo bien, preciosa. —Se agachó y besó suavemente sus labios. Amelia cerró los ojos permitiéndose disfrutar de lo que le hacía sentir. Cuando él se apartó suspiró apoyando su frente en la suya. —Piensa en mí.

Sonrió dando un paso atrás y él la soltó a regañadientes. Mirándole fue hasta las escaleras y gritó —¡Cindy, te dejo aquí!

Cindy salió de la habitación a toda prisa. Él la miró atónito. —¿Vas maquillada? —Intentó mirar a su hermana, pero esta cerró la puerta de golpe. —¡Amelia!

—¡Es tan ligero que ni se nota, pesado!

—¡Vuelve aquí!

—¡Ja! ¡Y no le digas nada que le fastidias la noche!

—¡Amelia!

—¡Te veo mañana en misa, cielo!

Timmy estaba de los nervios como si fuera a casarse en cualquier momento y se sacó la foto con Cindy mientras Lisa emocionada estaba a punto de soltar una lagrimita. Estaba preciosa con su top azul a juego con su voluminosa falda estilo años ochenta y sus rizos recogidos en lo alto de la cabeza.

—¿Nos vamos? —preguntó la madre de Timmy que también había hecho un montón de fotos.

El chico cogió de la mano a su hermana y emocionada se llevó la mano al pecho mientras se miraban tímidamente antes de sonreír siguiendo a la señora Martin que les llevaría al baile en su coche.

Nerviosa les miró desde la ventana y cuando se fueron se enderezó llevándose la mano al vientre alisando el satén de su vestido. Fue hasta el espejo del hall y se miró crítica. Se volvió

mostrando la espalda casi desnuda pues solo estaba cubierta por dos tirantes que se cruzaban sujetando el vestido verde esmeralda de satén que cubría su cuerpo. Su cabello estaba recogido a un lado de su cabeza dejando caer en hondas su largo cabello rubio. Estaba mona. Aunque igual no tenía que haberse esforzado tanto para dejarle. No era muy lógico. Se pasó la barra de labios por su grueso labio inferior y su padre dijo desde el salón —¡Ya está aquí!

Histérica apartó la cortina para dejar caer la mandíbula porque no era una limusina, era un coche de caballos. —Pero qué… —Divertida cogió su bolso de mano y salió al porche cuando la puerta del carruaje se abrió y Keigan descendió vestido de esmoquin. Impresionada bajó un escalón. —¿Qué haces aquí?

Se acercó a ella sonriendo y cogió su mano. Dios, estaba realmente guapo y atontada dejó que la llevara hasta la puerta del coche. —No podía dejar pasar la oportunidad de ir al baile de fin de curso contigo, nena.

—Pero…

—No te preocupes por Roy. Lo hemos hablado y lo ha entendido. —La besó en los labios. —¿Vamos al baile?

—¿Lo ha entendido?

—Después de los rumores de boda y de que le dijera que me querías no le ha quedado más remedio.

Bueno, no iba a quejarse cuando le había ahorrado tener que dar excusas para dejarlo. Sin poder evitarlo sonrió. —¿Nos vamos al baile?

—Sí, nena. Como querías hace cinco años.

Emocionada le abrazó por el cuello y él la elevó. —Estás muy guapo.

—Tú estás tan preciosa que me robas el aliento… —dijo mirándola tan intensamente que parecía que quería comérsela.

Un flash la hizo reír y se volvió hacia sus padres que estaban en el porche. Él la dejó en el suelo cogiéndola por la cintura y posaron de muchas maneras. La besó en la sien y susurró —Al menos han hecho cincuenta.

Se echó a reír y se despidió con la mano mientras su madre no dejaba de sacar fotos. Keigan la ayudó a subir al coche de caballos y sentándose soltó una risita al ver una botella de champán. —¿Celebramos algo?

—Lo celebramos todo. —Le dio una copa y cogió la botella abriéndola con destreza. Se la llenó hasta la mitad antes de hacer lo mismo con la otra. —Por nuestra noche —dijo mirándola a los ojos.

—Por nuestra noche. —Chocaron sus copas y Amelia dio un sorbo. —¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha prestado el señor Higgins.

—¿Es del señor Higgins?

—Se casó con él.

—Bueno, tiene sentido, tiene casi cien años.

Él sonrió. —Pues lo sigue cuidando cada semana. Como le ocurra algo me mata. Dicho por él.

—Es precioso —dijo mirando la pulida madera. Al mirar el techo se le cortó el aliento porque tenía terciopelo en color borgoña. Al volver la vista hacia él se sonrojó por cómo la observaba—. Todos dicen que los Higgins fueron muy felices. Les dio suerte.

—Dicen que la suerte se busca. Creo que conoció a su mujer y no dejó pasar la oportunidad.

Como voy a hacer yo.

—Pareces muy seguro.

—Y tú no. ¿Eso me quieres decir?

—Temo que en realidad no sea lo que quieres. Si no hubiera sido por Shine…

—No hablemos de eso esta noche, nena. No discutamos. ¿Por qué no te olvidas de todo y simplemente disfrutas de esta noche juntos?

Tenía razón. No servía de nada escarbar en el pasado. —¿Vamos a bailar?

—Vamos a hacer muchas cosas.

Se puso como un tomate. —Ah, no…

Él se echó a reír y en ese momento el coche se detuvo. —Ya hemos llegado.

—Jefe tengo que parar aquí. Hay muchos coches y el caballo se pone nervioso.

—Vamos. —Cogió su copa dejándola en la cubitera y salió del carruaje extendiendo la mano. Se sintió como si estuviera en otra época y en cuanto salió del coche cogió su brazo. —¿Podrás bailar con esos zapatos, nena?

—Espera y verás, Bansley.

Los chavales les miraban como si hubieran perdido un tornillo porque el resto de los padres estaban repartidos por el gimnasio, pero ellos no habían dejado de bailar desde que habían llegado.

Cuando empezó la última de Justin Bieber, Amelia sonrió diciéndole algo y las chicas vieron como ambos salían de la pista para ir a beber un ponche. —Menos mal —dijo Cindy exasperada.

—Pues yo estoy encantada. Mi hermano no me ha mirado ni una sola vez. Cuando le vi vestido de esmoquin casi me da algo, pero cuando apareció Freddy le dijo las palabras de rigor y nos dejó irnos. —Se acercó para decir —Creo que estaba nervioso por la sorpresa.

Cindy hizo una mueca. —Mi hermana ya ha caído. ¿Te vas a quedar así o pasas al siguiente?

—Primero me voy a asegurar de que llegan al altar, que nunca se sabe. Además mis hermanos se van a ir de casa, así que la presión será menor.

—Pues también tienes razón.

La señorita Hugges pasó ante ellas y les guiñó un ojo. —Estáis preciosas.

—Gracias —dijeron a coro encantadas.

Cindy la miró a los ojos maliciosa. —Es perfecta. La profe más maja que hay en el instituto.

—Es un poco más mayor que Amelia, ¿no?

—Solo dos años.

—¿Qué tramáis?

Se volvieron de golpe para ver a Amelia de la mano de Keigan. —Nada —dijo Cindy resuelta —. ¿Lo pasáis bien?

—Sí. ¿Y vosotras? ¿Dónde están vuestras parejas?

Ambas chasquearon la lengua y Shine dijo —En cuanto llegamos se han ido con sus amigos. —Señaló un grupo de chicos que parecían aburridos como ostras. —Al parecer les da vergüenza bailar.

Miraron hacia los que bailaban y era cierto que solo había tres parejas en la pista. Y estaban algo avergonzados.

—¿Ves como son muy jóvenes para esto? —Keigan bebió de su ponche y puso cara de asco. —Por Dios, está malísimo.

—Bienvenido a la secundaria —dijo su hermana con ironía.

Divertido miró a su hermana que estaba preciosa con un vaporoso vestido blanco de tirantes. —¿Bailas conmigo, princesa?

Shine se echó a reír. —Claro.

Le dio el vaso de plástico a Amelia y ambas vieron cómo iban hacia la pista. Shine estaba encantada y Keigan gritó al disc-jockey —¡Eh tú, pon algo para bailar de verdad!

El chaval sonrió deteniendo la canción y todos murmuraron mientras Shine se ponía como un tomate. —Sí, tiene mucho tacto —dijo divertida antes de beber del vaso de Keigan.

Empezó a sonar la canción de Dirty Dancing "Time of my life" y ambas hermanas se echaron a reír. —A ver cómo salen de esta —dijo Cindy.

Pero para sorpresa de todos Keigan hizo unos pasos de baile que a Shine no le costó seguir. Es más, la cogió por la cintura elevándola como todo un profesional. —Madre mía, necesito ir a clases.

Su hermana se echó a reír y cuando el baile terminó no la subió sobre su cabeza, pero aun así todo el mundo aplaudió.

—¿De veras vas a dejar que nos deje tan mal? —Cindy salió corriendo hasta donde estaba el disc-jockey y este asintió haciéndola gemir. Cuando empezó a sonar la canción de Footloose gritó levantando el brazo como la mitad del público y tirando el vaso a un lado fue bailando hasta la pista llegando hasta su hermana. Chocaron ambas manos antes de empezar a mover los pies al ritmo de la música haciendo el baile al estilo country. Varias niñas se pusieron detrás siguiéndolas y riendo. A mitad del baile incluso se habían unido varios profesores y mirando a Keigan le guiñó un ojo haciéndole reír. Terminó agotada, pero riendo aplaudió como todos los demás y se acercó a ellos. —Chúpate esa, Bansley.

Keigan se echó a reír y la cogió por la cintura pegándola a él. —Me has impresionado.

—Lo se.

—Esas manos, Bansley —dijo la directora muy seria pasando a su lado.

Él carraspeó apartándose prudentemente. —Por supuesto, señora Sheldon. ¿Nos vamos, nena?

—No son las doce.

—Ahora que hemos animado esto ya podemos irnos —dijo prometiéndole mil cosas con los ojos.

Apoyó la mano en su pecho acariciando uno de sus botones. —¿Y las chicas?

—Aquí están muy seguras. —Tiró de ella hacia fuera y Amelia riendo se despidió con la mano.

Cindy levantó una ceja. —Van a hacer un sobrinito.

—Será sobrinita. —De repente se miraron asombradas. —¡Seremos tías! —chillaron de la alegría abrazándose.

La señorita Hugges riendo salió de la pista y ambas la vieron acercarse a uno de los chicos más tímidos y sacarlo a bailar. —Es perfecta para Colter. Abierta, simpática, inteligente… No es tan guapa como mi hermana, pero no está mal. Es llamativa con ese cabello pelirrojo y esos ojos color miel.

—Dame un respiro, amiga —dijo Shine—. Igual el curso que viene, tenemos mucho por vivir aún.

—Una boda y niños —Cindy estaba muy excitada.

—Todo un verano sin hacer nada…

—Igual nos aburrimos.

—Tranquila que Amelia nos tendrá entretenidas. Además, Lorna se va de voluntaria a Angola, así que habrá que esperar.

—Cierto, esperaremos. ¿Y para Derren? ¿Ya lo has pensado?

—Ese es el más difícil. No está muy centrado, todo se lo toma a risa.

—Es una pena que July se case en cuatro meses. Me parece perfecta para él.

—¿July? ¿La amiga de Amelia? Si le odia. Le lanza puñales cada vez que se lo encuentra.

—¿Sabes todo lo que le tuvo que querer para que le odie tanto? Tienes en Amelia un ejemplo claro, amiga.

Entrecerró los ojos. —Suspender una boda.

—Ya tenemos entretenimiento para el verano.

—Déjame darle una vuelta, que no lo veo claro. Es un poco fuerte suspender una boda.

—¿Aunque sea lo correcto?

Al salir la sorprendió cuando la llevó hasta su ranchera negra que estaba en el aparcamiento. —¿Y el coche de caballos?

—Nena, no vamos a ir por la carretera general con él —dijo divertido—. No tiene faros.

—¿Carretera general? Vivo a tres calles de aquí.

—Nena, sube o te subo.

—Eso ha sido muy poco romántico, Bansley. —Se subió al coche encantada demostrando que le importaba poco. Él se sentó a su lado y le robó un beso. Cuando arrancó el motor ella dijo —¿Vas a hacerme el amor?

—Voy a hacerte mil cosas. —Alargó la mano y tocó su muslo por encima del satén. Estoy deseando quitarte ese vestido.

—Pues no hay mucho más que quitar. —Queriendo provocarle y más excitada que en toda su vida, cogió su mano y la deslizó hasta su entrepierna. —Se marcaba.

—Joder…—Él la acarició haciéndola gemir. —Estás depilada.

—¿No te gusta? —preguntó alargando su mano y tocándole el muslo. Él casi saltó en su asiento dando un volantazo. —Nena, no hagas eso que… —Intentó quitarse la pajarita con una sola mano. —Joder…

—¿Te ayudo? —Sin esperar respuesta cogió el lazo y tiró de él lentamente con ganas de comérselo entero. Ahora que se había lanzado no pensaba reprimirse. —Tienes calor con tanta ropa, claro. —Empezó a desabrochar los botones y no pudo evitar meter la mano por dentro de su camisa para acariciar su pectoral. —Me moría por hacer esto —dijo antes de agacharse y besar el centro de su pecho.

—Nena… Que así no llegamos —dijo con la respiración agitada.

—Pues para. —Sus labios llegaron hasta su cuello y lo besó acariciando con su nariz el lóbulo de su oreja. —Que bien hueles.

—Esto no me lo esperaba y…

Se apartó para mirarle. —¿Ah, no? Pero si has dicho…

—¡Creía que te resistirías más! ¿Puedes dejar las manos quietas hasta llegar a casa?

Jadeó indignada enderezándose en su asiento. —¿Te estás oyendo? —Entrecerró los ojos. —Tú no me estarás vacilando, ¿no?

—¡Te aseguro que en cuanto apague el motor del coche soy todo tuyo! ¡Pero si me haces eso no puedo ni pensar!

—Estás rompiendo toda la magia.

Él gruñó diciendo por lo bajo —Tenía que haber alquilado una casa en el pueblo.

—Para que se entere todo el mundo.

—¡Nena, ya lo sabe todo el mundo! ¡Nos acaban de ver en el instituto! —Se sonrojó. —¡Y además qué te importa si vamos a casarnos!

—¿Me estás gritando? —No salía de su asombro. —¿Me rechazas y me gritas?

—Nena, me estás poniendo muy nervioso. ¡Vamos a hacer el amor, pero en casa!

—Da la vuelta.

—Ah, no.

—Que des la vuelta porque…—Al mirar hacia la carretera vio la estela en el horizonte y se adelantó para ver mejor. —Cielo, ¿eso es humo?

—¡Joder! —Aceleró lo que pudo. —Nena, llama a los bomberos.

A toda prisa cogió su móvil del bolsito que llevaba y Keigan entró en la carretera del rancho mientras ella pedía ayuda. —Ah…

—¿Qué? ¿Qué te dicen?

—Cielo, frena que no es el rancho. Es la casa de Milton Peters que está al norte de tus tierras.

Suspiró del alivio bajando la velocidad.

—Gracias, es que después de lo ocurrido nos hemos asustado. Sí, gracias. —Colgó el teléfono. —Dice que la casa de Milton ya está controlada, que no te preocupes por tus tierras.

Entonces llegaron al rancho y a Amelia se le cortó el aliento al ver los dos hermosos jarrones a cada lado de la puerta llenos de rosas blancas. —Cielo…

—Era una sorpresa por eso mi prisa por llegar a casa. Feliz cumpleaños, preciosa.

Emocionada se volvió para mirarle. —¿Son para mí?

—Y hay mucho más.

Se bajó del coche y lo rodeó para abrir su puerta cogiendo su mano para ayudarla a bajar. Pasaron entre los jarrones y él abrió la puerta para mostrar los pétalos subiendo por la escalera. —Keigan…

—Ven preciosa.

Subieron las escaleras y él giró a la derecha donde también había pétalos hasta la habitación del fondo. —Esa es mi habitación. Será nuestra habitación. —Empujó la puerta y Amelia perdió el aliento al ver cientos de velas de distintos tamaños encendidas y varios jarrones de rosas blancas alrededor de la cama. Amelia soltó una risita. —Ahora entiendo por qué creías que se había quemado la casa.

—Derren tenía que encenderlas e irse a las doce en punto.

—¿Y dónde están?

—Recogerán a Shine y pasarán la noche en tu casa.

Se le cortó el aliento. —¿Mis padres están de acuerdo?

—Tus padres están deseando que sea su yerno. —Cogió sus manos y tiró de ella hacia el centro de la habitación. —Ven preciosa, tienes que abrir tu regalo.

Abrumada porque no se esperaba nada de eso ni sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas y Keigan mirándola se agachó arrodillando una pierna. —Pero antes quiero hacerte una pregunta.

—Dios mío…

—Tomé una decisión que puede que fuera equivocada y pasaron los años sin querer

reconocerlo, pero eso no puedo cambiarlo. Así que no voy a hablar del pasado. Quiero hablar del futuro porque desde que trabajas aquí cada vez que te vas a casa estoy deseando que amanezca para verte de nuevo. Me has demostrado lo maravillosa que eres y cada día a tu lado me sorprendes más. Algo en mi interior grita que te necesita y no quiero estar más tiempo separado de ti, por eso… —Metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó un precioso anillo con cinco diamantes rodeando el aro. —Te ofrezco este anillo. Un diamante por cada año separados, uno por cada año en que te hice daño. Di que me perdonas y que te casarás conmigo, nena.

—Sí. —Sollozó emocionada. —Me casaré contigo.

Keigan sonrió poniéndole el anillo y se levantó para cogerla de la cintura pegándola a su pecho. —¿Y?

Le miró a los ojos demostrando su amor. —Te amo.

Mirandola posesivo atrapó sus labios y Amelia acarició sus brazos hasta llegar a sus hombros poniéndose de puntillas saboreando el momento. Keigan se quitó la chaqueta sin despegar sus labios y cuando cayó al suelo la cogió por la cintura pegándola a él ansioso. Cuando Amelia sintió su sexo endurecido en su vientre se puso de puntillas deseando más. Él subió su vestido poco a poco hasta dejar su trasero al descubierto y lo siguió subiendo lentamente haciendo que tuviera que apartar sus labios para elevar sus brazos. Se miraron a los ojos y su melena cayó sobre su hombro. —Suéltatelo.

Elevó sus brazos y quitó el prendedor que lo sujetaba haciendo que cayera por su espalda y él la miró desde su cabello suelto bajando por sus firmes pechos, pero no se quedó ahí porque siguió devorándola con la mirada. Keigan separó sus labios cuando sus ojos llegaron a su sexo y recorrió sus estilizadas piernas hasta sus pies cubiertos por las sandalias. Al ver las uñas pintadas de rojo gruñó. —Eres preciosa.

Se sonrojó y él la cogió por la nuca acercándola. —¿Estás nerviosa?

—Un poco, pero sé que es lo correcto. Es más por mí.

—Nena, solo tienes que decirme si algo no te gusta y lo dejaré.

No creía que hiciera nada que no le gustara. Él se apartó ligeramente y desabrochó uno de los botones que ella no había desabrochado. Amelia se mordió el labio inferior mirando su ombligo y ese vello negro que descendía hasta la cinturilla del pantalón. Elevó la vista por sus abdominales hasta sus fuertes pectorales mientras él se quitaba la camisa del todo y Amelia alargó la mano para acariciarle. Notó como a Keigan se le cortaba el aliento por su caricia y acercó sus labios mientras sus pantalones caían al suelo. Y Amelia animada porque podía tocarle todo lo que quería descendió lentamente. Keigan miró hacia abajo como si no se lo creyera, pero ella no se dio cuenta mirando los bóxer que todavía llevaba puestos. Sus manos acariciaron sus costados hasta llegar a ellos y los bajó lentamente hasta que cayeron en sus tobillos. Se quedó mirando su sexo durante varios segundos y Keigan carraspeó. —Nena, ¿vas a hacer algo más o…?

Pasó la lengua por él y Keigan saltó hacia atrás sorprendido, pero como tenía los pantalones aún en los tobillos cayó al suelo. De rodillas preguntó —¿Te he hecho daño?

—Hostia nena…—Su cara decía que le había dado la sorpresa de su vida. —¡No puedes hacer eso!

—¿No? —preguntó maliciosa.

—¡Por sorpresa no!

—Es que me apetecía.

—Joder… —Se quitó los zapatos a toda prisa y todo lo demás y cuando se levantó se agachó

para cogerla por la cintura como si fuera una muñeca pegándosela al pecho.

Amelia suspiró de gusto por el roce de su piel y sin saber cómo sus piernas rodearon su cintura. —No es que esté mal —dijo con la voz enronquecida—. Es que he estado a punto de correrme. —La tumbó en la cama y se puso encima. —Y quiero correrme dentro de ti y cuando lo hagas tú.

Esas palabras la marearon y fascinada cerró los ojos. —Esto es maravilloso.

—Pues no has visto nada, nena… —Besó su cuello haciendo que inclinara su cabeza hacia atrás y sus labios bajaron lentamente. Cuando llegó a su pecho lo acarició y sus labios rozaron su aureola antes de que chupara su pezón. Gritó arqueándose y Keigan apartando sus labios lo lamió como si quisiera calmarla antes de chupar de nuevo pasando la lengua por su pezón endurecido. Fue como si su vientre gritara pidiendo atención y sus piernas se tensaron alrededor de sus caderas empujando su pelvis contra él. Cuando su vello rozó su clítoris gritó de placer aferrándose a las almohadas. Keigan metió la mano entre ellos y rozó su sexo.

—Madre mía, madre mía… —dijo ella sin darse cuenta.

Metió un dedo en su interior y reclamó sus labios. Amelia se aferró a su cuello besándole como si le diera la vida. Una nueva caricia en su interior le hizo gemir en su boca y sintiendo que le faltaba el aire tuvo que apartarse. Keigan susurró en su oído —Estás lista, preciosa. —Se apartó para mirar su rostro y ella acarició su nuca. Su sexo rozó su entrada cortándole el aliento y entró en ella poco a poco. La presión aumentó provocando que algo se tensara alrededor de su miembro haciendo que él jurara por lo bajo. —Relájate nena…

—Es que…

Entró en ella de golpe y Amelia chilló. Con los ojos como platos le miró a la cara y él hizo una mueca. —Creí que era mejor abreviar.

—¿No me digas? —siseó. Le arreó un tortazo y Keigan levantó una ceja.

—¿En paz?

—Muévete que esto es muy incómodo.

—Espera, tienes que acostumbrarte. —Se movió bajo su cuerpo y su miembro salió un poco. Fue tan placentero que acarició su nuca mientras la llenaba de nuevo muy lentamente. —Eso es, nena. ¿Lo sientes? —Salió de su cuerpo y cuando entró de nuevo ella se aferró a sus hombros cerrando los ojos. Era maravilloso. Keigan la cogió por la nuca elevando su rostro y atrapó sus labios impaciente. Se abrazó a él y cuando abrió los ojos de nuevo estaba sobre su cuerpo. Besó su labio inferior y acarició sus pectorales sentándose sobre él. Siguiendo su instinto se elevó apoyándose en su pecho. Keigan la cogió por las caderas cuando se dejó caer sobre él lentamente. —Así… Déjate llevar.

Su necesidad aumentaba y clavó las uñas en su pecho acelerando el ritmo mientras se dejaba caer sobre él una y otra vez. Gimió de necesidad sintiendo como su miembro entraba en ella de nuevo y Keigan muy tenso se sentó de golpe para atrapar sus labios. —¿Necesitas más, nena?

—Sí.

Cogió sus manos y tiró de ellas hacia atrás provocando que se apoyara en las piernas de Keigan. —Apóyate con los pies —dijo él cogiéndola por las caderas. Ni sabía lo que hacía ni le importaba en ese momento, porque solo quería sentir. Cuando tiró de sus caderas hacia él llenándola totalmente gritó arqueando su cuello hacia atrás. En esa posición él la dominaba por completo llenándola con contundencia una y otra vez cuando él quería y como él quería. Y fue exquisito. Sus piernas temblaron en una de sus embestidas, así que la cogió por la cintura tumbándola en la cama. Entró en ella una última vez de tal manera que su alma voló mientras

todo estallaba a su alrededor.

Casi sin respiración acarició su cuello y sus hombros antes de que sus manos bajaran por su espalda hasta que llegaron a su duro trasero. Keigan apoyándose en sus codos se elevó para mirar su rostro y besó suavemente sus labios. —¿Estás bien?

—Por volver a vivir este momento a tu lado haría lo que fuera.

Keigan sonrió. —Solo tendrás que decir sí quiero.

Ansiosa dijo —Sí, quiero.

—Nena, es muy pronto. Si repetimos, mañana estarás dolorida.

Sin hacerle caso besó su mandíbula. —Sí quiero, sí quiero…

Capítulo 14

—No mamá, este no —dijo ella mirando la foto que le había enviado al móvil—. No quiero uno tan escotado. —Entrecerró los ojos. —¿Es trasparente?

—Tiene tanta pedrería que no se nota.

—¡Mamá, que no soy Cher!

—¿Me he pasado?

—No te desvíes del corte princesa y que sea algo sencillo. Sin pedrería —dijo borrando la foto.

—Pero hija, quedará muy soso.

—Prefiero ir sosa a que me confundan con una cabaretera. —Su madre jadeó. —Mamá tengo que trabajar. Tengo mil cosas que arreglar para la boda y…

—El vestido es lo principal. Solo tienes tres semanas, como no encuentres algo va a ser de risa. ¿Crees que alguien se va a fijar en las flores? ¡Mirarán el vestido y tiene que ser perfecto! ¡Si tienen que ajustártelo no hay tiempo!

Suspiró porque su prometido se lo había puesto muy difícil. Se había empeñado en que la boda fuera en un mes y casi no tenía tiempo para nada entre el negocio con China, las obras, la contabilidad y la boda. Estaba hasta arriba y empezaba a agobiarse cuando tenía que divertirse. Solo se casaba una vez. —Se acabó.

—¿Qué quieres decir?

Colgó el teléfono a su madre y salió de la oficina. —¡Keigan! —Su novio se volvió con un martillo en la mano. —¡Ven!

Tiró el martillo a un lado y levantó una ceja. —Nena, no te agobies.

—¿Que no me agobie?

Un tablón cayó al suelo y Keigan se detuvo para mirar hacia el establo antes de gritar —¡Cuidado, joder! ¡Casi le das a uno de mis hombres!

Frustrada se pasó la mano por la frente y una ligera brisa le dio en el rostro, así que levantó la cara para disfrutar de ella. El disparo la sobresaltó y ni se dio cuenta de que daba un paso hacia atrás. Keigan gritó tirándose sobre ella cayendo al interior de la oficina mientras otro disparo resonaba. Aturdida ni sabía lo que había pasado. Solo escuchaba los gritos fuera y varios disparos más. Keigan se apartó y le gritó —¿Estás bien?

Él levantó una mano y vio la sangre. Chilló sintiendo el resquemor en el brazo y se dio cuenta de que la sangre era suya. Keigan dijo —Tranquila, nena. No es nada.

—¡Me han disparado! ¿Quién ha sido? ¡A ese le voy a meter mil voltios por el culo!

Otro disparo la sobresaltó y Keigan se levantó para acercarse a la puerta. —¿Qué haces? —chilló de los nervios.

—Joder, viene hacia aquí y no estoy armado. —Cerró la puerta de golpe y un tiro la traspasó haciéndola gritar de miedo. Keigan la cogió por la cintura ayudándola a levantarse y se escondieron tras el escritorio. Vio su brazo lleno de sangre y la puerta se abrió de repente para después escuchar un portazo.

Keigan muy tenso la abrazó por los hombros intentando protegerla.

—Vaya, vaya…

La voz de un hombre la asustó porque no le sonaba de nada. —Qué suerte tengo que la

parejita está junta. —Un paso sobre la madera hizo que se aferrara a Keigan que la abrazó a él con fuerza. Ella vio su bolso y sacó la pistola eléctrica. Keigan entrecerró los ojos y vio una de las botellas de agua que tenía allí. La abrió a toda prisa echando agua por debajo del escritorio. Entendió enseguida lo que quería hacer y vio como el reguero de agua se acercaba a sus botas. —¿Te has meado de miedo, Bansley? Y no me extraña nada porque yo saldré de aquí con los pies por delante, pero no antes que tú, hijo de puta. Pero primero mataré a esa zorra que ha asesinado a mi hijo.

Agachada vio que el agua llegaba a sus botas de cowboy y rezó muerta de miedo para que no llevara suelas de goma.

—Nena, ya.

Ella pulsó el botón y vio como sus piernas temblaban. Keigan se levantó tumbando el escritorio y él tipo disparó antes de caer al suelo haciéndola gritar de miedo. Keigan se lanzó sobre él y le pegó un puñetazo antes de que se abriera la puerta de golpe. Colter entró con una escopeta en alto. —¡Hermano aparta!

Keigan se apartó y ella pudo ver su rostro. Se le cortó el aliento al ver al señor Braun. Y eso que parecía el más pacífico de su familia. —Dios mío. —Se tapó la boca de la impresión.

—Vas a pasar una buena temporada con tus hijos en prisión, cabrón —dijo Colter.

El hombre intentó coger el arma que tenía en la cintura y de repente levantó la mano sorprendido mostrando que una serpiente le había mordido. Gritó intentando quitársela y un disparo la sobresaltó gritando horrorizada cuando el hombre mostró que le faltaba la mano. Colter sonrió. —Reza porque el veneno no haya pasado de ahí. Puede que tengas suerte.

Al ver como gritaba de la impresión puso los ojos en blanco cayendo sobre Keigan que llegó a tiempo para agarrarla. Colter hizo una mueca. —Demasiadas emociones.

Abrió los ojos sobresaltada y se dio cuenta de que estaba tumbada en el sofá. Marni, la enfermera del doctor Carpenter, sonrió apartando algo que tenía en la mano. —Ya estás aquí.

El doctor estaba pasándole algo por el brazo. —Es un roce, pero puede que te quede una pequeña cicatriz.

—Está…

—Está muerto. No he llegado a tiempo de darle el antídoto.

—Dios mío. —Una lágrima cayó por su sien y recordando se asustó. —¡Keigan!

Entró de repente en el salón. —Estoy aquí, nena. El sheriff quería hablar conmigo. —Marni se levantó y él cogió su mano. —Estoy aquí. —Le apartó los rizos del rostro. —Ya pasó. Ya pasó.

—No. Cuando ellos salgan volverá a empezar. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ahora no nos libraremos de ellos jamás.

—Claro que sí —dijo el sheriff—. El juez les prohibirá acercarse a la ciudad cuando salgan, que será dentro de muchos años.

El médico le puso un apósito en el brazo y Keigan le miró impaciente. El doctor sacó un frasquito del maletín y Marni le dio una jeringuilla. —¿Qué es eso?

—Nena, algo para que te calmes.

—¿Que me calme? ¿Con todo lo que tengo que hacer? ¡La oficina estará hecha un asco! ¿Y la casa? ¡Todavía no he encontrado una mujer para cocinar! Mi madre me está volviendo loca con el vestido de novia y… —El doctor la pinchó. —¡Me cago en la leche! ¡Será bruto!

—Niña, ahora te relajarás un poco.

Marni con los ojos como platos asintió. —Sí, eso es un ataque de nervios en toda regla. La conozco desde el instituto y no es así. Póngale doble, jefe.

—Así está bien —dijo dándole la jeringuilla—. En unos minutos te encontrarás mejor…

Fue maravilloso y sonrió como una tonta. Keigan correspondió a su sonrisa. —¿Mejor?

—Esto es… Uff. Casi tan bueno como cuando me haces el amor.

El médico reprimió la risa. —Será mejor que se acueste un rato.

Keigan la cogió en brazos. —Debe ser buenísimo.

—Doctor póngale lo mismo —dijo apoyando la cabeza en su hombro.

Su novio subió las escaleras yendo hacia la habitación. —Mis padres…

—Ya les he llamado para que no se asustaran. Todo va bien, olvídate de lo que ha pasado y descansa. —La tumbó sobre la cama y le quitó las botas.

Le observó mientras se sentaba a su lado pasando un brazo a cada lado de su cuerpo para mirarla a los ojos. —Estaba allí todo este tiempo. —Él levantó una ceja sin entender. —La serpiente. Estuvo en la oficina desde que llegué y le mordió a él.

—Tenía que ser así. Nena, no pienses en eso. Descansa.

—Todo pasa por algo. —Sus ojos se cerraron.

Keigan la observó y apretó los labios al ver una mancha de sangre en la mano que portaba el anillo. Al ver otra gota en el anillo de compromiso fue hasta el baño y mojó una toalla regresando a toda prisa para limpiar su mano delicadamente. No pasaba nada. No era un mal presagio ni nada por el estilo. Todo iría bien. Tenía que salir bien.

Suspiró volviéndose y escuchó como Keigan se estaba duchando. ¿Qué hora era? Miró su reloj para ver que eran más de las once de la noche. Suspiró volviéndose y vio que el móvil de Keigan se iluminaba en la mesilla de noche. Frunció el ceño y alargó el brazo para cogerlo. Parte del mensaje aparecía en la pantalla. Al ver una C pensó que era de Colter, pero luego leyó debajo:

"¿Estás bien? Llámame que estoy muy preocupada. Esperaré toda la…"

El mensaje se cortaba ahí y se tensó al darse cuenta de que la C era de Caroline. ¿Pero no se suponía que lo habían dejado? Dejó el móvil sobre la mesilla de noche y preocupada se hizo la dormida. Salió del baño y se tumbó a su lado suspirando. El móvil debió iluminarse de nuevo porque escuchó como lo cogía y cuando empezó a teclear se escucharon el sonido de las letras. Él juró por lo bajo antes que quedarse muy quieto y al cabo de unos segundos se levantó para ir al baño. Apretó la almohada entre sus dedos temiéndose lo peor y cuando le escuchó susurrar sintió que el mundo se le caía encima. Estaba con ella. Que se escondiera en el baño para hablar con esa mujer después de decirle que la había dejado… Si le diera igual o si la respetara a ella que era su prometida no lo hubiera hecho. Al parecer Caroline era mucho más importante en su vida de lo que era su compromiso. Sabía que no la amaba. Lo había demostrado durante los últimos cinco años, pero siempre había pensado que la respetaría como su futura esposa. Al parecer había esperado demasiado. Reprimiendo las lágrimas se sentó mirando la puerta y esperó a que saliera. Con cada minuto que pasaba su corazón se retorcía hasta resquebrajarse. Tardó veintisiete minutos de reloj y cuando lo hizo solo vestido con unos bóxer negros se quedaron mirándose fijamente.

—Nena, te has despertado.

—¿Con quién hablabas, Keigan? —preguntó sin ser consciente del dolor que expresaba su mirada.

—El sheriff quería hablar conmigo de lo ocurrido hoy.

No podía caer más bajo. Deslizó las piernas para bajarlas de la cama y cogiendo las botas caminó hacia la puerta de la habitación. —¿Tienes hambre? Ya voy yo…

Ella le miró con odio antes de cerrar de un portazo que hizo caer el espejo colgado en la pared.

—Joder… ¡Amelia! —Corrió fuera de la habitación y vio como bajaba las escaleras como si la persiguiera el diablo.

—¡Muérete!

—¡No es lo que te imaginas!

Ella cogió un jarrón que había sobre la mesa del hall y se lo tiró a la cabeza. No le dio por un pelo estrellándose en la pared. —¡Cabrón!

Colter y Derren salieron de sus habitaciones. —¿Qué pasa?

—¡Nena, no! —Corrió tras ella y al salir de la casa la vio subiéndose a su coche. —¡No, no!

Arrancó mirándole con odio y cuando él se acercó aceleró casi llevándoselo por delante. —¡Amelia!

Sacó la mano por la ventanilla del coche haciéndole un dedo antes de tirar el anillo de compromiso. Sus hermanos llegaron hasta él que cogió el anillo del suelo. —¿Qué coño ha pasado? —preguntó Colter.

Apretó los labios mirando el anillo en la palma de la mano. Sí que había sido un mal presagio. —Que la he perdido. —Cerró el puño mirando la carretera por donde había desaparecido. —Eso ha pasado.

Llegó a casa sin que sus padres se enteraran porque entró con la llave de emergencia que había bajo una piedra falsa en la puerta de la cocina. Y cuando llegó a su habitación dio rienda suelta al dolor tapándose con la almohada para ahogar sus sollozos. Se levantó cuando escuchó que su madre bajaba las escaleras. Al abrir la puerta su madre se volvió sorprendida y al ver su rostro perdió todo el color de la cara subiendo los escalones. No le preguntó nada, simplemente la abrazó por los hombros y la hizo entrar en la habitación cerrando la puerta. La sentó en la cama y le acarició sus pálidas mejillas borrando sus lágrimas antes de abrazarla con fuerza. —Llora, hija. Saca el dolor que tienes dentro.

—Mamá…

—Shusss, ya me lo contarás. Ahora desahógate.

Abrazada a ella intentó controlarse, pero le era casi imposible. Había puesto tantas ilusiones en él que no podía superar que todo hubiera sido mentira. Recordó como le había pedido matrimonio, creía que le importaba y que quería formar una familia a su lado, pero era evidente que tenía pensado que su familia fuera de tres. Debía pensar que era una estúpida de primera para que no se enterara de que seguía con esa zorra que no tenía escrúpulos en traicionar a su marido. No sabía si el alcalde lo sabía y lo consentía, pero ella no era así. Se había acabado, punto.

—Le has dado una oportunidad y no ha funcionado. No te arrepientas y ni te culpes por intentarlo. Has hecho lo correcto. —La besó en la sien antes de apartarse y mirar sus ojos rojos de tanto llorar. —Porque es eso, ¿no? No estás así por lo de los Braun. Keigan nos llamó para contárnoslo y nos dijo que el médico te había dado un sedante. ¿Es por eso?

—No.

—Sabía que esas lágrimas venían del corazón. —Acarició su cabello. —De un corazón roto.

—Sigue con ella. Le he sorprendido.

Su madre apretó los labios. —Pues pasarás página, pero debes ser lista, hija. Por el bien de la familia…

—El crédito.

—Le debemos mucho dinero. Y el trabajo de tu padre en gran parte depende de él. Sé que es egoísta, pero debes conservar el trabajo.

—¿Y cómo voy a verle todos los días? —preguntó angustiada.

Cogió su mano. —Ahora estás disgustada, pero eres dura. Y mi hija tiene muy mala leche cuando se enfada. ¿Crees que no puedes hacerle frente? Yo sé que sí. Y cuando llegue el momento le pasarás por los morros a tu próximo novio. Solo por orgullo le va a salir una úlcera.

Entrecerró los ojos. —¿Me haces un favor, mamá?

—Lo que sea.

—¿Puedes decir por ahí que le he dejado porque me era infiel? Que le pillé mensajes de ella en el móvil.

Lisa sonrió con mala leche. —Será un placer.

Bajó del coche viendo a los hermanos Bansley en el porche observándola con una taza de café en la mano. Su mirada de odio decía que como se le acercaran les pegaba un tiro y no era broma porque llevaba la pistola de su abuelo en la mano. Fue hasta la oficina y cerró de un portazo. Keigan suspiró dejando la taza en la barandilla antes de bajar las escaleras.

—Hermano, una vez te electrocutó —dijo Colter muy serio—. Yo no cruzaría esa puerta que está calentita.

Amelia abrió la puerta y gritó furiosa —¡Ya podíais haber limpiado! ¡Hay sangre y un dedo en el suelo! —Fue hasta la casa con pasos firmes y subió los escalones de un salto para entrar en la casa.

—Aprovecha que ha dejado la pistola en la oficina —susurró Derren.

Cuando entró en la cocina Amelia estaba cogiendo la escoba y el recogedor del armario. Se volvió con ellos en la mano y se detuvo en seco cuando le vio en la puerta. —Apártate de mi camino.

—Nena, tenemos que hablar.

—¡Tú y yo no tenemos nada que decirnos! ¡Ya me has mentido bastante!

Fue hasta la puerta y se detuvo ante él. —Apártate, no te lo digo más.

—Me preguntó si estaba bien y simplemente la llamé para decirle que… —Ella le atizó con el palo de la escoba una y otra vez. —¡Ay, ay! ¡Nena, para!

—¡Desgraciado! ¡A mí no me tomas más el pelo! —gritó desgañitada antes de arrearle de nuevo en la espalda rompiendo el palo—. Mierda. ¡Mira lo que has hecho! ¡Ahora tendré que agacharme y me duele todo del placaje que me hiciste! —Furiosa fue hasta la salida donde los hermanos la dejaron pasar de inmediato.

Derren y Colter hicieron una mueca al ver a su hermano poniendo los brazos en jarras. —¿Alguna idea?

—Ahora solo te queda arrastrarte y suplicar clemencia, hermano —dijo Derren mientras Colter asentía.

Shine bajó los escalones mirando a su hermano mayor preocupada. Él apretó los labios. —No pasa nada.

—¿Es cierto lo que me acaba de decir Cindy? ¿Le has sido infiel con una mujer casada?

Se tensó por su mirada de decepción. —No ha sido así.

—¡Amelia ha leído tus mensajes con ella!

—Joder. —Cerró los ojos volviéndose y llevándose las manos a la cabeza. —¡Mierda! —Dio un puñetazo a la pared dejando la marca y salió de la casa sin darse cuenta de que su mano sangraba.

Sus hermanos salieron tras él. —¿Te mensajeas con ella todavía? —preguntó Derren.

—No lo entiendes. —Se volvió mirándoles impotente. —¡No he podido evitarlo, hostia!

—¿Pero estás loco? Has jugado con fuego —dijo Colter sin poder creérselo.

—Y se ha quemado, vaya si se ha quemado. —Derren negó con la cabeza.

—¡No me he acostado con ella desde que estamos juntos!

—Pero seguíais manteniendo el contacto. Eso también es serle infiel. Si mi prometida hiciera algo así… —Derren bajó los escalones. —Dices que no has podido evitarlo y es evidente que no quieres explicarlo, pero sea lo que sea lo que ha ocurrido lo que tenías que haber pensado es el daño que le harías a tu prometida si se enteraba. Desgraciadamente lo estás viendo porque es evidente que está destrozada. Y eso se lo has hecho tú.

Keigan apretó los labios viendo la decepción en los ojos de su hermano antes de que se alejara hacia el establo. Colter suspiró bajando los escalones y le dio una palmada en la espalda. —Es que le jode que la hayas dejado escapar.

—No la he dejado escapar —siseó.

—Desgraciadamente no creo que puedas arreglar esto. Ya no confiaba en ti y esto ha sido el remate.

—Sí que confiaba en mí. Se comprometió conmigo.

—¿Crees que olvidó que la ignoraste durante cinco años para estar con otras? No hermano, simplemente lo ignoró porque te quiere y deseaba estar a tu lado, pero lo único que le has demostrado es que sus sentimientos no te importan, como no te importaron en el pasado para acostarte con otras. Le acabas de confirmar que no vas a cambiar.

—Le pedí matrimonio.

—Y cree que la engañabas igualmente. Porque después de decirle que te gustaba durante años, seguiste acostándote con otras mujeres, así que ella lo ve como una infidelidad también. La traicionaste y lo que es peor te traicionaste a ti mismo por no estar con ella. Y sigues metiendo la pata. Hasta que no te des cuenta de que ella tiene que ser lo primero en tu vida no vais a avanzar.

—¡Es lo primero en mi vida!

—Entonces por qué contestabas los mensajes de Caroline.

Shine se quedó con la boca abierta. ¿Caroline? Solo conocía a una Caroline lo bastante mayor para tener un lío con su hermano. Entrecerró los ojos volviéndose. Esa zorra se iba a enterar.

Capítulo 15

La noticia de que Caroline le era infiel a su marido corrió como la pólvora por todo el pueblo. Que se veía en la ciudad con su amante en un hotel del centro fue la noticia del día. Su madre le envió un mensaje diciéndoselo y que los gritos en casa del alcalde eran de aúpa. Sin poder evitarlo sonrió y la puerta se abrió de golpe. Keigan entró furioso. —¿Qué has hecho?

—¿Yo?

—¡Lo has contado! ¡Me ha llamado Derren diciendo que en el pueblo no se habla de otra cosa! ¡Dicen que yo te he sido infiel y ahora que Caroline le es infiel a su marido! Muy bien, nena… ¡Te has vengado pero que muy bien! ¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Yo no tengo nada que ver. Os habrá visto alguien. Cuando yo os vi no es que fuerais muy discretos precisamente. ¿Ahora puedes dejarme trabajar?

—Caroline…

—¿Ahora vas a hablarme de ella? ¿De su triste matrimonio y como se apoyaba en ti? —Se echó a reír. —Increíble.

—¡Pues sí! ¡Lo estaba pasando mal y se apoyaba en mí!

—Pues ahora ya no tenéis que ocultaros. ¿Puedo seguir trabajando?

Él impotente apretó los puños. —No me acosté con ella desde que pusiste un pie en el rancho.

Intentó disimular las ganas que tenía de gritarle que era un cerdo. —¿Desde hace tres semanas? Bravo por ti. Debió sentirlo mucho. —Entrecerró los ojos pensando en ello. —Ah, que no se lo dijiste porque seguíais mensajeándoos. ¿Nos engañabas a las dos? ¡Porque a mí me dijiste que lo habías dejado!

—Con todo lo que ocurrió no pude hablar con ella cara a cara para decirle que se acababa.

—Así que seguías con ella porque no la habías dejado. Es increíble. Le ponías los cuernos conmigo. ¡No es al revés! ¡Debió quedarse de piedra al enterarse de tu compromiso! ¿Qué le dijiste? ¿Que tenías que casarte por Shine, pero que os seguiríais viendo?

—Me envió un mensaje y le dije que hablaríamos. Ella me contestó que me quería y que dejaría a su marido. Algo que antes ya había dicho.

—¿Y ahí te asustaste?

—¡Sí, joder! ¡Amenazó con contarlo todo! ¡Lo que menos quería a un mes de la boda era un escándalo así!

—Claro, si hubiera sido después de la boda hubiera sido distinto.

—¡No hubiera sido distinto, pero ya estaríamos casados! —Él suspiró pasándose la mano por la nuca. —Esperaba solucionarlo antes de la boda.

—Esperabas solucionarlo antes de la boda… ¿Como ayer con esa conversación?

—Solo quería saber si estaba bien. Escuchó lo que había ocurrido y estaba preocupada.

—Claro que estaba preocupada porque te quiere mucho —dijo con burla—. ¿Algo más?

—Amelia hemos tenido a unos locos detrás que me han quemado medio rancho, nuestro compromiso y todo lo demás me impidieron quedar con ella para decirle que lo había dejado. ¡Y sí! ¡Te mentí! ¡Porque me moría por estar contigo, joder! ¡No creo que sea tan difícil de entender!

—Ahora va a resultar que soy tonta. —Se levantó furiosa y él miró el arma que estaba encima de la mesa. —Mira, guapo… Puede que me tragara tus mentiras en el pasado, pero ahora se me

han abierto los ojos. ¡No la dejaste porque no te dio la gana y si seguía enviándote mensajes es porque ella pensaba que seguíais teniendo una relación, lo que me indica que ni siquiera después del compromiso le hiciste ver de ninguna manera que vuestra relación se acababa! ¡Nunca fue tu intención dejarla y no sé si la has visto o no desde que estamos juntos, pero como me hayas pegado algo te voy a meter un tiro entre ceja y ceja! ¿He sido clara? Por cierto he suspendido la boda, ya he hablado con el padre Clifford.

—Joder…—Fue hasta la puerta. —Perfecto nena… ¡A ver que le digo ahora al cura! —De repente se detuvo y la miró con los ojos como platos. —¡Ahora tus padres me van a odiar el resto de su existencia!

—Fíjate, como yo.

—¡Tú no me odias, solo estás cabreada! ¡Y se te va a pasar!

—Sigue soñando. Esto se ha acabado aquí. A partir de ahora solo me hablarás de trabajo, ¿me has entendido? ¡No quiero saber nada más de ti! ¡Y que sepas que me quedo por el puñetero dinero, porque tú me importas una mierda! —Se sentó en su sitio. —Cierra la puerta al salir.

El portazo le hizo chasquear la lengua. —Será capullo.

Las amigas sentadas con las piernas cruzadas sobre la cama se miraban pensativas. —Pues no era tan fácil como pensamos —dijo Cindy apretando los labios—. Ha estado llorando. Llora todas las noches desde que lo dejó y ya son dos semanas.

—Y Keigan está intratable.

—Pues a ver cómo solucionamos esto porque July se casa en tres meses. No tenemos tiempo para impedir esa boda.

Shine suspiró. —Tendremos que olvidarnos de Derren de momento.

—No podemos hacer eso. Ella le ama.

—¿Pero qué dices si va a casarse con otro?

—Porque piensa que nunca la querrá. Y porque él le puso los cuernos, claro. Tus hermanos son un poco pendones, ¿no?

—No lo sabes bien, pero Keigan está arrepentido y yo le creo. Seguro que no tuvo nada con ella desde que empezó con Amelia. Es esa bruja que no deja de acosarle. Le he escuchado hablar por teléfono con ella porque ahora no se oculta y no hace más que insistir en que quiere verle.

—¿Y por qué no queda con ella y le da puerta de una vez?

—Porque teme que Amelia se entere de que quedan y se lie parda.

—Entiendo. —Cindy se mordió el labio inferior. —¿Entonces qué hacemos?

—Pues volver al plan original. Vete a abrir el grifo.

—¿Volvemos a la inundación?

—Tenemos que conseguir que estén más tiempo juntos. Tenéis que mudaros al rancho.

—Como están las cosas, Amelia igual se queda aquí con la madera levantada y todo.

—Qué va.

—¿Cuánto tardará en caer el agua? Porque mis padres tardarán un par de horas en subir.

—Ábrelo bien. El baño está encima de la cocina. Ellos están en el salón dándole la espalda a la puerta. —Soltó una risita. —Si Amelia no sale de su habitación todo saldrá genial. Y nosotras estamos durmiendo. No nos hemos enterado de nada.

Cindy se levantó a toda prisa y de puntillas salió de la habitación. Volvió tan tranquila. —He cerrado la puerta para que Amelia no escuche el agua.

—Genial, ahora a esperar.

Los gritos de su madre la alarmaron y al poner los pies en el suelo Amelia jadeó por el agua que había empapado la alfombra. Corrió fuera de la habitación y vio que todo el piso de arriba estaba inundado. —Dios mío… —Corrió hacia el baño y vio el grifo del lavabo abierto. Al cerrarlo gimió por el algodón desmaquillante que estaba en el desagüe taponándolo. Era suyo. Pensaba que lo había tirado a la papelera. —Mierda. ¡Mamá, ya he cerrado el grifo!

Su padre llegó en ese momento. —Hija baja a por la fregona y un cubo.

—¿Papá? —preguntó Cindy asustada.

—No pasa nada.

—Antes de acostarme me lavé los dientes —dijo Shine con los ojos llenos de lágrimas—. Creía que lo había cerrado.

—No ha sido culpa tuya. Mi algodón desmaquillante estaba taponando el desagüe.

Shine miró de reojo a Cindy que le dio un codazo. —Sí, lo vi. Lo aparté… —De repente Shine se tapó la cara llorando. —Ha sido culpa mía…

Bill se agachó ante Shine. —Ha sido un accidente. No te pongas así.

—Cindy hay que recoger el agua. —Amelia salió al pasillo de puntillas como si ya no tuviera los pies empapados.

—Madre mía, se va a levantar todo el piso de arriba —dijo su madre histérica desde su habitación. Salió con la alfombra empapada—. ¡Esto pasa por no tener madera de verdad en vez de esta mierda de tarima flotante!

—Ya empezamos —dijo su padre por lo bajo.

—¡Y estamos sin seguro!

Shine corrió hasta la habitación y cerró la puerta. Lisa les miró sin entender. —¿Qué pasa?

—Se ha dejado el grifo abierto —dijo Amelia yendo hacia la habitación, pero al intentar abrir se dio cuenta de que la había cerrado con pestillo—. Cielo, abre. Mi madre no está enfadada contigo.

Un gemido como si la estuvieran matando provocó que hiciera una mueca. —¿Quieres abrir, por favor?

—Quiero que venga mi hermano.

Uy, no. Lo que le faltaba. —¿No podemos hablarlo nosotras?

—No. Quiero a mi hermano…

—Pobrecita —dijo Cindy—. Menudo disgusto. —Se pegó a la puerta. —Shine abre. Vamos a hablar…

La puerta se abrió de golpe y Shine la cogió del brazo metiéndola en la habitación y cerrando antes de que Amelia pudiera decir ni pío. Las amigas se miraron sonriendo y chocaron las palmas antes de que Shine susurrara —Voy a llamarle.

—Eso, y que venga rápido.

Tirando otro cubo de agua al jardín vio como la camioneta de su ex se detenía ante la casa. Se bajó a toda prisa muy serio y al verla apretó los labios acercándose. —¿Tanto ha sido?

—Míralo tú mismo.

Entró en la casa y juró por lo bajo porque todavía había bastante agua en el piso de abajo. Al

mirar hacia las escaleras vio a Lisa empujando el agua desde el piso de arriba para que arrollara por los escalones. —Joder, ¿dónde está Shine?

—No quiere salir de la habitación. Está con Cindy.

—¿Cómo que…? ¡Shine!

La puerta se abrió de inmediato y su hermana salió con los ojos rojos y la nariz hinchada de tanto llorar. —¿Qué haces que no estás ayudando?

Se sonrojó intensamente.

—Keigan déjala.

—¡No, déjala no! ¿Tú eres la responsable de esto?

—Sí, pero fue sin querer.

—¡Te he dicho mil veces que tengas cuidado con los grifos! No es la primera vez que tengo que cerrarlo por ti.

Shine se sonrojó agachando la mirada. —Lo siento.

Keigan se pasó la mano por la nuca. —Bill, Lisa, siento muchísimo esto. Por supuesto me haré cargo de todos los desperfectos.

—No es nec… —Lisa fulminó con la mirada a su marido que carraspeó. —Te lo agradecemos.

—No tenéis que agradecerme nada, es lo menos que puedo hacer y por supuesto si necesitáis pasar en el rancho unos días hasta que se arregla…

—Voy a hacer la maleta —dijo Cindy dejando a Amelia con la palabra en la boca.

—Gracias Keigan, aceptamos por supuesto —dijo su padre dejándola de piedra.

—Yo me quedo —dijo ella rápidamente haciendo que las chicas que iban a entrar en la habitación se volvieran de golpe. Sus padres la miraron—. Aquí estoy bien.

—Hija se va a levantar el suelo y habrá que sacar todos los muebles para arreglarlo. No puedes quedarte aquí —dijo su madre.

Se sonrojó ligeramente y Keigan levantó una ceja. —Pues me iré con July.

Cindy y Shine dejaron caer la mandíbula del asombro. —Hija te están ofreciendo alojamiento. La casa de July es muy pequeña y vive con sus padres, tres gatos y su abuelo. En el rancho no molestarías tanto.

—Nena, déjate de tonterías y vete a hacer la maleta.

—A mí no me des órdenes —siseó.

—Estás siendo irracional. Si no quieres no me hables, pero te vienes como los demás.

—¿Pero quién te crees que eres?

—¡Tu jefe! ¡Y si quieres seguir conservando el trabajo vendrás! ¡Esta tontería se ha terminado! —Dijo dejándola de piedra. —¡Shine! ¡Te espero en el coche!

—Vale —dijo Shine antes de entrar corriendo por su mochila. Ni pensaba cambiarse el pijama porque Keigan tuviera tiempo a pensar y cambiara de opinión. Le guiñó un ojo a Cindy y susurró —Te espero allí.

—Vaya bronca te espera.

—Si está encantado.

Y lo demostró que Keigan sonrió todo el camino al rancho. —Cuando quieras me das las gracias —dijo su hermana sabiendo que no la castigaría.

—¿Lo has hecho a propósito?

—Digamos que sabía que necesitabais un empujoncillo.

Su hermano sonrió aún más aparcando ante el rancho. —Entra que hay que arreglar las habitaciones. —La miró de reojo. —Eres un poco retorcidilla.

Shine se echó a reír. —¿De quién lo aprendería? Espabila hermano, o ese Roy volverá a su vida.

—Más quisiera.

—Pues ya la ha llamado. Deja que le llore en el hombro.

—¿Qué has dicho?

—Me lo ha contado Cindy que puso la oreja en una de sus conversaciones. Tres veces al día la llama, no te digo más.

—Me cago en su…

Salió de la camioneta furioso y Colter abrió la puerta del porche. —¿Ha sido mucho?

—¡Y luego habla de ser infiel! —gritó furioso entrando en la casa.

Colter miró a su hermana. —¿De qué habla?

—Yo te lo explico…

Cuando se detuvieron los dos coches ante el rancho tres horas después los Bansley estaban en el porche esperando. Bajaron a toda prisa para ayudar con las maletas y Amelia gruñó cuando Keigan abrió el maletero de su coche antes de que pudiera bajarse siquiera. —Shine, llévate a Cindy a la habitación y a dormir. Nada de dar la cháchara que es muy tarde, ¿me has entendido?

—Sí, Keigan —dijo cogiendo una de las maletas de su amiga.

—Gracias, sois muy amables —dijo su madre algo incómoda mientras los hermanos llevaban las maletas dentro.

—Entrad, por favor —dijo Keigan tendiéndole a Amelia el maletín del ordenador antes de coger su maleta y otra mochila—. Ya tenéis la habitación preparada.

Amelia se acercó a sus padres y pasó el brazo por los hombros de su madre. —Vamos mamá.

—¿Crees que costará lo mismo madera de verdad que la tarima?

—Creo que no, mamá.

—Bueno, tarima está bien. La que teníamos ha durado mucho. Se puso cuando nos mudamos y no habías nacido, así que…

—Claro que sí. La tarima estará muy bien.

—Nena, la puerta del fondo del pasillo a la izquierda. —Subió con sus padres mientras él la observaba y cuando desaparecieron subió a toda prisa para dejar su maleta en la habitación contigua a la suya que era la única que quedaba vacía. Sonrió porque la estrategia no le había salido nada mal.

Amelia llegó un segundo después y cogió la maleta para salir de la habitación. Sus padres pasaron a toda prisa con sus maletas y Bill sonrió forzadamente. —Aquí estaremos bien.

—Sí, claro. Como queráis. —Carraspeó. —El baño está en el pasillo.

—Gracias —dijo Lisa—. Has sido muy amable.

—Suegra, échame un cable —susurró.

—Más quisieras —siseó antes de cerrarle la puerta en la cara.

Capítulo 16

A las seis escuchó como Chris llegaba para encargarse de los caballos. Se levantó de la cama agotada y apartó la cortina para ver como bajaba de su vieja ranchera para ir hacia el establo nuevo. Entrecerró los ojos porque cuando iba hacia allí pasó ante la oficina y miró en el interior antes de cerrar la puerta abierta. Se pasó la mano por la frente. —Te estás volviendo una paranoica. Ya desconfías de todos. —Y era lógico

Un ruido en el pasillo la tensó y escuchó que alguien bajaba por las escaleras. Todavía quedaba una hora para empezar a hacer el desayuno. Los Bansley desayunaban a las siete que es cuando desayunaba Shine, pero las niñas ya estaban de vacaciones y seguramente se levantarían más tarde. Escuchó como en el piso de abajo se encendía la cafetera. Era uno de los chicos. La verdad es que se moría por un café. Estaba agotada después de dormir fatal esos días y necesitaba cafeína. Además no podía estar encerrada en la habitación y salir solo para trabajar, eso sería ridículo. Minutos después vestida con unos pantalones cortos y una camiseta fue decidida hasta la puerta y salió procurando no hacer ruido. Fue hasta el baño haciendo una mueca cuando tiró de la cadena y cuando salió bajó las escaleras. Al llegar a la cocina se detuvo en seco al ver a Keigan con una taza de café en la mano mirando por la ventana. Él miró sobre su hombro y Amelia decidió ignorarle para ir hasta la cafetera. —Buenos días, nena.

—No me hables —dijo entre dientes cogiendo su taza.

—Al parecer no has dormido bien.

—Esa cama está llena de bultos.

—Pues duerme conmigo —dijo como si nada.

Cogió una naranja y se la lanzó a la cabeza dando en la pared que tenía detrás. No tuvo ni que moverse. Divertido bebió de su taza. —Cuando me tiraste el jarrón tuviste mejor puntería, preciosa. Has debido dormir fatal.

Bebió de su taza y gimió de gusto.

—¿Por qué no descansas un poco en lugar de trabajar?

—Tengo mucho que hacer.

—Puede esperar.

—No, no puede. Al final te vas a Shanghái en dos semanas y tengo que redactar el borrador del acuerdo para que se lo lleves. Menos mal que se está pensando la propuesta inicial y le gustó la carne que le enviamos. Nos ahorrará muchos problemas. Además la nave de cría se inicia en una semana. ¿Has revisado los planos? ¿Seguro que todo está bien?

—Los hemos revisado diez veces —dijo empezando a preocuparse y dio un paso hacia ella—. Amelia…

—Tienes que decidir donde irán la nave de despiece y los congeladores.

—Por mucho que te empeñes no voy a darme por vencido.

—Me voy a trabajar.

—No.

Se volvió atónita. —¿Qué has dicho?

—No entrarás a trabajar hasta las nueve y terminarás a las cinco. Si necesitas ayuda contrata a alguien, pero no voy a permitir que te pases doce horas trabajando.

—No puedo meter a alguien ahora. Tardaría un montón en explicarle todo y...

—Y por cierto, todavía estoy esperando a una mujer que atienda la casa.

Se sonrojó. —Bueno, es que pensaba que cuando nos casáramos…

—¿Pensabas hacerlo tú? ¿Trabajando? Mira nena, tienes que aprender a delegar.

—¡No me gusta ninguna!

—Eso es imposible. Y quiero que sea interna. Cuando tengamos niños puede que alguna noche la necesitemos.

—¿Pero estás loco? —preguntó atónita—. No me casaría contigo ni muerta.

—Hay que ver que exagerada eres por una tontería.

—¿Una tontería? ¡Tú no estás bien! ¡Me ponías los cuernos!

—No, solo escribí unos mensajes a una amiga.

—Una amiga con la que te acostabas.

—¡Con la que me había acostado! ¡Lo que hiciera antes de estar juntos no es incumbencia tuya!

—¿Ah, no? —preguntó dolida—. Así que tus palabras el día en que me pediste matrimonio eran mentira. Me das asco.

Él apretó la taza en sus manos viendo como salía de la casa y alguien suspiró tras él. Al volverse vio a Colter sirviéndose una taza. —Lo de arrastrarte no va contigo, ¿no?

—Joder…

—Te lo han puesto a huevo teniéndola a mano y la sigues fastidiando.

Vio como entraba en la oficina dando un portazo. —Ya no sé qué hacer.

—¿Quieres una idea?

Ambos se volvieron hacia Shine que estaba en la puerta. Sonrió maliciosa. —Tiene mala leche cuando se enfada.

—Eso lo sabemos muy bien.

—Una vez vi cómo le pegaba un puñetazo a un tipo que casi atropella a Cindy. Casi le arranca la cabeza. Se fue calentito.

Colter sonrió. —¿Cuánto aprecias a esa Caroline?

—No fastidies.

—Joder, está encantada de la vida porque se ha librado de su marido y ha jodido tu relación. Tú mismo me lo dijiste. ¿Vas a sentir pena con ella? ¡Lo hizo a propósito, idiota! ¡Te acosaba a mensajes para que te pillaran!

—Eso es muy retorcido.

—Engañó a su marido dos años. ¿Acaso pensabas que no era retorcida?

Entrecerró los ojos pensando en ello. Y la verdad es que desde que se había comprometido le enviaba al menos veinte mensajes al día.

—Tienes que demostrarle que es ella quien te importa —dijo Shine señalando fuera de la casa —. ¿Qué crees que pensaría si leyera lo que esa te decía?

—Eso es muy descarado. ¡Y tiene que confiar en mí!

—Como están las cosas deberías hacer algo, hermano. Caroline está encantada pensando que tarde o temprano cederás —dijo Colter mosqueado—. O haces algo o las cosas entre Amelia y tú seguirán empeorando.

—Déjamelo a mí, hermano. No tendrás que mover ni un dedo —dijo Shine con una sonrisa en los labios.

Amelia pasó ante la habitación de las niñas y escuchó decir a su hermana —Menuda guarra.

—¿Has visto? No tiene vergüenza.

Intrigada se detuvo ante la puerta. ¿Estarían viendo porno? Ahora los adolescentes tenían muchos problemas con eso.

—Mira, mira. Te deseo tanto que muero por tenerte entre mis piernas. ¡Y lo envió hace una semana!

—Sube la pantalla quiero saber lo que le dijo ayer.

Se quedaron en silencio varios segundos. ¿Qué estaban haciendo? Abrió la puerta de golpe y las chicas ante el ordenador borraron la pantalla antes de mirarla como si nunca hubieran roto un plato. —¿Qué hacéis?

—Nada.

Ella miró hacia el ordenador y Cindy cerró la tapa a toda prisa. —¡Os lo voy a volver a preguntar y como no me digáis la verdad vais a estar castigadas hasta Navidad! ¡Qué digo hasta Navidad! ¡Hasta que vayáis a la universidad!

Su madre llegó en ese momento. —¿Qué pasa?

—Estaban mirando algo que no me gusta nada. Hablaban de sexo.

—Chicas si habláis de sexo no pasa nada.

—¡Mamá, te digo que estaban haciendo algo malo!

Linda entró en la habitación confiando totalmente en su palabra. —¿Cindy?

—Es que… Queríamos saber.

—La curiosidad es buena, pero hay ciertas cosas que no son para vuestra edad. ¿Qué hacíais? ¿Veíais porno?

—¡No! —contestaron las dos a la vez.

—¿Entonces qué hacíais? —preguntó Amelia sin entender—. Ya entiendo, leíais un relato erótico de esos.

Las niñas se miraron y Cindy suspiró abriendo el ordenador. —Leíamos los mensajes que Caroline le enviaba a Keigan. Un amigo nos ha enseñado como se puede clonar la tarjeta del móvil.

—¿Qué?

—Teníamos curiosidad.

—Déjame ver —dijo su madre acercándose a toda prisa.

—¡Mamá, han cometido un delito!

—Ya, ya… —Lisa empezó a leer y abrió los ojos como platos. —Será zorra.

—¿Qué?

—Mira hija, aquí dice que te deje que no sabrías satisfacerle con la cara de mojigata que tienes.

—¿Qué dices? —Se acercó y se puso a leer.

“Cariño, ¿cómo vas a casarte con esa? Si es una virgen reprimida, lo sabe todo el pueblo. Sin embargo, yo sé lo que te gusta. ¿Recuerdas mi lengua en…?”

Cerró la tapa de golpe y carraspeó. —Niñas ir a dar una vuelta.

—Pero yo también quiero leerlos —dijo Cindy—. ¿Por qué crees que la clonamos?

—¡Fuera!

Las niñas se miraron reprimiendo una sonrisa antes de salir de la habitación. —Abre hija —dijo su madre impaciente—. Al parecer no habla mucho, pero la lengua la mueve como nadie.

—¡Mamá!

—Si se resistió a ese mensaje es que pasa de ella totalmente. Hasta yo me he excitado. Venga déjame leer que tu padre lo va a agradecer en cuanto vuelva del trabajo.

—¡Mamá! —exclamó con cara de asco.

—Oh, no seas mojigata.

—¡No soy mojigata! ¡Pregúntaselo a Keigan!

—Pues entonces no te importará leer.

Decidida levantó la pantalla. —Sube más arriba. Antes de que empezarais —dijo Lisa sentándose en la silla. Puso los ojos en blanco pasando el dedo por el ratón del portátil y la pantalla subió—. ¡Ahí, ahí!

Se detuvo y vio que era un mensaje de cuando quedaban. Dos a la semana y muy breves. Simplemente preguntaba si podía darle hora en la peluquería a las cuatro.

—Así quedaban y si su marido leía el mensaje no se enteraría de nada. —Su madre estaba de lo más entregada—. Mira, él solo ponía un pulgar hacia arriba.

—Todo muy discreto —dijo con burla. Bajó la pantalla a la fecha en la que ella empezó a trabajar allí.

—Mira hija, el pulgar es hacia abajo.

Leyó la frase que le seguía sintiendo un nudo en la garganta. —Todas las horas están comprometidas.

Entrecerró los ojos leyendo los siguientes mensajes que eran más a menudo, seis en una semana. Excepto el domingo. Pedía hora insistentemente y el pulgar siempre era hacia abajo. Entonces empezaron otro tipo de mensajes. Ella preguntándole si le pasaba algo. Si ya no quería verla. Si se había cansado de esa situación. Fue cuando al no recibir respuesta empezaron las amenazas. *"Esto que estás haciendo me ha decidido. Voy a decírselo a mi marido. Entiendo que no lo soportes más." "Han sido dos años y has tenido mucha paciencia."*

—Dos años —dijo su madre impresionada.

Los ojos de Amelia se llenaron de lágrimas en un mensaje que envió Keigan después de eso:

"Ni se te ocurra dejarle. ¿Estás loca? No quiero saber nada de eso, ¿me entiendes? Cuando pueda verte te llamaré porque tenemos que hablar, pero ni se te ocurra hacer nada hasta que hayamos hablado."

Los mensajes de ella se volvieron más exigentes. Y la noche del baile le dijo que le diría a su marido al día siguiente que ya no le quería y que estaba enamorada de él.

—No se daba por vencida. —Lisa separó los labios de la impresión al leer el siguiente.

"¿Con esa? ¿Te has comprometido con esa? ¡Me quieres a mí! ¿Por qué me haces esto? ¡O nos vemos o voy a hablar con mi marido! ¿Qué estás haciendo? No entiendo lo que ha pasado. ¡Pensaba que me querías!"

—Madre mía, esta loca está perdiendo un tornillo.

Bajó más la pantalla. Los mensajes cada vez eran más seguidos y siempre exigía verle. Fue cuando empezaron los mensajes explícitamente sexuales. *"Te comería entero." "Sé que echas de menos el olor de mi sexo"*

—No habla mucho, pero cómo escribe —dijo su madre sonrojada y todo.

Sintiendo que la furia la recorría siguió leyendo. La tía no se daba por vencida. Dos días antes de romper le envió diez mensajes a cuál más asqueroso. Y el colmo fue una foto de ella en ropa interior muy sexy y cara de viciosa.

—¡La madre que la parió!

—¿Nena?

Se sobresaltó al ver a Keigan en la puerta con el ceño fruncido. —¿Estás espiando a las niñas?

Su madre se levantó cubriendo la pantalla. —No. Es que el ordenador de Amelia no funciona bien y estábamos enviando un mensaje para cancelar el vestido de novia. Dicen que tenemos que pagar un veinte por ciento y Amelia se ha cabreado.

Él la miró a los ojos como si estuviera enormemente decepcionado. —¿En serio vas a cancelar el vestido de novia?

Su corazón se retorció. ¿Qué estaba haciendo? Tenía frente a ella un hombre que decía que quería vivir a su lado, crear un futuro juntos y lo había dejado por esa en lugar de luchar. Y ya era hora de que luchara por él y que le llevara como una vela. Entrecerró los ojos. —No… No voy a cancelarlo.

Keigan sonrió. —¿De veras?

Fuera de sí caminó con los puños apretados y Keigan al ver su actitud se apartó dejándola pasar. —Nena, ¿no quieres que hablemos?

—¡Hablaremos luego!

Bajó las escaleras a toda prisa y cogió su bolso. —¿A dónde vas?

—¡A matar a alguien!

Salió dando un portazo y Keigan asombrado miró a su madre que hizo una mueca. —Da gracias que no eres tú.

—¿A dónde va? —Entrecerró los ojos. —¿Cuándo había encargado el vestido de novia? —A toda prisa fue hasta el ordenador y al ver la foto de Caroline juró por lo bajo antes de salir corriendo.

Lisa se miró las uñas. —Tendrás que dejártelas un poco más largas para la boda. Ahora no se llevan así.

Frenó el coche ante la casa del alcalde y fuera de sí hasta dejó la puerta abierta rodeando el vehículo para atravesar el jardín. Pulsó el timbre dos veces y entrecerró los ojos al escuchar una música suave en la parte de atrás. Rodeó la casa pisando las flores que tenía plantadas y la vio haciendo yoga sobre una esterilla azul. Con una malla que marcaba cada curva de su cuerpo, apoyaba una rodilla en el suelo y elevaba la pierna. Menuda flexibilidad que tenía la muy zorra. —¡Eh, tú!

Caroline miró hacia ella y asombrada se arrodilló sobre la esterilla. —Amelia, que sorpresa.

—¡La sorpresa se la va a llevar el médico cuando te vea! —Se tiró sobre ella y ambas rodaron por el suelo. Caroline gritó de miedo cuando la agarró por la melena con una mano y sentada sobre ella le dio de tortazos con la mano libre. Ni sabía por dónde le venían los golpes. Solo intentaba cubrirse. —¿No querías luchar por él? ¡Pelea zorra!

Varios vecinos salieron al jardín para ver la pelea y la señora Smith gritó —¡Arréale, Amelia! ¡Nunca me invita a sus barbacoas!

—¡Eso es de mala vecina! —Le arreó otro tortazo y alguien la cogió por la cintura. Chilló tirando de su cabello para no perder a su presa.

—¡Nena, déjala!

—¿La defiendes?

—¡También fue culpa mía! ¡Tenía que haber hablado con ella!

Soltó a Caroline que asustada se arrastró hacia atrás mientras ella se volvía hacia Keigan. —¿Te crees que es tonta? ¡Sabía de sobra lo que hacía! Sabía que ya no querías nada con ella, pero

insistía e insistía. Pues ahora voy a insistir yo en partirle la cara.

Antes de que él pudiera evitarlo se tiró sobre Caroline de nuevo y los vecinos aplaudieron.

—¿Quieres quedarte con él? ¡Sobre mi cadáver! —Le pegó un puñetazo en el estómago que la hizo gemir. —¡Defiéndete zorra! —Keigan volvió a agarrarla por la cintura y lo hizo con tal fuerza que tuvo que soltarla. —¡Acércate a mi hombre otra vez y te arranco la cabeza! —Intentó darle una patada. —Y más vale que pierdas su número, porque como me entere de que le envías más mensajes, te voy a dar tantas hostias que ni sabrás de donde te caen. ¡Vete pidiéndole hora al cirujano porque no te va a reconocer ni tu madre!

—¡Amelia!

Caroline se levantó y corrió asustada hacia la casa. —¡Corre, más te vale que corras porque no me he quedado a gusto!

—¡Amelia, ya está bien!

—Ya me calmo. —Respiró hondo. —Ya me calmo.

Él la miró incrédulo. —¿Seguro?

—Claro, ya se me ha pasado.

Sin creérselo del todo la dejó en el suelo y en cuanto estuvo libre Amelia corrió hacia la casa y Caroline gritó cerrando con pestillo. —Vuelve a acercarte a él y no hay puerta que me detenga. —Le pegó una patada haciéndola gritar saliendo despavorida de la cocina.

Respiró hondo y se volvió para ver a Keigan tras ella con los brazos en jarras. —Ya me calmo.

—¿Seguro?

De repente se tiró sobre él y Keigan la cogió por el trasero sonriendo. —¿Me perdonas, nena?

Acarició sus mejillas. —Haré un esfuerzo.

—Preciosa, te amo. No quería hacerte daño.

Se le cortó el aliento. —¿Me amas?

—Te amo, ya no puedo renunciar a ti. —Amelia sintiendo que la felicidad la inundaba sonrió. Él besó sus labios suavemente y susurró —No me puedo creer que sea tan afortunado.

—Pues este amor solo acaba de empezar. Dentro de unos años me amarás tanto que no podrás vivir sin mí.

—Creo que eso ya me ocurre ahora.

Emocionada susurró —¿Eso crees?

—Sí, nena. Así que dentro de unos años besaré por donde pisas.

Se echó a reír. —No exageres, Bansley.

—Espera y verás, futura señora Bansley. Igual te sorprendo.

Ella besó sus labios. —Te amo. —Keigan cerró los ojos como si sus palabras le proporcionaran un intenso placer. —Y seré tu esposa.

—Es tu sitio, nena. A mi lado.

—Para siempre, amor. Estaré a tu lado siempre.

Epílogo

Cindy y Shine recorrieron el pasillo como damas de honor y sonriendo se quedaron de pie en la escalinata que llevaba al altar antes de mirar al novio que estaba muy nervioso. Se había invitado a casi todo el pueblo y la iglesia estaba a rebosar.

Los hermanos Bansley llegaron en ese momento del brazo de dos damas de honor y se colocaron en su sitio. Derren le guiñó el ojo a una haciendo que se sonrojada y Shine sonrió al ver a July que iba tras él y no perdía detalle. July pisó con saña a la susodicha que chilló. —Uy, perdón. Con estas faldas tan largas no veo.

Cindy se acercó. —Se nos echa el tiempo encima —dijo sin quitar ojo a Derren que mirando a July levantaba una de sus cejas morenas.

—Es que no se me ocurre nada.

—Le daremos una vuelta.

En ese momento se escuchó la marcha nupcial y Keigan se enderezó para ver llegar a la novia. Las puertas se abrieron y Amelia apareció del brazo de Bill. Estaba preciosa con su vestido en talle princesa con bordados en los bajos y sus rizos muy marcados rodeando su cara. Keigan separó los labios de la impresión y Amelia sonrió dejando a todos admirados.

—Está preciosa —dijo July emocionándose. Sin tener con que limpiarse sorbió por la nariz cuando un pañuelo apareció ante ella.

Shine sonrió al ver que su hermano Derren se lo tendía. Esta lo cogió de malas maneras antes de mirar a su amiga que en ese momento cogía del brazo a su futuro marido. El padre Clifford se puso ante ellos y Amelia miró a Keigan. —Ha llegado el momento. Todavía estás a tiempo.

Él acarició su mano antes de cogerla y entrelazar sus dedos con los suyos. —Pues tú no.

Se echó a reír mirando al cura. —¿Ha visto, padre? Estamos enamorados.

—Pues estáis en el lugar adecuado y no sabéis cómo me alegro de que sea yo quien realice esta unión.

Amelia miró a los ojos a Keigan demostrándole todo lo que le amaba y él levantó sus manos besando el anillo de compromiso.

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos…

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca

6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.